

# **EL MENSAJE DEL TERCER ÁNGEL**

**1895**

**Alonzo T. Jones**



## Capítulo 11

# El mensaje

Hoy comenzaremos nuestro estudio con el texto que consideramos ayer: Santiago 4:4. Quisiera que todos y cada uno lo examinéis por vosotros mismos y que estudiéis con atención lo que dice. En los tiempos, y en el lugar en que nos emplazan las evidencias que no podemos ignorar por más que quisiéramos, sé que nunca había abordado el estudio de la Biblia con la intensidad con que lo hago ahora. Deseo que sometáis completamente vuestras facultades a la dirección del Espíritu Santo, que entreguéis vuestra mente a Dios de forma que sea él mismo quien nos guíe allí donde quiere llevarnos.

“¡Adúlteros!, ¿no sabéis que la amistad del mundo es enemistad contra Dios? Cualquiera, pues, que quiera ser amigo del mundo se constituye en enemigo de Dios”

Quisiera que prestéis especial atención a la

pregunta: “¿No sabéis que la amistad del mundo es enemistad contra Dios?” La lógica obliga a aceptar que la única posibilidad de que un alma se mantenga separada del mundo, y por lo tanto de Babilonia, es destruyendo esa enemistad. Porque, observad: No es que “la amistad del mundo” esté enemistada con Dios. Si fuera así, cabría pensar que es posible reconciliarla eliminando lo que la enemistó con Dios. No: no es eso, sino que la amistad del mundo “es enemistad” contra Dios. Lo es en ella misma. Y esa enemistad contra Dios, siendo en ella misma enemistad contra Dios, nos pone a nosotros en enemistad contra él. El hombre puede ser reconciliado con Dios al erradicar esa enemistad, pero la enemistad misma nunca puede reconciliarse con Dios. Y la humanidad, enemistada de esa manera con Dios, resulta reconciliada solamente al quitar dicha enemistad.

Tenemos la clave del asunto en el hecho de que la amistad del mundo es enemistad contra Dios. La “amistad del mundo” y la “enemistad” son una y la misma cosa. Nadie puede tener esa enemistad contra Dios sin tener la amistad del mundo, pues

ésta última conlleva la primera.

Repitémoslo una vez más: La única esperanza para alguien de estar separado del mundo tal como la Escritura demanda, y tal como es pertinente en nuestro tiempo más que en cualquier otro precedente, es quitando esa enemistad. Es todo cuanto necesitamos y todo cuanto debe ocurrir, pues una vez quitada la enemistad quedamos liberados.

En el octavo capítulo de Romanos, a partir del versículo siete, se hace referencia a eso mismo. “Por cuanto los designios de la carne son enemistad contra Dios, porque no se sujetan a la Ley de Dios, ni tampoco pueden”. Eso enfatiza el pensamiento que hemos presentado en relación con el texto precedente, a propósito de la imposibilidad de que esa enemistad resulte reconciliada con Dios. Nada hay que pueda hacerse, excepto quitarla, destruirla. Se puede hacer algo con ella, pero no se puede hacer nada por ella, debido a que es en ella misma enemistad contra Dios. No se sujeta a su ley, ni es posible que lo haga. El propio Dios no

puede hacer que la mente carnal, los designios de la carne, se sujeten a su ley. Es algo imposible. Eso no significa irreverencia hacia el Señor ni presupone una limitación en su poder. Dios puede destruir lo malvado, junto a todo lo que conlleva; pero no puede hacer algo en favor de ello, no puede reformarlo o mejorarlo.

“Y los que viven según la carne no pueden agradar a Dios”. Este mundo es totalmente de la carne. “Pero... no sois del mundo, antes yo os elegí del mundo” (Juan 15:19). Él ha separado a los cristianos de la carne, los ha separado de los designios de la carne, de la mente carnal y del señorío de la carne. Eso separa del mundo, al separarnos de aquello mismo que nos ancla al mundo. Sólo el poder de Dios puede efectuarlo.

Recordemos ahora algunos momentos de la creación del hombre de manos de Dios. Génesis 2: Cuando Dios creó al hombre, afirmó de él -y del resto de las cosas creadas- no simplemente que eran buenas, sino que eran buenas “en gran manera”. El hombre, el primer Adán, tal como era

cuando fue creado, se alegraba al oír la voz de Dios; se deleitaba en su presencia; todo su ser respondía gozoso a su llamada.

Pero al Edén llegó otro que puso en la mente del hombre desconfianza hacia Dios. La serpiente dijo a la mujer: ‘¿Así que Dios os ha dicho que no comáis de todo árbol del huerto?’ Ella respondió: ‘Podemos comer del fruto de los árboles del huerto, pero del árbol que está en medio del huerto, Dios ha dicho: “No comeréis de él, ni lo toquéis, para que no muráis”. La serpiente dijo: “No moriréis. Pero Dios sabe que el día que comáis de él serán abiertos vuestros ojos y seréis como Dios, conocedores del bien y el mal”’.

La insinuación tenía el siguiente propósito: ‘Dios mismo sabe que eso no es así; él sabe que no es cierto lo que os ha dicho, y eso significa algo más: significa que no os está tratando bien. Dios no quiere que lleguéis al lugar en el que eso os situaría. No quiere que tengáis lo que eso os daría. Sabe lo que lograríais con ello, y como no quiere que lo tengáis, por eso os dice que no lo comáis’.

Tan pronto como Eva acogió esas sugerencias, comenzó a pensar que ahora veía algo que antes no había visto. Pero se trataba de algo que en realidad no era cierto. Tal como el Señor los hizo, y tal como deseaba que continuasen, habían de recibir de Dios mismo toda la instrucción y conocimiento. Habían de dar oído a su palabra, aceptarla, y permitir que los guiara y viviera en ellos. De esa forma tendrían la mente de Dios; tendrían los pensamientos de Dios al tener su palabra -que los expresa- morando en ellos. Pero ahora hizo incursión otra mente totalmente opuesta. Se aceptaron otras sugerencias. Se dio libre curso a otros pensamientos. Fueron aceptadas otras palabras, hubo sumisión y obediencia a ellas, de forma que la mujer vio “que el árbol era bueno para comer”. ¿Lo era? –No: no lo era, pero al haber dado oído a esas palabras estaba viendo cosas que no eran tal como ella las veía. Las vio como no las había visto nunca antes, ni las habría visto jamás según la luz de Dios. Pero sometiéndose a esa otra mente, vio las cosas en una luz totalmente falsa. “Vio” que el árbol era bueno para comer, y deseable para alcanzar la sabiduría. No era así,

pero ella lo vio así.

Eso demuestra el poder de engañar que hay en las palabras y en los caminos de Satanás, quien estaba haciendo aquellas sugerencias. Tan ciertamente como uno inclina su mente en esa dirección, o tiene algo en su mente que simpatice con ello, está dando a Satanás una oportunidad de obrar y hacer que vea las cosas de la forma en que no son; que vea como una deducción necesaria e incuestionable aquello que no lo es en absoluto; y no sólo no es una deducción necesaria, sino que es rematadamente falsa.

Una vez que Eva “vio” todo eso, lo que siguió después no fue sino la consecuencia natural: “Tomó de su fruto y comió; y dio también a su marido, el cual comió al igual que ella” (Gén. 3:6).

Avancemos algo más en el relato. Versículo 8: “Luego oyeron la voz de Jehová Dios que se paseaba por el huerto al aire del día; y el hombre y su mujer se escondieron de la presencia de Jehová Dios”. ¿Por qué hicieron así? Había en ellos algo



que rehuía la presencia de Dios, algo que no estaba en armonía con él y que les llevaba a esconderse más bien que a recibirlo con gozo.

“Pero Jehová Dios llamó al hombre y le preguntó: -¿Dónde estás? Él respondió: -Oí tu voz en el huerto y tuve miedo, porque estaba desnudo; por eso me escondí. Entonces Dios le preguntó: -¿Quién te enseñó que estabas desnudo?” Y ahora viene la pregunta: “¿Acaso has comido del árbol del cual yo te mandé que no comieras?” Y Adán respondió: ‘Sí, he comido del árbol, y tengo la impresión de no haber hecho precisamente lo correcto. Lo lamento...’ ¿Es eso lo que respondió? - ¡No! La pregunta era muy clara: “¿Has comido del árbol del cual yo te mandé que no comieras?” ¿Acaso no había comido de él? –Ciertamente lo había hecho. ¿Por qué, pues, no lo reconoció? Lo consideraremos un poco más adelante en nuestro estudio.

Adán no respondió afirmativamente. No obstante, esa era la única respuesta posible. En su lugar, dijo: “La mujer que me diste por compañera

me dio del árbol, y yo comí”. Finalmente admitió haber comido del árbol. Pero ¿dónde vino su admisión? En el último sitio posible. La mujer, y hasta el propio Señor, tenían que ser señalados como culpables antes de que Adán admitiera su culpabilidad. Virtualmente estaba diciendo: ‘De no ser por la mujer, yo no lo habría hecho. Es ella quien me lo dio. Pero la mujer jamás me lo habría dado si no hubiera estado allí, y nunca habría estado allí si tú no la hubieras puesto. Si ella no hubiera estado allí, no me lo habría dado, y en ese caso yo no lo habría hecho: así pues, aunque de hecho lo comí, la responsabilidad se encuentra mucho antes de mí’. ¿Qué es lo que había en él, que lo llevaba a implicar a cualquier otro en el universo, antes que a él mismo, y antes que admitir su parte en el asunto? –Simplemente el amor al yo, la defensa de sí mismo, la auto-protección.

“Entonces Jehová Dios dijo a la mujer:” –otra pregunta simple y clara- “¿Qué es lo que has hecho?” Eva respondió: ‘Tomé del árbol, lo comí, di a mi esposo y él también lo comió. Lo siento...’ ¿Dijo eso? –No: no lo dijo. Recordad que está

respondiendo la pregunta: “¿Qué es lo que has hecho?”. Observad que Dios no le preguntaba por qué lo había hecho, sino qué es lo que había hecho. Pero ella respondió: “La serpiente me engañó, y comí”. La respuesta de Eva fue como la de Adán. Esquivó la pregunta e implicó a alguien más que les hizo hacer lo que hicieron. Había que culpar a cualquiera, excepto a ellos mismos.

Vuelvo a preguntar: ¿Por qué no respondieron sin más a la pregunta directa? –Porque no podían hacerlo. No podían debido a que la mente según la cual estaban actuando, la que había tomado posesión de ellos y los mantenía en servidumbre, esclavizados bajo su poder, es la mente que dio origen a la exaltación de uno mismo por encima de Dios, y no consiente nunca en ocupar el segundo lugar, aunque se trate de competir con Dios. Todos sabemos que es la mente de Satanás. Pero cuando comenzó su rebelión, sabemos que lo que lo llevó a ese estado fue la auto-exaltación.

Apartó su vista de Dios y comenzó a mirarse a sí mismo. Se vio a sí mismo como digno de la

mayor gloria. El lugar que ocupaba no llegaba a satisfacerle, de forma que planeó exaltarse a sí mismo: “En lo alto, junto a las estrellas de Dios, levantaré mi trono... sobre las alturas de las nubes subiré y seré semejante al altísimo” (Isa. 14:13 y 14). Eso era pecado. El Señor lo llamó a que abandonara su pecado y su camino equivocado, a que se volviera a Dios y aceptara nuevamente los caminos de Dios. Sabemos que ha de ser así, pues está escrito: “Para Dios no hay acepción de personas” (Rom. 2:11). Puesto que la familia del cielo y la de la tierra son una sola familia, y dado que Dios no hace acepción de personas -puesto que cuando el hombre pecó Dios le dio una segunda oportunidad y lo llamó a que retornara- dio también a Lucifer una segunda oportunidad y lo llamó para que regresara. Eso es indudable. Lucifer habría podido dejar su camino; podría haber dejado a su yo, y se podría haber sometido a Dios. Pero en lugar de ello desoyó el llamamiento, rechazó el don de Dios, no quiso volverse de sus caminos ni someterse nuevamente a Dios. En ello no hizo más que reafirmarse en su curso de autosuficiencia, en contra de todo cuanto Dios pudiera hacer. Y la

mente que está en él, confirmada así en el pecado y la rebelión contra Dios, es enemistad –no es simplemente que esté enemistada, sino que es enemistad contra Dios, y no se sujeta a la ley de Dios, ni tampoco puede.

Adán y Eva aceptaron esa mente, que tomó entonces posesión del mundo entero puesto que ellos -al aceptarla- entregaron este mundo a Satanás, quien se convirtió así en el dios de este mundo. Por lo tanto, esa es la mente de este mundo, la mente que lo controla. Esa mente de Satanás, la mente del dios de este siglo, es la que controla a la humanidad, tal como está en este mundo, y es en ella misma “enemistad contra Dios”, no sujetándose a la ley de Dios y siendo imposible que lo haga.

Esa es la razón por la que Adán y Eva no podían responder con llaneza a esa pregunta directa. El hombre la puede responder ahora, pero no podía entonces por la razón de que Satanás los había tomado bajo su dominio y no había otro poder que los controlara. Su control era en aquel

momento absoluto, y la situación de ellos era de total depravación. Pero Dios no los abandonó allí; no abandonó a la raza en aquella condición. Girándose, dijo a la serpiente: “Pondré enemistad entre ti y la mujer, y entre tu simiente y la simiente suya; esta te herirá en la cabeza, y tú la herirás en el talón”. Así pues, existen dos enemistades en este mundo: la una proviene de Satanás, y es enemistad contra Dios; la otra proviene de Dios, y es enemistad contra Satanás. Y en esas dos enemistades vienen los dos misterios: el misterio de Dios y el misterio de la iniquidad.

Esa enemistad contra Satanás es, por supuesto, la justicia de Dios. Al decir: “Pondré enemistad entre ti y la mujer”, Dios quebrantó el yugo de Satanás sobre la voluntad del hombre, concediéndole nuevamente libertad para elegir a qué autoridad querría seguir, qué rey y qué mundo sería el suyo. En esa, su palabra, Dios rompió el dominio absoluto de Satanás y dio al hombre libertad de elegir a qué pertenecería. Y desde ese momento, aquel que escoja el camino de Dios sometiendo la voluntad a su control, puede

responder al Señor con llaneza, de forma que cuando el Señor viene y le pregunta: ‘¿Has hecho tal y tal cosa?’, puede responder: ‘Sí’, sin implicar absolutamente a ningún otro en el asunto. Eso es confesión del pecado. Vino así la capacidad de confesar el pecado, y ello revela la bendita verdad de que el poder de confesar el pecado –el arrepentimiento- es el don de Dios.

Siendo que la mente de Satanás es la mente de este mundo, la mente que controla al hombre natural es enemistad contra Dios, y pone al hombre en enemistad con Dios. No es posible reconciliar esa mente con Dios, ya que no se sujeta a la ley de Dios ni puede hacerlo. Lo único que cabe hacer es deshacerse de ella de alguna forma. Si eso resulta posible, entonces el hombre resultará reconciliado con Dios y todo estará bien; estará nuevamente unido a Dios, y las palabras, pensamientos y sugerencias de Dios pueden llegar de nuevo a él a fin de ser su guía y poder controlador. Y puesto que esa mente no puede ser reconciliada con Dios, lo único posible es destruirla. Entonces, y sólo entonces y por ese medio, puede el hombre estar en

paz con Dios y separado del mundo. Demos gracias al Señor, puesto que tenemos las buenas nuevas de que ha sido destruida.

Lo relativo a cómo ha sido destruida y cómo podemos disfrutar de ese beneficio, será el objeto de estudios subsecuentes. Considero que son muy buenas nuevas el que Dios nos diga que el conflicto está resuelto. Es el Señor quien nos llevará a la bendición, al gozo, la gloria y el poder de ello. Sabemos que esa enemistad –esa mente del yo y de Satanás-, separó al hombre de Dios, pero Dios abrió el camino para que el hombre regresara. Dios dio al hombre una oportunidad para que eligiera el mundo que tendría. Ese es el tema de nuestro estudio. Si es que hemos de salir de Babilonia, hemos de dejar absolutamente este mundo. Fue para dar la oportunidad de que el hombre eligiera uno u otro mundo por lo que Dios dijo a Satanás: “Pondré enemistad” entre ti y la simiente de la mujer. Por lo tanto, la única pregunta, la pregunta eterna es: ¿Qué mundo elegirá el hombre? Y siendo que Dios abrió el camino en su increíble misericordia, dándonos el poder para elegir un



mejor mundo que este, ¿por qué debiera haber la más mínima vacilación?

Vayamos al primer versículo del segundo capítulo de Efesios y leamos las buenas nuevas de que ha sido destruida la enemistad contra Dios, de forma que todos pueden ser libres:

“Él os dio vida a vosotros, cuando estabais muertos en vuestros delitos y pecados, en los cuales anduvisteis en otro tiempo, siguiendo la corriente de este mundo, conforme al príncipe de la potestad del aire, el espíritu que ahora opera en los hijos de desobediencia”

Anduvimos según ese espíritu. ¿Cuál es el espíritu que reina en los hijos de desobediencia? El mismo que rige en el mundo, la mente que originó el mal en el Edén y que es enemistad contra Dios. ¿Quién es el príncipe de la potestad del aire? El que obra en los hijos de desobediencia, el dios de este mundo que nada tiene que ver con Jesucristo, gracias a Dios.

“Entre ellos vivíamos también nosotros en otro tiempo, andando en los deseos de nuestra carne, haciendo la voluntad de la carne y de los pensamientos”

La mente de este mundo, por el hecho de serlo, tiene una tendencia natural hacia los caminos de este mundo. “Éramos por naturaleza hijos de ira, lo mismo que los demás”. Lo éramos.

Antes de seguir leyendo en Efesios, vayamos a Colosenses 1:21: “Erais en otro tiempo extraños y enemigos por vuestros pensamientos”. ¿Dónde, pues, radica la enemistad que nos constituye en enemigos? –En los pensamientos, en la mente carnal. La mente de la carne es enemistad y nos controla, nos enemista y nos hace ser enemigos “por vuestras malas obras”.

Leamos ahora Efesios 2:11: “Por tanto, acordaos que en otro tiempo vosotros, los gentiles en cuanto a la carne, erais llamados incircuncisión...” ¿Llamados así por el Señor? –No, “sino por la llamada circuncisión hecha con

mano en la carne”. Tenemos aquí a ciertas personas en la carne llamando de cierta forma a otras personas en la carne, haciendo ciertas distinciones entre unos y otros.

“En aquel tiempo estabais sin Cristo, alejados de la ciudadanía de Israel y ajenos a los pactos de la promesa, sin esperanza y sin Dios en el mundo”.

Encontramos otro texto paralelo en el capítulo cuarto, versículos 17 y 18:

“Esto, pues, digo y requiero en el Señor: que ya no andéis como los otros gentiles, que andan en la vanidad de su mente, teniendo el entendimiento entenebrecido, ajenos de la vida de Dios por la ignorancia que en ellos hay, por la dureza de su corazón”.

Los que están en la carne, alejados de Dios, caminan en la vanidad de su mente, están separados de Dios, separados de la vida de Dios. Enemigos en nuestra mente: eso es lo que éramos. Leamos de nuevo Efesios 2:13: “Pero ahora...”

Dice “ahora”, y nos está hablando a nosotros, que estamos estudiando aquí las Escrituras. Debemos someternos a la Palabra de Dios exactamente de la forma en que ésta nos habla, a fin de permitirle que nos lleve allí donde él desea. Así, pregunto: ¿Cuándo? –Ahora. Ahora y aquí.

“Pero AHORA en Cristo Jesús, vosotros que en otro tiempo estabais lejos...” Lejos, ¿de quién? ¿Lejos de Dios, o lejos de los judíos? El versículo precedente especifica que se trata de estar alejados de Dios, “sin Dios”. “Habéis sido hechos cercanos por la sangre de Cristo”. ¿Cercanos a los judíos, o cercanos a Dios? –Cercanos a Dios, por supuesto.

“Vosotros que en otro tiempo estabais lejos, habéis sido hechos cercanos por la sangre de Cristo”. Aquel que es nuestra paz, el que derribó la pared de separación que se interponía, abolió en su carne esa enemistad. Gracias al Señor. Abolió la enemistad y podemos ser separados del mundo.

“Derribando la pared intermedia de separación”. Separación, ¿entre quién? –Entre el

hombre y Dios. ¿Cómo lo logró? ¿Cómo derribó la pared de separación entre nosotros y Dios? – “Aboliendo en su carne las enemistades”.

Es cierto que esa enemistad había significado divisiones y separaciones entre los hombres en la tierra, entre la circuncisión y la incircuncisión; entre la circuncisión según la carne y la incircuncisión según la carne. Se había manifestado en sus divisiones, en la edificación de una nueva pared de separación entre judíos y gentiles. Es cierto. Pero si los judíos hubieran caminado con Dios, si no se hubieran separado de él, ¿habrían edificado una pared entre ellos y cualquier otro? - No, ciertamente. En su separación de Dios, en sus mentes carnales, en la enemistad que albergaban sus mentes, en la ceguera de su incredulidad, se configuró un velo en su corazón y resultaron separados así de Dios. Entonces, debido a las leyes y ceremonias que Dios les había dado, se dieron crédito a ellos mismos como siendo del Señor y siendo tanto mejores que los otros pueblos como para hacer necesario que edificaran una gran pared de separación entre ellos y los demás. Pero ¿dónde

radicaba todo el problema con respecto a ellos y los demás? –En la enemistad que en ellos había, y que los separó primeramente de Dios. Habiéndose separado de él, la segura consecuencia es que resultarían separados de los otros.

“Él es nuestra paz, que de ambos hizo uno”. [La palabra “pueblos”, después de “ambos”, no figura en el original]. ¿Cuáles son los “ambos” de los que hizo uno? –Dios y el hombre. “Derribando la pared intermedia de separación, aboliendo en su carne las enemistades... para crear en sí mismo de los dos un solo y nuevo hombre, haciendo la paz”.

Analicémoslo de nuevo. “Aboliendo en su carne las enemistades”. ¿Cuál fue el objeto de abolir esa enemistad? ¿Por qué razón derribó esa pared intermedia de separación? “Para crear en sí mismo de los dos un solo y nuevo hombre, haciendo la paz”. ¿Hace Cristo un nuevo hombre a partir de un judío y un gentil? –No. ¿A partir de un pagano y alguien más? –No. ¿A partir de dos paganos? –Tampoco.

Dios hace un nuevo hombre a partir de Dios y un Hombre. En Cristo se encontraron Dios y el hombre, de forma que pudieron ser hechos uno.

Todos los hombres fueron separados de Dios, y en dicha separación de Dios resultaron también separados unos de otros. Cristo desea ciertamente que todos resulten unidos entre ellos. Su proclama a este mundo fue: “En la tierra paz, buena voluntad para con los hombres” (Luc. 2:14). Tal es su propósito. Ahora bien: ¿Dedica Dios su tiempo a procurar que se reconcilien unos con otros y a derribar todas esas barreras entre los hombres a base de llevarlos a decir: “Olvidemos el pasado, enterremos las armas; pasemos página y seamos más positivos a partir de ahora”?

Cristo pudo haberse dedicado a ello. Si esa hubiera sido su línea de acción, habría podido convencer a miles de personas. Habría podido persuadirlas a que dijeran: “Es lamentable que nos hayamos comportado así unos con otros. Está mal y lo sentimos. Dejemos ahora todo eso atrás, abramos un nuevo capítulo, avancemos y

hagámoslo mejor”. Habría podido procurar que aceptaran eso. Pero, ¿acaso habrían podido mantenerse firmes en ese propósito? –No, puesto que seguía persistiendo el elemento malvado causante de la división. ¿En qué consistía? –En la enemistad y separación de Dios, que era la causante de la separación entre los unos y los otros. ¿De qué habría, pues, servido que el propio Señor procurara que los hombres aceptaran allanar sus diferencias sin ir a la raíz del problema, extirpando esa enemistad causante de la separación? Al separarse de Dios resultaron separados también entre ellos, y la única forma de destruir la separación existente entre unos y otros era necesariamente destruir la separación de ellos con Dios. Y lo efectuó aboliendo dicha enemistad. Nosotros, los pastores, podemos aprender una lección de ese hecho, para saber cómo actuar cuando somos llamados a alguna iglesia para solucionar diferencias. No tenemos absolutamente nada que hacer en el terreno de las dificultades entre unos y otros como tales. Debemos abordar la dificultad entre las personas y Dios. Una vez que eso se haya solucionado, desaparecerá toda otra



separación.

Es cierto que los judíos, en su separación de Dios, habían erigido otros muros de separación entre ellos y los gentiles. Es innegable que Cristo quería eliminar todas esas separaciones, y así lo hizo. Pero la única forma en que lo hizo -y en que podía hacerlo- fue destruyendo aquello que los separaba de Dios. Todas las separaciones entre ellos y los gentiles desaparecerían, una vez que la separación o enemistad entre ellos y Dios hubiera desaparecido.

¡Qué benditas nuevas, la abolición de la enemistad! Está abolida, ¡gracias al Señor! No hay ahora necesidad alguna de tener amistad con el mundo; ninguna necesidad de una deficiente obediencia a la ley; ninguna necesidad de que dejemos de someternos a Dios, puesto que Jesucristo quitó del camino la enemistad, la abolió, la destruyó. Destruyó aquello en lo que radica la amistad con el mundo, la insumisión a Dios y la falta de sujeción a su ley. En Cristo queda destruido, abolido, aniquilado. No fuera de él, sino

en él. Gracias al Señor por ello. Ahí tenemos auténtica libertad.

Por descontado, lo anterior ha representado siempre buenas nuevas. Pero para mí personalmente, en la situación en que Dios nos ha mostrado que estamos ocupando ahora en el mundo, esas benditas nuevas han venido en los últimos días como si nunca antes hubiera sabido de ellas. Me han traído una alegría tan grande, tan genuinamente cristiana, que me hace sentir ni más ni menos que con todo el gozo que corresponde a un cristiano.

Es un hecho bendito el que Dios declare abolido aquello que nos separa de él, aquello que nos ata al mundo, la causa de todos los problemas. Queda abolido en él, quien es nuestra paz. Recibamos ahora las alegres nuevas, gocémonos en ellas noche y día, de forma que Dios pueda llevarnos más y más a los verdes pastos y a las aguas tranquilas del reino glorioso al que nos ha trasladado. “No temáis, porque yo os doy nuevas de gran gozo, que será para todo el pueblo: que os

ha nacido hoy, en la ciudad de David, un Salvador,  
que es Cristo el Señor” (Luc. 2:10).

## Capítulo 12

# En Cristo

El texto que leímos para concluir la predicación de anoche será el objeto de nuestro estudio en sucesivas reuniones. Por lo tanto, si consideráis que se ha pasado por alto alguna parte del texto, si creéis que no ha sido suficientemente explicado o no se le ha prestado la debida atención, recordad que seguiremos estudiándolo en lo sucesivo y examinaremos cada parte del mismo.

Efe. 2:13-18:

“Pero ahora en Cristo Jesús, vosotros que en otro tiempo estabais lejos, habéis sido hechos cercanos por la sangre de Cristo. Él es nuestra paz, que de ambos pueblos hizo uno, derribando la pared intermedia de separación, aboliendo en su carne las enemistades... para crear en sí mismo de los dos un solo y nuevo hombre, haciendo la paz”

Es decir, su propósito fue conseguir la paz.

Sólo se la puede obtener de esa manera. Y todo fue “en sí mismo”. Jesús hizo la paz a fin de “mediante la cruz reconciliar con Dios a ambos [judíos y gentiles] en un solo cuerpo, matando en ella las enemistades”. Mató las enemistades “en sí mismo”, “y vino y anunció las buenas nuevas de paz a vosotros que estabais lejos y a los que estáis cerca, porque por medio de él los unos y los otros tenemos entrada por un mismo Espíritu al Padre”.

Insistiré brevemente en que se trata aquí de la separación o enemistad que existía entre los judíos y los gentiles. Se trata de la destrucción de esa separación y enemistad, se trata de la forma en que fue destruida, y de los medios necesarios para ello. Pero, tal como mencionamos ayer, Cristo no perdió tiempo alguno procurando que los judíos y los gentiles se reconciliaran unos con otros entre sí. No empezó intentando ponerlos de acuerdo, convenciéndolos de que pusieran a un lado sus diferencias, de que pasaran página, intentaran hacerlo mejor y olvidaran el pasado. No. Jesús no dedicó ni un solo minuto a eso, y si le hubiera dedicado diez mil años, de nada habría servido

porque esa separación, esa enemistad que existía entre ellos, no era más que la consecuencia, el fruto, de la enemistad que existía entre ellos y Dios.

Por lo tanto, a fin de destruir eficazmente el árbol malo y su fruto tal como existía entre ellos, destruyó la raíz del asunto, aboliendo la enemistad que había entre ellos y Dios. Y habiendo hecho así, “vino y anunció las buenas nuevas de paz a vosotros que estabais lejos y a los que estáis cerca”.

Versículo trece: “Pero ahora en Cristo Jesús, vosotros que en otro tiempo estabais lejos, habéis sido hechos cercanos por la sangre de Cristo. Él es nuestra paz, que de ambos pueblos hizo uno”. Es cierto que hizo uno de judíos y gentiles, pero primeramente hizo a otro Uno a fin de que esos dos, judíos y gentiles, pudieran ser uno –y antes de que pudieran efectivamente serlo. De forma que “ambos”, en este versículo, no es el mismo “ambos” del versículo 16. En el versículo 14, los “ambos” son Dios y el hombre, quien está separado

de Dios, sea que esté cerca o que esté lejos.

Por consiguiente, nuestra paz es Aquel que hizo uno de Dios y el hombre, habiendo derribado la pared intermedia de separación entre Dios y el hombre al abolir en su cuerpo la enemistad –la enemistad que existe en el hombre contra Dios, que no se sujeta a la ley de Dios ni tampoco puede. Lo efectuó a fin de poder, en sí mismo, hacer de los dos un nuevo hombre, trayendo la paz.

El nuevo hombre no se constituye a partir de dos hombres que están enemistados, sino a partir de Dios y del hombre. En el principio el hombre fue hecho “a imagen de Dios”. Eso significa muchísimo más que la forma de Dios. Quien lo hubiera observado, habría pensado inmediatamente en Dios. Reflejaba la imagen de Dios; sugería la idea de Dios a cualquiera que viera al hombre. Dios y el hombre eran entonces uno. Y habrían continuado siéndolo por siempre si el hombre no hubiera dado oído a Satanás, recibiendo su mente, que es enemistad contra Dios. Cuando el hombre recibió esa mente que es enemistad contra Dios,

quedó separado de él. Ahora fueron dos, y ya no más uno. Estando el hombre separado de Dios y en pecado, Dios no puede ir a él, ya que el hombre no puede soportar la gloria no velada de su presencia. “Nuestro Dios es fuego consumidor” para el pecado (Heb. 12:29); de modo que si Dios fuera al hombre, a su yo desnudo, sería sólo para consumirlo.

El hombre que está en pecado no puede encontrarse con Dios por sí mismo y seguir existiendo. Así lo muestra Apocalipsis 6:13 al 17. En el gran día en que el cielo se repliegue como un pergamino que se enrolla, y aparezca el rostro de Dios ante la vista de los malvados, “los reyes de la tierra, los grandes, los ricos, los capitanes, los poderosos, todo esclavo y todo libre, se escondieron en las cuevas y entre las peñas de los montes, y decían a los montes y a las peñas: ‘Caed sobre nosotros y escondednos del rostro de aquel que está sentado sobre el trono, y de la ira del Cordero, porque el gran día de su ira ha llegado y ¿quién podrá sostenerse en pie?’” El hombre que está en pecado, en él y por él mismo, preferiría que



una montaña le cayera encima antes que tener que enfrentar directamente la gloria de Dios.

Por lo tanto, a fin de que Dios pudiera alcanzar al hombre y pudiera ser hecho nuevamente uno con él, a fin de poder revelarse una vez más al hombre y que ese hombre pudiera ocupar nuevamente el lugar que Dios dispuso para él, Jesús se dio a sí mismo y Dios estuvo en él, estado su gloria velada de tal modo por la carne humana, que el hombre -el hombre pecaminoso- podía mirarlo y vivir. En Cristo, el hombre puede encontrarse con Dios y vivir, gracias a que en Cristo la gloria de Dios está tan velada, modificada, que el hombre pecaminoso no resulta consumido. Dios está totalmente en Cristo, puesto que “en él habita corporalmente toda la plenitud de la divinidad” (Col. 2:9). Cuando Cristo vino a traer de nuevo al hombre a Dios, veló esa gloria consumidora de forma que ahora los hombres pudieran mirar a Dios tal como es en toda su gloria en Jesucristo, y vivir. Si bien fuera de Cristo, en sí mismo –sólo-, nadie puede ver a Dios y vivir; en Cristo, por Cristo mismo, nadie puede ver a Dios y no vivir. En Cristo, ver a Dios es vivir;

puesto que en él hay vida, y la vida es la luz de los hombres.

Así pues, Dios y el hombre resultaron separados por la enemistad; pero Cristo intervino, y en él se encontraron Dios y el hombre, y cuando Dios y el hombre se encuentran en Cristo, entonces, los dos, “ambos”, son uno. Y ahí aparece el nuevo hombre. De esa forma, y sólo de esa forma, se hace la paz. Así, en Cristo, Dios y el hombre son hechos uno; por consiguiente, Cristo es la expiación [reconciliación] entre Dios y el hombre. Expiación equivale a reconciliación, o comunión [en inglés “at-one-ment”: de una mente]. El Señor Jesús se dio a sí mismo, y en sí mismo abolió la enemistad para hacer en sí mismo de los dos –Dios y el hombre- un nuevo hombre, trayendo así la paz.

Llegamos ahora al otro “ambos”, el del versículo 16: “Y mediante la cruz reconciliar con Dios a ambos [judíos y gentiles] en un solo cuerpo”. ¿Cuál es el cuerpo en el que Cristo reconcilia a ambos para con Dios? –El propio

cuerpo de Cristo, sin duda: su propio cuerpo, en el que se efectúa la expiación. “Matando en ella las enemistades. Y vino y anunció las buenas nuevas de paz a vosotros que estabais lejos –a los gentiles– y a los que estáis cerca, es decir, a los judíos.

Los judíos estaban cerca “por causa de sus padres” (Rom. 11:28). Por ellos mismos, por sus méritos, los judíos estaban separados de Dios, y tan alejados como los gentiles. Pero Dios había hecho promesas a sus padres, y eran “amados por causa de sus padres”. Y tenían ventaja, ya que de ellos son “la adopción, la gloria, el pacto, la promulgación de la Ley, el culto y las promesas” (Rom. 9:4). En ese sentido, y por esa causa, estaban cercanos. Cristo predicó paz a los que estaban cerca. Necesitaban que se les predicara la paz.

De esa forma, “los unos y los otros tenemos entrada por un mismo Espíritu al Padre”.

Prestemos ahora atención al hecho de que la enemistad resulta destruida en él mismo.

“Aboliendo en su carne las enemistades”; es decir, habiendo destruido la enemistad en sí mismo. De los dos hizo Uno en él mismo, trayendo así la paz. Todo ocurre en él. Ningún hombre puede obtener el beneficio, a no ser en él. Si alguien en la audiencia no viera ese hecho claramente, y abrigara la idea de que se trata de algo de lo que uno puede apropiarse desde fuera, debo decirle: nunca lo lograrás de esa manera. No es así como se lo consigue. Sólo es posible tenerlo en él: nunca fuera de él. Sólo en él es posible conocerlo, jamás fuera de él. Entrégate a él, sométele tu voluntad, sumerge tu yo en él: entonces lo comprenderás sin dificultad. Sólo sucede en él, y sólo en él es posible conocerlo. Vamos ahora a estudiar cómo se cumplió en él. Y sabiendo esto, vamos a saber cómo se cumple en cada uno de nosotros, en él.

Quisiera ante todo llamar vuestra atención a esta expresión: “en él”. La Escritura no la emplea - y no es de esperar que lo hiciera- en el sentido de despena. No se trata de “en él” [Cristo] como “en

un almacén” o lugar al que podemos acudir siempre que necesitemos tomar algo y ponerlo o aplicarlo sobre nosotros. ¡De ninguna forma! No es así, y no es posible obtenerlo así. No está allí como si fuera una despensa a la que podemos acudir para tomar lo que nos hace falta y disfrutarlo entonces, aplicándonoslo y diciendo: ‘Ahora ya lo tengo’.

No. Está en él, pero nosotros mismos hemos de estar en él a fin de poseerlo. Hemos de estar sumergidos en él. Nuestro yo ha de desaparecer en él. Entonces somos suyos. Es sólo en él. Solamente en él lo encontramos. Sólo podemos obtenerlo de él estando nosotros mismos en él. Nunca hemos de pensar que podemos ir a buscarlo allí, sacarlo de él, y emplearlo. Cuando la Escritura emplea la expresión “en él”, significa para todos lo que hemos explicado. Todo está en él, y lo obtenemos estando nosotros en él.

Muchos cometen aquí un error. Dicen: ‘Sí. Creo en él. Sé que está en él, y lo obtengo a partir de él’. Y se proponen tomarlo de él y aplicárselo a ellos. Pronto se sienten satisfechos con su justicia.

Se sienten santos, y llegan finalmente a la conclusión de que son perfectos, de que no pueden pecar, de que ni siquiera la tentación puede afectarles. Su errónea comprensión puede llevar sólo a ese tipo de resultado, pues todo sucede fuera de él. Y son ellos mismos quienes lo están haciendo.

Pero no es esa la manera. Se trata todavía del yo, puesto que sucede fuera de Cristo. Y “sin mí”, es decir, fuera de mí, “nada podéis hacer”, puesto que sois nada. Ha de ser en él, y sólo en él. Y sólo podemos tenerlo o aprovecharlo estando nosotros en él. La Escritura lo revelará claramente. He creído preferible dar esta explicación, de forma que en los estudios sucesivos acerca de lo que se efectúa en él, y a lo que nos es dado en él, no cometamos el error de pensar que podemos encontrarlo en él y extraerlo de allí. No. Hemos de ir a él, que es quien lo posee, y cuando vamos a él debemos de entrar en él por la fe y el Espíritu de Dios, permanecer en él, y “ser hallado en él” (Fil. 3:9).

Vayamos ahora al libro de Hebreos y estudiemos sus dos primeros capítulos en el tiempo que nos resta. La cuestión es ahora: ¿Cómo hizo Cristo para abolir la enemistad “en su carne”, en él mismo? Primeramente presentaré la línea argumental de ambos capítulos, para examinarlos luego en la medida en que el tiempo lo permita.

En esos dos capítulos el gran tema es el contraste entre Cristo y los ángeles. No estoy diciendo que eso sea todo lo que contienen los dos capítulos, sino que ese es el tema que domina por encima de los demás.

El primer contraste va desde el principio del primer capítulo hasta el quinto versículo del segundo. De ahí en adelante encontramos el segundo contraste.

En el primer contraste entre Cristo y los ángeles, se presenta a Cristo siendo tan superior a los ángeles, como lo es Dios con respecto a ellos, por la razón de que Cristo es Dios. A partir del quinto versículo del capítulo segundo, en el

segundo contraste, se presenta a Cristo tan inferior a los ángeles como lo es el hombre con respecto a ellos, por la razón de que Cristo se hizo hombre.

Ese es el resumen de los dos capítulos. Leámoslo:

“Dios, habiendo hablado muchas veces y de muchas maneras en otro tiempo a los padres por los profetas, en estos últimos días nos ha hablado por el Hijo, a quien constituyó heredero de todo y por quien asimismo hizo el universo. Él, que es el resplandor de su gloria, la imagen misma de su sustancia y quien sustenta todas las cosas con la palabra de su poder”

Otras versiones traducen: “con su palabra poderosa”. Él sustenta todas las cosas con su poderosa palabra. Hagamos aquí una pausa. ¿Cuántas cosas sustenta mediante su palabra? – Todas las cosas. Incluye al mundo, al sol, al cielo estrellado. Esa palabra que los creó, ¿los sustenta todavía? – Ciertamente. ¿Podemos contarnos entre “todas las cosas”? – Desde luego que sí. ¿Os va a



sustentar mediante su palabra poderosa? -Esa es la única forma en la que él lo sustenta todo.

¿Os habéis sentido preocupados alguna vez al levantaros por la mañana, por temor a que el sol se salga de su órbita antes de llegar la hora de la puesta? –¡Claro que no! ¿Os habéis preocupado algún día al levantaros por la mañana, por temor a que vosotros, como cristianos, os salgáis del camino recto antes de llegar la noche? –Sabéis que sí. ¿Por qué no estuvisteis igual de preocupados por que el sol no perdiera su órbita y acabara cayendo, como lo estuvisteis por caer vosotros mismos? Ya sé que nadie se preocupa por que el sol caiga. Siempre está en su sitio, y siempre lo estará.

Pero es perfectamente razonable que el cristiano se pregunte la razón por la que el sol no se desvía nunca de su camino. Y la respuesta es esta: la poderosa palabra de Jesucristo mantiene el sol allí, y le hace recorrer su órbita. Pues bien: ese mismo poder es el que sostiene al creyente en Jesús. Esa misma palabra lo sustenta, y el que cree en Jesús ha de esperar que así haga, tan ciertamente

como sustenta al sol o a la luna. Esa misma poderosa palabra guiará al cristiano en su trayectoria cristiana, precisamente como guía al sol en la suya. El cristiano que pone su confianza en esa palabra que lo sustentará al confiar en la palabra que sostiene al sol, comprobará que lo sustenta a él tanto como al sol.

Si pensáis en esa escritura mañana por la mañana al levantaros, repararéis en que Dios está sustentando al sol. No lo dudaréis: esperaréis que lo haga así. No tendréis preocupación alguna por que el sol se desvíe de su trayectoria. Sencillamente os dedicaréis a vuestra labor. Pondréis en ella vuestra mente y dejaréis todo lo relativo al sol en manos de Dios, puesto que a él pertenece. De igual forma, cuando os levantéis mañana con el sol, confiad en que esa misma palabra poderosa os sostenga, tal como hace con el sol. Confiad también esa parte a Dios, y dedicaos a vuestra labor con todas vuestras fuerzas, concentrando en ella vuestra mente. Hermano, permite que Dios se encargue de aquello que le pertenece y dedica tu mente a aquello que él te ha

encomendado a ti. Sirve así a Dios “con toda tu mente” (Mat. 22:37). No podemos guardarnos a nosotros mismos sin caída; no podemos sostenernos a nosotros mismos. Y Dios no nos ha confiado a nosotros esa labor.

Lo anterior no contradice el texto: “El que piensa estar firme, mire que no caiga” (1 Cor. 10:12), ya que de ese modo el hombre confía en Dios para su sustento, no dependiendo de sus propios esfuerzos. Y el que pone continuamente ante sí el hecho de que Dios lo está sustentando, y que necesita que Dios lo sustente, nunca se jactará de su habilidad para mantenerse en pie. Si tuvieran que traerme aquí esta tarde entre varios hermanos a causa de mi situación desvalida, y debieran sostenerme de pie, no sería muy adecuado que exclamara: ‘¡Mirad cómo me tengo en pie!’ No sería yo quien me tengo de pie, y caería tan pronto dejaran de sostenerme.

Así precisamente sucede con el cristiano. La palabra de Dios dice de él: “Para su propio Señor está en pie, o cae; pero estará firme, porque

poderoso es el Señor para hacerlo estar firme” (Rom. 14:4). Y aquel a quien Dios sostiene, quien confía en Dios para que lo sostenga y sabe que es Dios solamente quien lo mantiene en pie, es imposible que comience a decir: ‘Ahora estoy en pie, y no hay peligro alguno de que caiga’. ¿Está acaso en peligro de caer, aquel a quien Dios sostiene? –Ciertamente no. Es solamente cuando se deja de la mano del Señor y comienza a procurar sostenerse por él mismo, y se jacta de poder tenerse en pie, cuando hay, no sólo peligro, sino seguridad de que cayó ya. Dejó la mano de Dios y su caída es inevitable.

Continuamos en Hebreos 1:

“Habiendo efectuado la purificación de nuestros pecados por medio de sí mismo, se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas”

¿Cuándo fue que se sentó a la diestra de Dios? ¿Cuánto tiempo hace? –Mucho: fue cuando resucitó y ascendió al cielo, hace unos mil novecientos años. Pero observad: efectuó la

purificación de nuestros pecados antes de sentarse allí. Cuando se sentó, ya los había purificado. ¿No os gozáis de que sea así? ¿No os alegra que purificara vuestros pecados hace tanto tiempo? Es así en él. Lo tenemos en él. Agradecemosle que así sea. La Escritura lo afirma.

“Hecho tanto superior a los ángeles cuanto que heredó más excelente nombre que ellos. ¿A cuál de los ángeles dijo Dios jamás: ‘Mi Hijo eres tú, yo te he engendrado hoy’, ni tampoco: ‘Yo seré un padre para él, y él será un hijo para mí’? Y otra vez, cuando introduce al Primogénito en el mundo, dice: ‘Adórenlo todos los ángeles de Dios’. Y ciertamente, hablando de los ángeles dice: ‘El que hace a sus ángeles espíritus, y a sus ministros llama de fuego’. Pero del Hijo dice: ‘Tu trono, Dios, por los siglos de los siglos’”

¿Cuál es su nombre? ¿Cómo le llama el Padre? –Dios: “Tu trono, Dios”. Por lo tanto, ese es su nombre. ¿Cómo lo obtuvo? Versículo 4: “Hecho tanto superior a los ángeles cuanto que heredó más excelente nombre que ellos”. Vosotros y yo

tenemos un nombre que hemos obtenido por herencia. Podemos tener cuatro o cinco nombres, pero sólo uno por herencia: el nombre de nuestro Padre. Ese nombre lo tenemos tan pronto como existimos, y por la razón de que existimos. Por el simple hecho de nuestra existencia tenemos ese nombre; nos pertenece por naturaleza. Nuestro Señor Jesús obtuvo por herencia ese nombre: “Dios”. Le pertenece, pues, debido a que existe. Le pertenece por naturaleza. ¿Cuál es, por consiguiente, su naturaleza? Precisamente la naturaleza de Dios. Y Dios es su nombre, pues es lo que él es. No fue con anterioridad alguna otra cosa, siendo nombrado en cierto momento [Dios] para hacerlo Dios; sino que lo era ya, y se lo llama así porque es Dios.

“Cetro de equidad es el cetro de tu Reino. Has amado la justicia y odiado la maldad, por lo cual te ungió Dios, el Dios tuyo, con óleo de alegría más que a tus compañeros”

El Padre sigue diciendo:

“Tú, Señor, en el principio fundaste la tierra, y los cielos son obra de tus manos. Ellos perecerán, mas tú permaneces. Todos ellos se envejecerán como una vestidura; como un vestido los envolverás, y serán mudados. Pero tú eres el mismo”

En él no hay cambio. Observad el contraste en las palabras: “ellos perecerán”; “tú permaneces”; “[la tierra y los cielos] serán mudados”; “Tú eres el mismo”. Él permanece sin cambio alguno, aunque la tierra y los cielos cambien, sean envueltos y envejezcan.

“‘Y tus años no acabarán’. ¿A cuál de los ángeles dijo Dios jamás: ‘Siéntate a mi diestra, hasta que ponga tus enemigos por estrado de tus pies’? ¿No son todos espíritus ministradores, enviados para servicio a favor de los que serán herederos de la salvación? Por tanto, es necesario que con más diligencia atendamos a las cosas que hemos oído, no sea que nos deslicemos. Porque si la palabra dicha por medio de los ángeles fue firme y toda transgresión y desobediencia recibió justa

retribución, ¿cómo escaparemos nosotros, si descuidamos una salvación tan grande? La cual, habiendo sido anunciada primeramente por el Señor, nos fue confirmada por los que oyeron, testificando Dios juntamente con ellos, con señales, prodigios, diversos milagros y repartimientos del Espíritu Santo según su voluntad”

Hasta aquí el contraste entre Cristo y los ángeles. ¿Y dónde está Cristo en ese contraste? -En el sitio en donde está Dios: siendo adorado por los ángeles. Y si la palabra de un ángel fue firme, y recibió justa retribución al ser despreciada, ¿cómo escaparemos si desatendemos la palabra de Aquel que es superior a los ángeles? ¿Cómo escaparemos si descuidamos la palabra de Dios pronunciada por él mismo?

Vayamos a hora al otro contraste. Heb. 2:5:

“Dios no sujetó a los ángeles el mundo venidero, acerca del cual estamos hablando”

Existen esos dos mundos a los que anoche nos



referíamos. Dios dijo: pondré enemistad entre el hombre y Satanás. Eso concede al hombre una oportunidad para elegir uno de los dos mundos. Nosotros hemos escogido el mundo venidero. Ese mundo venidero, como dice el texto, Dios no lo ha sujetado a los ángeles.

"Al contrario, alguien testificó en cierto lugar, diciendo: '¿Qué es el hombre para que te acuerdes de él, el ser humano para que lo visites?'"

¿Cuál es el propósito, cuál la fuerza de la expresión "al contrario", en el texto? No lo ha puesto en sujeción a los ángeles, "al contrario", ha afirmado tal y tal cosa de los hombres. ¿No sugiere eso que lo ha puesto en sujeción al hombre? ¿Qué os parece? Analizadlo de nuevo: "Dios no sujetó a los ángeles el mundo venidero, acerca del cual estamos hablando. Al contrario..." Hay dos frases relacionadas por una expresión con valor de conjunción disyuntiva: que separa o diferencia. La expresión: "al contrario", pues, junta y separa al mismo tiempo.

¿Cuáles son las dos cosas que quedan separadas por ese “al contrario” de Hebreos 2:6? ¿Cuáles son las dos personas que separa esa expresión? Una son los ángeles, y la otra el hombre. Dios no ha sujetado el mundo venidero a los ángeles, sino a algún otro, y ese otro es el hombre. Estudiemos esa bendita verdad.

”Al contrario, alguien testificó en cierto lugar, diciendo: ‘¿Qué es el hombre para que te acuerdes de él, el ser humano para que lo visites?’ Lo hiciste un poco menor que los ángeles, lo coronaste de gloria y de honra y lo pusiste sobre las obras de tus manos. Todo lo sujetaste bajo sus pies’. En cuanto le sujetó todas las cosas, nada dejó que no le sea sujeto, aunque todavía no vemos que todas las cosas le sean sujetas. Pero vemos aquel que fue hecho un poco menor que los ángeles, a Jesús”

¿Dónde vemos a Jesús? “Vemos aquel que fue hecho un poco menor que los ángeles, a Jesús”. Se trata nuevamente del contraste entre Cristo y los ángeles. En el contraste precedente vimos a Jesús como superior a los ángeles; aquí lo vemos como

menor que ellos. ¿Por qué? Porque el hombre fue creado menor que los ángeles, y por el pecado fue hecho mucho menor aún. Vemos ahora a “aquel que fue hecho un poco menor que los ángeles, a Jesús, coronado de gloria y de honra a causa del padecimiento de la muerte, para que por la gracia de Dios experimentara la muerte por todos”. Vemos a Jesús allí donde está el hombre después de haber pecado, habiendo resultado sujeto a la muerte. Jesús ha venido allí donde está el hombre, tan ciertamente como estuvo allí donde Dios está.

Hay otro pensamiento que queremos poner junto a este. Aquel que estuvo con Dios en el sitio en donde Dios está, está con el hombre allí donde está el hombre. El que estuvo con Dios tal como es Dios, está con el hombre tal como es el hombre. El que fue uno con Dios tal como Dios es, es uno con el hombre tal como es el hombre. Y tan ciertamente como su naturaleza fue la naturaleza de Dios allí, es la naturaleza del hombre aquí.

Leamos este bendito hecho en las Escrituras, y con eso finalizaremos nuestro estudio por esta

noche. Versículo 10:

“Convenía a aquel por cuya causa existen todas las cosas y por quien todas las cosas subsisten que, habiendo de llevar a muchos hijos a la gloria, perfeccionara por medio de las aflicciones al autor de la salvación de ellos, porque el que santifica y los que son santificados, de uno son todos”

Cristo santifica, y son los hombres quienes son santificados. ¿De cuántos se trata? –De uno. Fue Cristo y Dios en el cielo. ¿Cuántos eran allí? –Uno en naturaleza. ¿Cómo es con el hombre en la tierra, y de cuántos se trata? -De uno. “De uno son todos”.

“Por lo cual no se avergüenza de llamarlos hermanos, diciendo: ‘Anunciaré a mis hermanos tu nombre, en medio de la congregación te alabaré’”

Muy pronto será el propio Cristo quien dirija el canto en la iglesia.

Recordad: es Cristo quien habla en estos párrafos. “Y otra vez dice: ‘Yo confiaré en él’”. Es

Cristo quien sigue hablando a través de los salmos:

“Y de nuevo: 'Aquí estoy yo con los hijos que Dios me dio'. Así que, por cuanto los hijos participaron de carne y sangre, él también participó de lo mismo para destruir por medio de la muerte al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo, y librar a todos los que por el temor de la muerte estaban durante toda la vida sujetos a servidumbre. Ciertamente no socorrió a los ángeles, sino que socorrió a la descendencia de Abraham. Por lo cual debía ser en todo semejante a sus hermanos”

El que fue uno con Dios se ha hecho uno con el hombre. Mañana por la noche continuaremos el tema.

## Capítulo 13

# Naturaleza humana de Cristo

El tema particular objeto de nuestro estudio hoy es el que encontramos en el versículo 11 del segundo capítulo de Hebreos: "el que santifica y los que son santificados, de uno son todos". Es a los hombres de este mundo, a los hombres pecaminosos, a quienes Cristo santifica. Él es el Santificador. Y él y ellos son de uno.

En este capítulo es preciso recordar que estamos estudiando al hombre. En el capítulo primero, como hemos visto, se presenta el contraste entre Cristo y los ángeles, siendo Cristo superior a ellos como Dios. En el segundo capítulo el contraste es entre Cristo y los ángeles, estando Cristo por debajo de ellos. Dios no ha puesto el mundo venidero del que habla el pasaje, en sujeción a los ángeles. Lo ha puesto en sujeción al hombre, y Cristo es el hombre. Por lo tanto, Cristo se hizo hombre; toma el lugar del hombre; nació como nace el hombre. En su naturaleza humana,

Cristo vino del hombre del que venimos todos; por lo tanto, en el versículo señalado, la expresión, "de uno" indica que, como todos, procede de uno. Un hombre es el origen y cabeza de nuestra naturaleza humana. Y la genealogía de Cristo, como la de todos nosotros, retrocede hasta Adán (Luc. 3:38).

Es cierto que todos los hombres y todas las cosas provienen de Dios; pero el tema en este capítulo es el hombre, y Cristo como hombre. Nosotros somos hijos del primer hombre, y lo mismo sucede con Cristo, según la carne. Cristo en su naturaleza humana es ahora el objeto de nuestro estudio. El capítulo primero de Hebreos trata de Cristo en su naturaleza divina. El segundo, en su naturaleza humana. El pensamiento, en estos dos capítulos, es similar al del segundo capítulo de Filipenses, versículos 5 al 8:

"Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús: Él, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a qué aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomó la forma de siervo y se hizo semejante a los hombres.

Más aún, hallándose en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz"

En el texto se nos presenta a Cristo en las dos formas. Primeramente, siendo en forma de Dios, tomó la forma del hombre. En los dos primeros capítulos de Hebreos no se trata de la forma, sino de la naturaleza.

Repito: En el segundo capítulo de Filipenses encontramos a Cristo en las dos formas –la forma de Dios y la de hombre. En los primeros dos capítulos de Hebreos encontramos a Cristo en las dos naturalezas, la de Dios y la del hombre. Podría existir algo que teniendo la forma del hombre, no poseyera su naturaleza. Hay trozos de piedra a los que se ha dado la forma del hombre, pero carecen de la naturaleza de este. Jesucristo tomó la forma del hombre, es cierto, pero hizo más: tomó la naturaleza del hombre.

Leamos ahora el versículo 14 del segundo capítulo de Hebreos: "Así que, por cuanto los hijos



[los hijos de Adán, la raza humana] participaron de carne y sangre, él también participó de lo mismo para destruir por medio de la muerte al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo". "De lo mismo" significa de esa forma, de ese modo; de la forma en que se está refiriendo en el pasaje. Por lo tanto, Cristo tomó la carne y sangre de la misma manera en que la tomamos nosotros. Ahora bien, ¿cómo tomamos nosotros la carne y sangre? Mediante el nacimiento, y descendiendo de Adán. Cristo tomó la carne y sangre también mediante el nacimiento, y descendiendo de Adán. Porque está escrito que "era del linaje de David según la carne" (Rom. 1:3). Aunque David lo llama Señor, Cristo es también hijo de David (Mat. 22:42-45). Su genealogía se traza hasta David, pero no se detiene ahí. Va hasta Abraham, ya que es la simiente de Abraham. Tomó sobre sí a la simiente de Abraham, tal como afirma el versículo 16 del capítulo segundo de Hebreos. Pero su genealogía no se detiene tampoco en Abraham sino que llega hasta Adán (Luc. 3:38). Por lo tanto, el que santifica a los hombres, y los que son santificados de entre los hombres, son todos de uno. Siendo que todos

vienen de un hombre según la carne, "de uno son todos". Así, del lado humano, la naturaleza de Cristo es precisamente la nuestra.

Veamos una vez más el otro aspecto a fin de ilustrar esa unidad, para que podamos comprender la fuerza de esa expresión según la cual Cristo y nosotros somos todos "de uno".

A propósito de ese otro aspecto, tal como apunta el primer capítulo de Hebreos, Cristo está en la naturaleza de Dios. El nombre de "Dios" que él lleva, le pertenece por el simple hecho de su existencia; le pertenece "por herencia". Ese nombre le pertenece en toda propiedad por cuanto existe, y tan ciertamente como que existe; y siendo que le pertenece por naturaleza, su naturaleza es la naturaleza de Dios.

Leemos también en el primer capítulo de Juan, versículo primero: "En el principio era el Verbo, el Verbo estaba con Dios". La palabra "con" no expresa la realidad del pensamiento tan bien como en otras traducciones. La alemana se acerca más al

pleno sentido del original. Dice así: "En el principio era el Verbo, el Verbo estaba bei Dios"; literalmente, "El Verbo era de Dios". Y es cierto. En griego expresa la misma idea de que mi brazo es "de mí", que es de mi cuerpo. El griego dice literalmente, "El Verbo era Dios".

Eso ilustra el hecho de lo que él es, en ese aspecto. De igual forma que en lo referente a su divinidad, él era de Dios, de la naturaleza de Dios, realmente Dios; así también en lo referente a su humanidad: es del hombre, de la naturaleza del hombre y realmente hombre.

En el versículo 14 del primer capítulo de Juan leemos: "El Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros". Se refiere aquí a lo mismo que en los dos primeros capítulo de Hebreos. "En el principio era el Verbo, el Verbo [era de] Dios, y Verbo era Dios". Y "El Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros". Carne y sangre como la nuestra.

Ahora ¿de qué clase de carne se trata? ¿Cuál es la única clase de carne que este mundo conoce?

Precisamente la que tú y yo poseemos. Este mundo no conoce ninguna otra carne humana, ni la ha conocido jamás, desde que se hizo necesaria la venida de Jesús. Por lo tanto, dado que este mundo conoce solamente una carne como la que nosotros poseemos, en su estado actual, en el momento en el que "el Verbo se hizo carne", significa que fue hecho precisamente de la carne que tenemos. No puede ser de otro modo.

¿Qué clase de carne es la nuestra, en ella misma? Vayamos al capítulo octavo de Romanos, y leamos si la naturaleza humana de Cristo encuentra a la nuestra; si es como la nuestra, teniendo en cuenta que la nuestra es carne pecaminosa. "Lo que era imposible para la Ley, por cuanto era débil por la carne, Dios, enviando a su Hijo" lo realizó.

Había algo que la ley no podía efectuar y que Dios, enviando a su propio Hijo, efectuó. Pero ¿cuál es la razón por la cual la ley no podía hacer lo que era deseable y necesario? Porque era débil por la carne. El problema estaba en la carne. Esa

era la circunstancia que hacía que la ley fracasara en su propósito para con el hombre. Entonces Dios envió a Cristo, para que hiciese aquello de lo que la ley era incapaz. Y siendo que la ley había fracasado en su propósito debido a la carne y no por ninguna debilidad en ella misma, Dios ha de enviar a su Hijo para auxiliar la carne; no para auxiliar la ley. Si la ley hubiese sido en sí misma defectuosa e impotente para efectuar aquello para lo que estaba establecida, entonces lo necesario habría sido remediar el problema que había en la ley; pero el problema estaba en la carne, y por consiguiente se trataba de socorrer a la carne.

Es cierto que se presenta en nuestros días el argumento de que, puesto que la intención de la carne es enemistad contra Dios, y no se sujeta a la ley de Dios ni tampoco puede, eso significaría que la ley no puede cumplir su objetivo, de forma que Dios envió a su Hijo para debilitar la ley, a fin de que la carne pudiera así responder a las demandas de la ley. Pero si yo soy débil y tú fuerte, y estoy necesitado de ayuda, de nada me sirve que a ti se te debilite: sigo siendo tan débil y desvalido como

antes. Eso para nada me ayuda. Pero cuando yo soy débil y tú fuerte, y puedes comunicarme tu fuerza, eso sí que me ayuda. De forma que la ley tenía toda la fuerza necesaria, pero no podía cumplir su propósito mediante la debilidad de la carne. Entonces Dios, para remediar la necesidad, ha de traer fuerza a la carne débil. Lo hizo enviando a Cristo, y tenía que arreglárselas para proveer la fuerza necesaria a la carne misma que hoy poseemos, a fin de que el propósito de la ley pudiera cumplirse en nuestra carne. Está escrito: "Dios, enviando a su Hijo en semejanza de carne de pecado... para que la justicia de la ley se cumpliera en nosotros, que no andamos conforme a la carne, sino conforme al espíritu".

Ahora no vayas a hacerte una idea equivocada de la palabra "semejanza". No se trata de la forma ni de la fotografía. No es semejanza en el sentido de una imagen, sino que lo es en el sentido de ser verdaderamente de la misma clase. La palabra "semejanza" no tiene aquí el mismo significado que en el segundo capítulo de Filipenses, que trata de la forma, de la semejanza en cuanto a la forma;

aquí, en el libro de Hebreos, es semejanza en la naturaleza, en la carne según su propia sustancia. Así es como Dios envía a su Hijo, precisamente en la que es como la carne de pecado. Y a fin de que sea como la carne de pecado, tiene que ser carne de pecado. A fin de ser hecho carne, tal como es la carne en este mundo, tuvo que tomar precisamente la carne que había en este mundo: carne como la que nosotros tenemos, que es carne pecaminosa. Eso es lo que encierra la expresión "en semejanza de carne de pecado".

Eso lo vemos también en los versículos 9 y 10 del segundo capítulo de Hebreos: "Vemos a aquel que fue hecho un poco menor que los ángeles" –no solamente en el sentido en el que el hombre fue hecho inferior a los ángeles cuando fue creado.

El hombre era imaculado cuando Dios lo hizo un poco menor que a los ángeles. Tenía una carne impecable. Pero el hombre cayó de ese lugar y condición, y su carne se convirtió en pecaminosa.

Ahora vemos a Jesús, que fue hecho un poco

menor que los ángeles; pero no como fue hecho el hombre al ser creado un poco menor que los ángeles, sino como es el hombre después de haber pecado, y de haberse hecho aún mucho menor que los ángeles. Así es como vemos a Jesús. Leamos de nuevo: "Vemos a aquel que fue hecho un poco menor que los ángeles". ¿Con qué objeto? "a causa del padecimiento de la muerte". Por lo tanto, ese haber sido hecho menor que los ángeles tal como lo es el hombre, al aplicarlo a Cristo, significa tanto menor como lo es el hombre desde que pecó y fue sujeto al padecimiento de la muerte. Lo vemos "coronado de gloria y de honra a causa del padecimiento de la muerte, para que por la gracia de Dios experimentara la muerte por todos. Convenía a aquel por cuya causa existen todas las cosas y por quien todas las cosas subsisten que, habiendo de llevar muchos hijos a la gloria, perfeccionara por medio de las aflicciones al autor de la salvación de ellos".

El haberse sujetado al sufrimiento y la muerte es demostración fehaciente del punto de inferioridad con respecto a los ángeles hasta el que



Cristo descendió; el punto en el que está y allí donde lo "vemos" es el punto al que llegó el hombre cuando, al pecar, descendió más bajo que cuando fue creado por Dios, que de por sí ya era inferior a los ángeles.

Leemos en el versículo 16: "Ciertamente no socorrió a los ángeles, sino que socorrió a la descendencia de Abraham". No tomó sobre sí la naturaleza de los ángeles, sino la de Abraham. Pero la naturaleza de Abraham y de su simiente no es más que naturaleza humana.

"Por lo cual debía ser en todo semejante a sus hermanos". ¿En cuántas cosas? –En todo. Por lo tanto, en su naturaleza humana no hay ni una partícula de diferencia entre él y tú.

Leamos la Escritura. Estudiémosla detenidamente. Atengámonos a ella. Leámoslo de nuevo: "de uno son todos". Él participó de carne y sangre de la misma forma en que lo hacemos nosotros. No tomó la naturaleza de los ángeles, sino la simiente, la naturaleza de Abraham. Por lo

tanto –debido a estas razones–, le correspondía, era apropiado, "debía ser" en todo como sus hermanos. Ahora bien, ¿quiénes son sus hermanos? –La raza humana. "De uno son todos", es la causa por la que no se avergüenza de llamarles hermanos. Debido a que somos todos de uno, él no se avergüenza de llamarte a ti y a mí hermanos. "Por lo cual debía ser en todo semejante a sus hermanos".

Así pues, en su naturaleza humana, cuando estuvo sobre la tierra, ¿fue en algo diferente a lo que vosotros sois en vuestra naturaleza humana hoy? [Unos pocos en la congregación: "No"]. Me habría gustado que cada uno de los reunidos hoy aquí hubiera respondido "No" en alta voz. ¡Sois muy tímidos! La palabra de Dios lo afirma así, y así lo hemos de hacer nosotros, ya que hay salvación en ello. No es sólo que la haya, sino que la salvación de Dios hacia los seres humanos descansa precisamente en ello. No hay razón para ser tímidos al respecto. Ahí es donde radica nuestra salvación, y no estaremos seguros de nuestra salvación hasta no haberlo alcanzado. Aquí la encontramos: "Por lo cual debía ser en todo

semejante a sus hermanos". ¿Con qué fin? "para venir a ser misericordioso y fiel sumo sacerdote en lo que a Dios se refiere, para expiar los pecados del pueblo". ¿Podéis ver que nuestra salvación se encuentra precisamente ahí? ¿No podéis ver que es ahí precisamente donde Cristo viene a nosotros? Vino a nosotros exactamente allí en donde nosotros somos tentados, y fue hecho como nosotros precisamente en donde somos tentados; y ese es nuestro punto de encuentro con él: el Salvador viviente contra el poder de la tentación.

El versículo 14 del cuarto capítulo de Hebreos dice así:

"Por tanto, teniendo un sumo sacerdote que traspasó los cielos, Jesús el Hijo de Dios, retengamos nuestra profesión. No tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado".

Jamás habría podido ser tentado en todo tal como lo es el hombre, de no haber sido hecho en

todo como soy yo. Por lo tanto "debía ser" hecho en todo como yo, si es que ha de auxiliarme allí donde necesito la ayuda. Sé que es precisamente ahí donde lo necesito. Y sé que lo encuentro ahí justamente. ¡Gracias al Señor por ello! Allí está Cristo, y allí mi auxilio.

"No tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse". Encontramos aquí dos negaciones; ¿qué es, pues, lo que tenemos, en el lado afirmativo? –Tenemos a un sumo sacerdote que puede compadecerse de nuestras debilidades, –de las mías, de las tuyas, de las nuestras. ¿Siente él mis debilidades? –Sí. ¿Siente las tuyas? –Sí. Debilidades, flaquezas: son términos muy expresivos. Todos las conocemos. Todos nosotros tenemos muchas de ellas. Sentimos nuestras debilidades. Gracias sean dadas al Señor: hay Uno que las siente también. No sólo que las siente, sino que se compadece de ellas. El término compadecerse encierra más que simplemente el que él sienta nuestras debilidades, que sienta como nosotros. Es cierto que siente como nosotros, pero además se conmueve, se compadece; despiertan su

afecto y simpatía. Se conmueve con tierna solicitud y nos auxilia. En eso consiste el que se compadezca de nuestras debilidades. ¡Gracias al Señor por un Salvador como él!

Pero insisto: no pudo ser tentado en todo como lo soy yo, a menos que fuese hecho en todo como yo lo soy. No pudo sentir como yo si es que no estuvo donde yo estoy, y como estoy yo. Dicho de otro modo: no pudo ser tentado en todo como yo lo soy, y sentir como yo siento, a menos que él fuese precisamente yo mismo. Dice su palabra: "tentado en todo según nuestra semejanza".

Estudiemos eso en mayor profundidad. Hay ciertas cosas que representarán para ti una poderosa tentación, que ejercerán en ti una fuerte atracción, y que sin embargo serán para mí una insignificancia. Otras cosas me atraerán a mí vivamente, tendrán en mí un poder casi irresistible, mientras que a ti ni te afectarán. Aquello que significa una poderosa tentación para algunos, puede no serlo en absoluto para otros. Entonces, para poder auxiliarme, Jesús tiene que estar allí

donde pueda sentir lo que yo siento, y ser tentado en todos los puntos en los que yo pueda serlo, en la medida en la que yo puedo ser tentado. Pero dado que aquello que me tienta a mí puede no hacerlo contigo, y que aquello que a ti te tienta quizá no me tienta a mí, Cristo ha de estar allí donde estamos tanto tú como yo, y alcanzar así a las tentaciones de ambos. Ha de sentir todo aquello con lo que te las has de ver, aún sin afectarme a mí, y lo que me afecta a mí aunque tú no lo sientas. Ha de tomar el lugar de ambos. Y así lo hace.

Hay otro tercer hombre. Tentaciones que le afectan a él pueden no afectarnos a ti ni a mí. Por lo tanto Cristo hubo de tomar todos mis sentimientos y naturaleza, los tuyos y los de ese tercer hombre, a fin de poder ser tentado en todo como yo, como tú y como él. Pero cuando él nos toma a ti, a mí y al otro, ¿a cuántos abarca eso? –A la totalidad de la raza humana.

Y esa es exactamente la verdad. Cristo estuvo en el lugar, y tuvo la naturaleza de la totalidad de la raza humana. Y en él confluyeron todas las

debilidades del género humano, de forma que todo hombre en el mundo que pueda jamás ser tentado, encuentra en Jesucristo poder contra la tentación, y liberación del poder de esta. Esa es la verdad.

Analicémoslo desde otro punto de vista: Satanás, el dios de este mundo, está interesado en que seamos tentados tanto como sea posible; pero no necesita emplear mucho de su tiempo ni de su poder para hacer que sucumbamos a la tentación.

Ese mismo Satanás estuvo aquí presente, y estuvo muy particularmente interesado en hacer que Jesús cediera a la tentación. Probó a Jesús en todo punto en el que pudiera jamás probarme a mí a fin de inducirme al pecado; y lo procuró en vano. Fracasó de la forma más absoluta en hacer que Jesús consintiera en pecar en cualquiera de los puntos en los que yo pueda jamás ser tentado a pecar.

Tentó también a Jesús en todo punto en el que te tienta, o pueda jamás tentarte a ti a fin de inducirte a pecar. Y también en eso fracasó

estrepitosamente. Eso nos afecta a ti y a mí. Jesús venció en todo punto, en tu favor y en el mío.

Pero cuando Satanás tentó a Jesús en todo aquello en que nos ha tentado a ti y a mí, y fracasó, intentó más que eso. Procuró tentarlo también en todo aquello en lo que tienta a ese otro hombre. En consecuencia, lo tentó en todo aquello en lo que pueda ser tentado cualquier miembro de la raza humana.

Satanás es el autor de toda tentación, y tuvo que probar a Jesús en todo punto en el que hubiera de probar jamás a cualquier ser humano. Lo tuvo que probar igualmente en todo punto en el que Satanás sea capaz de producir la tentación. Y obtuvo siempre la misma derrota. ¡Gracias al Señor!

Más aún: no es sólo que Satanás hubiera de tentar a Jesús en todo punto en el me hubiera de tentar a mí, sino que tenía que tentarlo con mucho más poder del que nunca pudiera ejercer contra mí. Nunca tuvo que emplearse demasiado a fondo para



que yo cediera a la tentación. Pero debió procurar con todas sus fuerzas tentar a Jesús en todos aquellos puntos en los que ha tenido éxito en hacer que yo caiga en el pecado, o en que pueda jamás caer. Empleó contra Jesús todo el poder de la tentación del que es capaz, y fracasó. Gracias al Señor por ello. Así, en Cristo soy libre.

Lo mismo cabe decir de las tentaciones tuyas y de las del otro hombre. En cada caso, Satanás fracasó por lo que respecta a hacer pecar a Jesús, y tanto tú como el otro hombre sois libres en Cristo.

Por lo tanto debió probar a Jesús en todo punto en el que la raza humana pudiera ser probada, y fracasó. Lo tentó con toda la sagacidad de que es capaz, con todo su poder y sutileza en cada uno de los puntos, y fracasó.

Eso significa que hay un triple y completo fracaso por parte de Satanás. En presencia de Cristo, Satanás queda absolutamente derrotado. Y en Cristo somos vencedores de Satanás. Dijo Jesús: "Viene el príncipe de este mundo y él nada tiene en

mí" (Juan 14:30). En Cristo, pues, escapamos a Satanás. En Cristo hallamos a Satanás como un enemigo completamente vencido y derrotado.

Eso no equivale a decir que nuestra lucha terminó. Pero equivale a decir, y de la forma más enfática y gozosa, que en Cristo peleamos la pelea de la victoria. Fuera de Cristo luchamos, pero es una lucha perdida. En él nuestra victoria es completa, de igual forma en la que en todo otro aspecto estamos completos en él. Pero jamás olvidéis esto: ¡es en él!

Entonces, habiendo Satanás agotado todas las tentaciones que conoce o pueda nunca conocer, y habiendo agotado en vano todo su poder para tentar, ¿a qué queda reducido en la presencia de Cristo? ¿Cuál es su condición? –La impotencia. Y cuando nos encuentra en Cristo, y procura alcanzarnos y acosarnos, ¿qué se hace manifiesto? –Su impotencia. ¡Alabado y magnificado sea el Señor!

Alegrémonos por ello, ya que en él somos

victoriosos, en él somos libres. En él, Satanás es impotente por lo que respecta a nosotros. Estemos agradecidos por ello. Estamos completos en él.

## Capítulo 14

# Identidad corporativa de Cristo

Sin duda recordaréis lo enseñado por el hermano Prescott en una de sus lecciones, en relación con el libro de Rut. [ver Bulletin, p. 189]

¿Quién era el Redentor en el libro de Rut? El más próximo en la familia. Booz no podía actuar como redentor hasta tanto no se demostrara que el que estaba más próximo a ella en la familia no era apto para el oficio de redentor. No es sólo que el redentor debiera ser próximo en la familia, sino que había de ser el más cercano entre los cercanos. Por lo tanto Booz no podía asumir la función de redentor hasta no haberse convertido en el más próximo, al alejarse de la escena el que hasta entonces lo era. Ese es precisamente el tema del segundo capítulo de Hebreos.

Según el libro de Rut, el esposo de Noemí

había fallecido; la herencia había ido a parar a manos de otros, y al regresar de Moab se encontraba en necesidad de redención. Nadie, excepto el pariente más próximo, podía redimirla. Esa es precisamente la historia del segundo capítulo de Hebreos. Tenemos a Adán, el hombre, quien poseía una herencia: la tierra. La perdió, y cayó él mismo en la esclavitud. En el evangelio en Levítico se nos dice que si alguien perdía su herencia, él mismo y su herencia podían ser redimidos, pero solamente el pariente más cercano podía redimir (Lev. 25:25, 26, 47-49). Hay un hombre en la tierra, Adán, que perdió su herencia y resultó él mismo perdido, y vosotros y yo estábamos todos en él, y necesitamos un redentor. Pero sólo el pariente de sangre más próximo puede asumir el oficio de redentor. Jesucristo es más cercano que un hermano, más cercano que cualquier otro. Es un hermano, pero es el más cercano entre los hermanos. De hecho, el pariente más próximo. No es solamente uno con nosotros, sino que es uno de nosotros, y uno con nosotros al ser uno de nosotros.

La gran lección que estamos aún estudiando, y el pensamiento clave, es cuán enteramente Jesús es nosotros mismos. Hemos visto en la lección precedente que él es realmente nosotros. En todos los puntos en los que nosotros somos tentados, él fue nosotros; en todos los puntos en los que me sea posible ser tentado, él, en tanto que yo, estuvo allí mismo, contra toda la maquinación e ingeniosidad de Satanás en su intento por tentarme. Jesús, en tanto que yo, estuvo allí, enfrentando todo eso. Contra todo el poder de Satanás para tentarme, Jesús estuvo como yo mismo, y venció. Otro tanto sucedió contigo, y con el otro hombre; y abarcando así a la totalidad de la raza humana, él se tiene en todo punto en el que cualquier componente de la humanidad pueda ser tentado como en sí mismo o de sí mismo.

En todo ello él es nosotros, y en él estamos completos contra el poder de la tentación. En él somos vencedores, puesto que él, en tanto que nosotros, venció. "Confiad: yo he vencido al mundo" (Juan 16:33).

Y analizando la otra tarde la forma en la que él vino a ser uno de nosotros, vimos que fue por el nacimiento de la carne. Él es "del linaje de David según la carne" (Rom. 1:3). No tomó la naturaleza de los ángeles, sino la naturaleza de la simiente de Abraham, y su genealogía retrocede hasta Adán.

Ahora, ya sabéis que "cada uno es tentado, cuando de su propia pasión es atraído y seducido" (Sant. 1:14). Tal es la definición de "tentación". No hay ni una sola tendencia al pecado en ti o en mí que no estuviera ya en Adán cuando fue expulsado del Edén. Toda la iniquidad y todo el pecado que han venido al mundo provinieron de aquello, y se originaron en él estando allí. No se hicieron todos manifiestos en él, no aparecieron en él en la acción abierta; pero se han manifestado en la acción en aquellos que han provenido de él.

Así, todas las tendencias al pecado que han aparecido o que están en mí, me han venido desde Adán; y también las que hay en ti, y las que hay en el otro hombre. Todas las tendencias al pecado que hay en la raza humana vinieron desde Adán. Pero

Cristo Jesús sintió todas esas tentaciones; fue tentado en todos esos puntos en la carne que él tuvo derivada de David, de Abraham y de Adán. Su genealogía incluye una cierta proporción de vidas caracterizadas por la injusticia. Manases figura allí, quien actuó peor que cualquier otro rey en Judá, e hizo que Judá obrara peor que los paganos; allí está Salomón, cuyo carácter describe la Biblia tal cual era; allí está David, Rahab, Judá, Jacob, todos ellos descritos tal cual fueron. Pues bien, Jesús vino según la carne, al final de esa línea de descendencia de la humanidad. Vino, según la carne, al final de esa línea genealógica. Y existe eso que llamamos herencia. Vosotros y yo tenemos rasgos de carácter y facciones que nos vienen desde lo antiguo, -quizá ni siquiera de nuestro padre o abuelo, sino de sus antecesores en generaciones precedentes. Y eso lo encontramos referido en la ley de Dios: "que visito la maldad de los padres sobre los hijos hasta la tercera y cuarta generación de los que me aborrecen, y hago misericordia por millares a los que me aman y guardan mis mandamientos".



Es muy cierto lo que expresa el dicho popular: "De tal palo, tal astilla". Es una ley de Dios. Aunque se la transgreda, no dejará de cumplirse. La transgresión de la ley no cambia a la ley, sea esta física o moral. La ley actúa cuando se la transgrede, mediante el mal en el que se incurre, de igual forma en que habría obrado para justicia en el caso de que no se la hubiera transgredido. Si el hombre hubiera mantenido siempre su rectitud, tal como la tenía cuando fue creado, su descendencia habría poseído esa misma característica. Cuando la ley fue transgredida, la descendencia continuó en la línea equivocada, y la ley actuó en el sentido desfavorable, por haber sido objeto del abuso.

La ley según la cual los objetos materiales experimentan una tendencia o atracción hacia el centro de la tierra, es una buena ley. Sin la ley de la gravedad sería imposible la vida en la tierra, tal como la conocemos. Es la ley que nos mantiene sujetos a la tierra, y permite que nos desenvolvamos y desplacemos en su superficie. No obstante, si se produce una discontinuidad en nuestro apoyo sobre la tierra, si nuestros pies

patinan y perdemos la base, o si estamos en un lugar elevado y se quiebra su soporte o base, la ley de la gravedad está presente, y nos atrae hacia abajo con una fuerza increíble. Observad: la misma ley que permite que vivamos, que nos movamos y nos desplazemos sobre la tierra con la comodidad con la que lo hacemos; esa ley que tanto nos beneficia cuando estamos en armonía con ella, continúa actuando cuando la contravenimos, y de una forma tan directa como antes, pero en contra nuestra.

Lo anterior no es más que una ilustración de la ley referente a la naturaleza humana. Si el hombre hubiera permanecido allí donde Dios lo puso, y de la forma en que lo puso, la ley habría obrado directa y favorablemente; cuando el hombre rompió su armonía precedente con ella, continuó actuando directamente, pero en su contra. Esa ley de la herencia alcanzó desde Adán hasta la carne de Jesucristo, tan ciertamente como alcanza a la carne de cualquiera del resto de nosotros, ya que él fue uno de nosotros. En él hubo cosas que le venían desde Adán, otras desde David, desde Manases,

desde la genealogía en su mismo principio hasta su nacimiento.

Así, en la carne de Jesucristo, -no en él mismo, sino en su carne: nuestra carne que él tomó en naturaleza humana- habían las mismas tendencias al pecado que hay en la tuya y en la mía. Y cuando fue tentado, fue "atraído y seducido" por esos deseos que están en la carne. Esas tendencias al pecado que estaban en su carne tiraban de él, procuraban seducirlo a que consintiera en lo incorrecto. Pero por el amor de Dios y por su confianza en Dios, recibía el poder, la fortaleza y la gracia para decir "No" a todas ellas, manteniéndolas en completa sumisión. Y así, en semejanza de carne de pecado, condenó al pecado en la carne.

Todas las tendencias al pecado que hay en mí estuvieron en él, y ni a una sola de ellas se le permitió aparecer en él. Todas las tendencias al pecado que hay en ti estuvieron en él, y no se permitió que apareciera ninguna de ellas; todas fueron perfecta y continuamente sometidas.

También hubo en él todas las tendencias que hay en el otro hombre, sin permitir que apareciera ninguna de ellas. Eso equivale simplemente a decir que todas las tendencias al pecado que alberga la carne humana estuvieron en su carne humana, y a ninguna de ellas le permitió aparecer; las conquistó a todas. Y en él todos tenemos la victoria sobre todas ellas.

Muchas de esas tendencias que hay en nosotros han aparecido en la acción, habiéndose concretado en pecados cometidos, en pecados abiertos. Hay una diferencia entre tendencia al pecado, y la aparición de ese pecado en la acción. Hay en nosotros tendencias al pecado que todavía no han aparecido; pero lo han hecho infinidad de ellas. Él conquistó todas las tendencias que no han aparecido. ¿Qué sucede con los pecados que han aparecido? "Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros" (Isa. 53:6). "Él mismo llevó nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero" (1 Ped. 2:24). Queda pues claro que todas las tendencias al pecado que, estando en nosotros, no han aparecido, y todos los pecados que han aparecido, fueron

puestos sobre él. Es terrible; es cierto. Pero ¡qué gozo!, en esa terrible verdad radica nuestra completa salvación.

Observémoslo de otro modo: En relación con aquellos pecados que hemos cometido, nosotros mismos hemos sentido la culpabilidad por ellos; nos hemos sentido condenados por ellos. Todos le fueron imputados a él, fueron puestos sobre él. Ahora una pregunta: ¿Sintió él la culpabilidad por los pecados que le fueron imputados? ¿Fue consciente de la condenación de los pecados – nuestros pecados- que fueron puestos sobre él? Jamás fue consciente de pecados que él hubiera cometido, puesto que no cometió ninguno. Eso está claro. Pero nuestros pecados fueron puestos sobre él, y nosotros éramos culpables. ¿Sintió la culpabilidad de esos pecados? ¿Tuvo conciencia de condenación en relación con ellos?

Vamos a analizar ese tema de forma que toda alma en esta casa pueda afirmar que la respuesta es "Sí". Lo expresaré de otro modo: Vamos a analizar ese tema de forma que toda alma en esta casa, o

bien dirá "Sí", o bien pueda decirlo si lo desea; porque pudiera haber alguien aquí que desconozca la experiencia que voy a evocar a modo de ilustración, como para poder decir "Sí". Pero la mayoría sí la habrá pasado, y dirá "Sí" inmediatamente.

Dios imputa justicia, la justicia de Cristo, al pecador que cree. Imaginad al hombre que no ha conocido otra cosa en su vida excepto el pecado, excepto la culpabilidad del pecado y su condenación. El tal cree en Jesucristo y Dios le imputa la justicia de Cristo. Entonces, ese hombre que jamás había producido una partícula de justicia en su vida anterior, se vuelve consciente de la justicia. Entró en su vida algo que nunca antes había existido allí. Él es consciente de ello, es consciente del gozo y libertad que trae.

Dios imputó nuestros pecados a Jesucristo tan ciertamente como nos imputa a nosotros su justicia. Pero cuando él nos imputa justicia a nosotros que no somos más que pecadores, somos conscientes de ello, nos damos cuenta, sentimos el gozo que

trae. Por lo tanto, cuando él imputó nuestros pecados a Jesús, él fue consciente de la culpabilidad y condenación de ellos. Lo fue tan ciertamente como el pecador que cree se vuelve consciente de la justicia de Cristo que le es imputada –que es puesta sobre él-, y de la paz y gozo que conlleva.

En todo esto Jesús fue precisamente nosotros. Fue hecho realmente como nosotros en cada respecto. En todo lo que atañe a la tentación, él fue nosotros. Fue uno de nosotros en la carne. Fue nosotros. Lo fue en la tentación. Y en culpabilidad y condenación fue precisamente nosotros mismos, ya que fueron nuestros pecados, nuestra culpabilidad y nuestra condenación las que fueron puestas sobre él.

Ahora, en relación a lo que hemos dicho de "nuestros pecados", ¿cuántos de ellos? -Todos fueron puestos sobre él, y él llevó la culpabilidad y condenación de todos ellos; y también respondió por ellos, pagó, hizo expiación por ellos. Por consiguiente, en él quedamos libres de todo pecado

que jamás hayamos cometido. Esa es la verdad. Alegrémonos por ello, y demos eterna alabanza a Dios con gozo inefable.

Él tomo sobre sí todos los pecados que hemos cometido; respondió por ellos, y los quitó de nosotros por siempre; y todas las tendencias al pecado que no han aparecido como pecados cometidos, a esas las sometió por siempre en sujeción. Renueva así todo el equipo y somos libres y completos en él.

¡Cristo es el Salvador completo! Es Salvador de los pecados cometidos y Conquistador de las tendencias a cometer pecados. En él tenemos la victoria. No somos más responsables por esas tendencias que hay en nosotros, de lo que lo somos por el sol que brilla en el cielo; pero todo hombre sobre la tierra es responsable por esas cosas que aparecen en él en la acción abierta. Antes que supiéramos de Cristo, aparecieron ya muchas de ellas en la acción. El Señor las ha llevado todas sobre sí, y las ha quitado. Desde que supimos de Cristo, esas tendencias que no han aparecido, él las



condenó como pecado en la carne. ¿Permitirá quien cree en Jesús, que reine en su carne aquello que Cristo condenó en la carne? Tal es la victoria que pertenece al creyente en Jesús.

Ciertamente, aunque un hombre pueda poseer todo esto en Jesús, no puede aprovecharse de ello si no cree en él. Consideremos ese hombre que no cree en absoluto en Jesús. ¿Acaso no ha hecho Cristo en su favor la misma provisión que por Elías, que habita el cielo? Y si ese hombre quiere tener a Cristo por Salvador, si desea la provisión hecha por todos sus pecados, y salvación de todos ellos, ¿tiene Cristo que hacer ahora alguna cosa, a fin de proveer a favor de los pecados del tal hombre, o para salvarlo de ellos? –No; todo está ya hecho; Cristo hizo ya provisión a favor de todo hombre cuando estuvo en la carne, y todo hombre que crea en él la recibe sin necesidad de repetición de ninguna parte de ella. "Cristo, habiendo ofrecido una vez para siempre un solo sacrificio por los pecados..." (Heb. 10:12), y habiéndonos purgado por sí mismo de nuestros pecados, se sentó a la diestra de la Majestad en los cielos. Así, todo es en

Él, y todo el que cree en Cristo lo posee todo en Él, y es completo en Él. Es en él, y en ello radica la bendición. "Porque en él habita corporalmente toda la plenitud de la divinidad" (Col. 2:9). Y Dios nos otorga su Espíritu eterno y vida eterna –una eternidad en la cual vivir-, a fin de que ese Espíritu eterno nos pueda revelar las eternas profundidades de la salvación que tenemos en Aquel cuyas salidas son desde los días de la eternidad (Miq. 5:2).

Ahora veámoslo de otra forma. Leamos Romanos 5:12:

"Por tanto, como el pecado entró en el mundo por un hombre y por el pecado la muerte, así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron"

Y ahora, dejando para más tarde los versículos que constituyen el paréntesis, y yendo al 18 y 19 (que continúan el pensamiento del 12):

"Así que, como por la transgresión de uno [ese hombre que pecó] vino la condenación a todos los

hombres, de la misma manera por la justicia de uno [ese Hombre que no pecó] vino a todos los hombres la justificación que produce vida. Así como por la desobediencia de un hombre [el hombre que pecó] muchos fueron constituidos pecadores, así también por la obediencia de uno [el Hombre que no pecó], muchos serán constituidos justos"

Y ahora leamos el paréntesis:

"Antes de la Ley ya había pecado en el mundo; pero donde no hay Ley, no se inculpa de pecado. No obstante, reinó la muerte desde Adán hasta Moisés, aún en los que no pecaron a la manera de la transgresión de Adán, el cual es figura del que había de venir"

Adán, pues, era figura de aquel que tenía que venir. El que había de venir es Cristo. Adán era figura de Cristo. ¿En qué era Adán figura de Cristo? ¿En su justicia? –No, puesto que no la guardó. ¿En su pecado? –No, puesto que Cristo no

pecó. Entonces, ¿en qué fue Adán figura de Cristo? –En esto: Todo lo que estaba en el mundo estaba incluido en Adán; y todo lo que hay en el mundo está incluido en Cristo. Dicho de otro modo: Adán afectó a todo el mundo en su pecado; Jesucristo (el segundo Adán) en su justicia afecta a toda la humanidad. Es en ese sentido en el que Adán era figura de Aquel que tenía que venir. Así, seguimos leyendo:

"Pero el don no fue como la transgresión, porque si por la transgresión de aquel uno muchos murieron, la gracia y el don de Dios abundaron para muchos por la gracia de un solo hombre"

Hay pues dos hombres objeto de nuestro estudio: el que introdujo el pecado, y aquel otro que introdujo la justicia.

"Y con el don no sucede como en el caso de aquel uno que pecó, porque, ciertamente el juicio vino a causa de un solo pecado para condenación, pero el don vino a causa de muchas transgresiones para justificación. Si por la transgresión de uno

solo [el primer Adán] reinó la muerte, mucho más reinarán en vida por uno solo, Jesucristo [el segundo Adán], los que reciben la abundancia de la gracia y del don de la justicia"

Leamos otro texto relacionado con el anterior, antes de entrar en su estudio (1 Cor. 15:45-49):

"Así también está escrito: 'Fue hecho el primer hombre, Adán, alma viviente'; el postrer Adán, espíritu que da vida. Pero lo espiritual no es primero, sino lo animal; luego lo espiritual. El primer hombre es de la tierra, terrenal; el segundo hombre, que es el Señor, es del cielo. Conforme a lo terrenal, así serán los terrenales; y conforme al celestial, así serán los celestiales. Y así como hemos traído la imagen del terrenal, traeremos también la imagen del celestial"

El primer Adán nos afectó a todos nosotros; lo que él hizo nos incluyó a todos. Si hubiese permanecido fiel a Dios, eso nos habría incluido a todos. Y cuando cayó apartándose de Dios, eso nos incluyó, y nos afectó a todos. Sea lo que fuere lo

que debía hacer, nos incluía; y lo realizado por él hizo de nosotros lo que somos.

Aparece ahora otro Adán. ¿Afecta a tantos como afectó el primero? Esa es la cuestión. Eso es justamente lo que estamos estudiando. ¿Afecta el segundo Adán a tantos como afectó el primero? –Y la respuesta es que efectivamente, lo que hizo el segundo Adán, afectó a todos los que resultaron afectados por lo que hizo el primero. Lo que éste debió hacer, lo que hubiera podido hacer, habría afectado a todos.

Suponed que Cristo hubiera sucumbido a la tentación y hubiese pecado. ¿Habría significado algo para nosotros? ¡Lo habría significado todo! El primer pecado de Adán significó todo esto para nosotros; el pecado, por parte del segundo Adán, lo habría significado todo para nosotros. La justicia del primer Adán lo habría significado todo para nosotros, y la justicia del segundo Adán lo significa todo para tantos como crean. Eso es correcto en un cierto sentido; pero no en el sentido en el que lo estamos estudiando. Estamos estudiándolo desde el

punto de vista de los Adanes. Lo veremos después desde nuestro punto de vista.

La cuestión es: ¿Afecta la justicia del segundo Adán a tantos como afectó el pecado del primero? Examinémoslo detenidamente. Absolutamente sin nuestro consentimiento, sin que tuviéramos nada que ver con ello, estuvimos todos incluidos en el primer Adán; estuvimos todos allí. Toda la raza humana estaba en el primer Adán. Lo que hizo ese primer Adán, ese primer hombre, significaba nosotros; nos afectó. Lo que hizo el primer Adán nos llevó al pecado, y el pecado conduce a la muerte; y eso nos afecta a cada uno de nosotros: todos estamos implicados.

Jesucristo, el segundo hombre, tomó nuestra naturaleza pecaminosa. Él nos toca "en todo". Se hizo nosotros y murió la muerte. Así, en él, y en ello, todo hombre que jamás haya vivido en la tierra, y que estuvo incluido en el primer Adán, está incluido en este segundo, y volverá a vivir. Habrá una resurrección de los muertos, tanto de justos como de injustos. Debido al segundo Adán,

toda alma volverá a vivir tras la muerte que le sobrevino debido al primer Adán.

"Bien", dirá alguno. "Estamos implicados en otros pecados, aparte de aquel primero". Sí, pero no sin nuestro consentimiento. Cuando Dios dijo: "Pondré enemistad entre ti y la mujer, y entre tu simiente y la simiente suya", dio a todo hombre la libertad para escoger a qué amo serviría; y a partir de ello, todo el que haya pecado en este mundo, lo ha hecho porque así lo escogió. "Si nuestro evangelio está aún encubierto, entre los que se pierden está encubierto; esto es, entre los incrédulos" (2 Cor. 4:3 y 4). No es que carezcan de oportunidad para creer; el dios de este mundo no ciega los ojos de nadie que no haya cerrado ya previamente sus ojos de la fe. Cuando alguien cierra los ojos de la fe, entonces Satanás se encarga de que permanezcan cerrados por tanto tiempo como sea posible. Vuelvo a leer: "Si nuestro evangelio –el evangelio eterno, el evangelio de Jesucristo que es Cristo en vosotros, la esperanza de gloria, desde los días del pecado del primer Adán hasta ahora- está aún encubierto, entre los



que se pierden está encubierto". Está encubierto para aquellos a quienes "el dios de este mundo les cegó el entendimiento". Y ¿por qué les cegó el entendimiento? Porque fueron "incrédulos".

Abraham, un pagano, nacido pagano –como todos nosotros- y educado en el paganismo, habiendo crecido en una familia de paganos, adorando a ídolos y al ejército del cielo, abandonó todo eso y se volvió hacia Dios; abrió sus ojos de la fe, los empleó, y Satanás nunca encontró la ocasión de cegárselos. Y Abraham, un pagano, volviéndose a Dios de entre los paganos, encontró a Dios en Jesucristo en plenitud de esperanza –esa es una de las razones por las que Dios lo ha puesto ante todo el mundo. Él es un ejemplo de lo que está al alcance de todo pagano en este mundo. Constituye un ejemplo puesto por Dios acerca de cómo todo pagano queda sin excusa si no encuentra a Dios en Jesucristo, mediante el evangelio eterno. Abraham es emplazado ante todas las naciones atestiguando que todo pagano es responsable de su propio camino, si no encuentra aquello que Abraham encontró.

Por lo tanto, en la misma medida en que el primer Adán alcanza al hombre, lo hace ciertamente el segundo. El primer Adán puso al hombre bajo la condenación del pecado, hasta la muerte; la justicia del segundo Adán revierte lo anterior, y hace que todo hombre vuelva a vivir. Tan pronto como Adán pecó, Dios le dio una segunda oportunidad, y lo hizo libre de escoger a qué amo serviría. Desde entonces todo hombre es libre de elegir qué camino va a seguir, de forma que es responsable por sus pecados individuales. Y cuando Cristo nos liberó del pecado y la muerte que nos vinieron del primer Adán, lo hizo a favor de todo hombre; y todo hombre lo puede tener por elección.

El Señor no va a compeler a nadie a tomarlo. Él no compele a nadie, ni al pecado, ni a la justicia. Todo el que peca lo hace por su propia elección. Las Escrituras así lo muestran. Y todo ser humano puede elegir ser hecho perfectamente justo, como también muestra la Escritura. No morirá la segunda muerte ni uno solo que no haya escogido el pecado

en lugar de la justicia, la muerte en lugar de la vida. En Jesucristo está la abundante plenitud de todo cuanto necesite o pueda tener el hombre, en lo relativo a la justicia. Y todo cuanto debe hacer el hombre es elegir a Cristo, y entonces es suyo.

Así pues, de igual forma en que el primer Adán era Nosotros, el segundo Adán es Nosotros. Compartió nuestra debilidad en todo. Leamos dos textos: Uno dice de nosotros: "Separados de mí, nada podéis hacer"; el otro dice de él: "No puedo yo hacer nada por mí mismo" (Juan 15:5; 5:30).

Esos dos textos nos bastan por ahora; explican todo el tema. Estar sin Cristo es estar sin Dios, y en esa situación el hombre no puede hacer nada; en sí mismo es rematadamente desvalido. Tal es la situación de quien está sin Dios. Jesucristo dijo: "No puedo yo hacer nada por mí mismo". Eso muestra que el Señor Jesús se sitúa a sí mismo en este mundo, en la carne, en la naturaleza humana, precisamente tal como es el hombre que está sin Dios en este mundo. Se sitúa precisamente allí donde está el hombre perdido. Depuso su "yo"

divino, y se hizo nosotros. Y allí, en la condición desvalida en la que estamos nosotros sin Dios, recorrió el arriesgado camino para regresar a donde está Dios, llevándonos con él. Fue un riesgo espantoso; pero, gloria sea dada a Dios, venció; logró el objetivo, y en él somos salvos.

Cuando él estuvo donde estamos nosotros, dijo: "Yo confiaré en él" (Heb. 2:13). Y esa confianza jamás resultó traicionada. En respuesta a esa confianza el Padre moró en él y con él, y lo guardó de pecar. ¿Quién fue él? -Nosotros. De esa forma el Señor Jesús ha traído la fe divina a todo hombre en el mundo. Esa es la fe del Señor Jesús. Se trata de fe salvífica. La fe no es algo que proceda de nosotros mismos, mediante la cual creemos acerca de él; sino que es ese algo con lo que él creyó, -la fe que ejerció, que nos la otorga y que viene a ser nuestra, obrando en nosotros-, el don de Dios. Eso es lo que significa "que guardan los mandamientos de Dios y la fe de Jesús" (Apoc. 14:12). Guardan la fe de Jesús, porque es esa fe divina que el propio Jesús ejerció.

Él, siendo nosotros, nos trajo esa fe divina que salva el alma, -esa fe divina por medio de la cual podemos decir con Cristo: "Yo confiaré en él". Y confiando así en él, esa confianza jamás será defraudada hoy, como no lo fue entonces. Dios respondió a esa confianza, e hizo morada con él. Responderá hoy ciertamente a esa, nuestra confianza, haciendo morada con nosotros.

Dios moraba con él, y él fue nosotros. Por lo tanto, su nombre es Emmanuel: 'Dios con nosotros' -no 'Dios con él'; Dios estuvo con él desde antes que el mundo existiera. Podría haber permanecido allí, podría no haber venido aquí para nada, y Dios habría estado con él igualmente, y su nombre podría haber sido 'Dios con él'. Podría haber venido a este mundo tal como él era en el cielo, y su nombre habría continuado siendo 'Dios con él'; pero no 'Dios con nosotros', que es precisamente lo que necesitábamos. 'Dios con él' no puede ayudarnos, a menos que él sea nosotros. Pero en ello radica la bendición: el que era uno de Dios vino a ser uno de nosotros; el que era Dios se hizo nosotros, a fin de que 'Dios con él' significara 'Dios

con nosotros'. ¡Oh, ese es su nombre! Alegrémonos por siempre en su nombre: ¡Dios con nosotros!

## Capítulo 15

# Cristo en los Salmos

Seguimos estudiando el nombre de Cristo, que es "Dios con nosotros". Y tal como hemos visto ya, él no podía ser Dios con nosotros a menos que se hiciera nosotros, debido a que no es él mismo quien se manifiesta en el mundo. No vemos a Jesús en este mundo, tal como era en el cielo; ni vemos en el mundo la personalidad que tenía en el cielo antes de venir aquí. Se vació de sí mismo y se hizo nosotros. Entonces, habiendo puesto en Dios su confianza, Dios moró con él. Siendo él nosotros, y siendo Dios con él, resulta que Cristo es "Dios con nosotros". Tal es su nombre.

Si hubiese venido al mundo tal como era en el cielo, como Dios; si se hubiese manifestado como era allí, y siendo Dios con él, su nombre no habría sido "Dios con nosotros", puesto que él no habría sido nosotros. Pero [el Hijo] se vació de sí mismo. No fue él mismo quien se manifestó al mundo. Leemos: "Nadie conoce al Hijo, sino el Padre"

(Mat. 11:27) -no sólo ningún ser humano, sino "nadie"-. Nadie conoce al Hijo sino el Padre. "Ni nadie conoce al Padre, sino el Hijo y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar". Observad que el texto NO dice: 'Nadie conoce al Hijo, excepto el Padre y aquel a quien el Padre se lo quiera revelar'. No. Ningún hombre conoce al Hijo en absoluto; solamente el Padre lo conoce. El Padre no revela al Hijo al mundo, sino que el Hijo revela al Padre. Cristo no es la revelación de sí mismo. Es la revelación del Padre al mundo y en el mundo –y a los hombres-. Por lo tanto, "nadie conoce al Padre, sino el Hijo y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar". Es, pues, el Padre quien es revelado al mundo, quien es revelado a nosotros y en nosotros, en Cristo. Es todo el tiempo el tema de nuestro estudio. Es el centro alrededor del cual gira todo lo demás. Siendo que Cristo tomó nuestra naturaleza humana en todas las cosas en la carne, y puesto que vino a ser nosotros, cuando leemos sobre él y sobre el trato que recibe del Padre, estamos leyendo realmente sobre nosotros mismos, y de la forma como nos trata el Padre. Lo que Dios le hizo a él, lo hizo a nosotros; lo que Dios hizo por él, lo hizo



por nosotros. Y así, leemos: "Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros seamos justicia de Dios en él" (2 Cor. 5:21).

Debía ser en todo semejante a los hermanos; y es nuestro hermano según el parentesco de sangre más cercano posible. Vamos a estudiar ahora otra fase de ese gran tema: primeramente en los Salmos -Cristo en los Salmos-, a fin de que podamos ver cuán enteramente los Salmos significan Cristo, y que la experiencia allí registrada no es otra que la suya.

Es imposible referirse en detalle a los 150 salmos en una sola lección, o en una docena de ellas. Sin embargo, en cierto sentido podemos referirnos a todos los salmos, estudiando unos pocos como muestra, a fin de descubrir el secreto de todos ellos, y su secreto es este: Cristo. Tomaremos algunos de los salmos en los cuales Dios mismo hizo la aplicación a Cristo, de forma que no pueda existir duda alguna de que se refieren a él. Entonces, al leer esos salmos podemos tener la

seguridad de que estamos leyendo sobre Jesucristo, y de la forma en que Dios lo trata –siendo él "nosotros" todo el tiempo, débil como nosotros, con una carne pecaminosa como la nuestra, hecho pecado como nosotros, habiéndole sido puestos toda nuestra culpa y pecados sobre él, y sintiendo él la culpabilidad y condenación en todo, en tanto que nosotros.

Tomad el salmo cuarenta, que se refiere a Cristo en su venida al mundo. Estudiémoslo junto con el capítulo 10 de Hebreos. Comenzando en Salmo 40:6: "Sacrificio y ofrenda no te agradan; has abierto mis oídos". "Abierto" se puede traducir también como "perforado". Encontramos la clave para comprenderlo en Éxodo 21:1-6. El siervo hebreo debía servir a su amo un cierto número de años, y el año de la liberación quedaba libre. Pero si declaraba: "Yo amo a mi señor, a mi mujer y a mis hijos; no quiero salir libre", entonces el amo lo llevaba junto al dintel de la puerta, le horadaba la oreja con un punzón, y venía a ser su siervo para siempre. Ese orificio efectuado en su oreja era la señal externa de que los oídos de aquel hombre

estaban siempre abiertos a la palabra de su señor, estaban atentos a obedecerle.

Cuando Cristo vino a este mundo como hombre, dijo al Padre: "Sacrificio y ofrenda no te agradan; has abierto mis oídos". 'Mis oídos están abiertos a tu palabra, prestos a tus órdenes. No me iré. Amo a mi Señor y a mis hijos. Me quedaré. Soy tu siervo para siempre'.

"Holocausto y expiación no has demandado. Entonces dije: 'He aquí, vengo; en el rollo del libro está escrito de mí; el hacer tu voluntad, Dios mío, me ha agradado'"

Leamos ahora Hebreos 10:5-9:

"Por lo cual, entrando en el mundo dice: 'Sacrificio y ofrenda no quisiste, mas me diste un cuerpo. Holocaustos y expiaciones por el pecado no te agradaron'. Entonces dije: 'He aquí vengo, Dios, para hacer tu voluntad, como en el rollo del libro está escrito de mí'. Diciendo primero: 'Sacrificio y ofrenda, holocaustos y expiaciones

por el pecado no quisiste, ni te agradaron' –cosas que se ofrecen según la ley-, y diciendo luego: 'He aquí vengo, Dios, para hacer tu voluntad', quita lo primero para establecer esto último"

Encontramos ahí la aplicación que Dios hace del salmo 40 a Cristo; y dijo eso cuando vino al mundo. Sigamos leyendo en el salmo 40:

"El hacer tu voluntad, Dios mío, me ha agradado, y tu Ley está en medio de mi corazón. He anunciado justicia en la gran congregación; he aquí, no refrené mis labios, Jehová, tú lo sabes. No encubrí tu justicia dentro de mi corazón; he publicado tu fidelidad y tu salvación; no oculté tu misericordia y tu verdad en la gran congregación. Jehová, no apartes de mí tu misericordia; tu misericordia y tu verdad me guarden siempre, porque me han rodeado males sin número [¿A quién? -A Cristo]; me han alcanzado mis maldades y no puedo levantar la vista. Se han aumentado más que los cabellos de mi cabeza y mi corazón me falla"

¿Cristo? ¿Cómo le alcanzaron "maldades"? "Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros" (Isa. 53:6). ¿No se aumentaron más que los cabellos de su cabeza? Y cuando miró su estado, cuando se consideró a sí mismo, ¿cuál le pareció su condición? "Mi corazón me falla", debido a la enormidad de la culpa y condenación del pecado, debido a nuestros pecados que fueron puestos sobre él.

Pero continúa en su divina fe y confianza en el Padre:

"Quieras, Jehová, librame; Jehová, apresúrate a socorrerme. Sean avergonzados y confundidos a una los que buscan mi vida para destruirla. Vuelvan atrás y avergüéncese los que mi mal desean. Sean asolados en pago de su afrenta los que se burlan de mí [¿no se burlaron así de él en la cruz?]. Gócese y alégrense en ti todos los que te buscan, y digan siempre los que aman tu salvación: ‘¡Jehová sea enaltecido!’"

¿Quién dijo eso? Aquel que era consciente de

maldades en número superior a los cabellos de su cabeza. Aquel que estaba tan inclinado y postrado por esa carga. ¡Estaba alabando y gozándose en el Señor!

"Aunque yo esté afligido y necesitado, Jehová pensará en mí. Mi ayudador y mi libertador eres tú. ¡Dios mío, no te tardes!"

Volviendo ahora al versículo primero del salmo 40:

"Pacientemente esperé a Jehová, y se inclinó a mí y oyó mi clamor"

¿Quién? –Cristo: y él era nosotros. Por lo tanto, ¿diremos nosotros la palabra: "Pacientemente esperé a Jehová, y se inclinó a mí y oyó mi clamor"? Ciertamente. ¿Cargado de pecado, tal como estoy? ¿Pecador como soy? ¿Con esta carne pecaminosa que poseo? ¿Cómo puedo saber que él oye mi clamor? Lo demostró para siempre en mi Pariente más próximo. Demostró en mi carne que se inclina y oye mi clamor. Oh, hay momentos en

los que nuestros pecados parecen ser como una montaña. Hacen que nos sintamos tan desanimados... Y Satanás está allí mismo, presto a decir: 'Sí. No tienes más remedio que desanimarte por tus pecados. Es inútil que ores al Señor: él no va a querer saber nada con personas como tú; tu maldad es demasiada'. Y comenzamos a pensar que el Señor no va a oír nuestras oraciones. ¡Desechad esos pensamientos! No es solamente que oirá, sino que está presto a oír. Recordad lo dicho por Malaquías: "Jehová escuchó y oyó" (3:16). El Señor está deseoso de escuchar las oraciones de personas cargadas de pecado.

Pero hay momentos en nuestro desánimo cuando las aguas parecen cubrir nuestras almas ahogándonos, momentos en los que apenas logramos reunir el valor y la fe para pronunciar en voz alta nuestras oraciones. Oh, en ocasiones como esas, cuando son demasiado débiles en su fe como para que se las pueda escuchar, aún entonces él se inclina hacia nosotros y nos oye; inclina su oído y nos escucha. Así es el Señor; así es el Padre de nuestro Señor Jesucristo, el amante Salvador de los

pecadores. Entonces, si es que debe conducirnos a través de las aguas profundas, y estas pasan por encima de nuestras almas, como lo hicieron sobre la suya, ¡podemos esperar pacientemente en Jehová, y él se inclinará y oirá nuestro clamor!

"Me hizo sacar del pozo de la desesperación, del lodo cenagoso; puso mis pies sobre peña y enderezó mis pasos. Puso luego en mi boca cántico nuevo, alabanza a nuestro Dios. Verán esto muchos y temerán, y confiarán en Jehová. [¿Quién dijo eso? -Jesús] ¡Bienaventurado el hombre que puso en Jehová su confianza y no mira a los soberbios ni a los que se desvían tras la mentira!"

Buscad ahora el salmo 22. Hay mucho en ese salmo que nos es familiar, cuya aplicación conocen todos. Comienza así:

"Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado? [¿Quién dijo eso? –Jesús en la cruz] ¿Por qué estás tan lejos de mi salvación y de las palabras de mi clamor? Dios mío, clamo de día y no respondes; y de noche y no hay para mí



descanso. Pero tú eres santo, tú que habitas entre las alabanzas de Israel. En ti esperaron nuestros padres [Jesús vino en la línea de los padres]; esperaron y tú los libraste. Clamaron a ti y fueron librados; confiaron en ti y no fueron avergonzados. Pero yo soy gusano y no hombre; oprobio de los hombres y despreciado del pueblo. Todos los que me ven se burlan de mí; tuercen la boca y menean la cabeza, diciendo: ‘Se encomendó a Jehová, líbrelo él; sálvelo, puesto que en él se complacía’”

Sabéis que ese es el registro de su crucifixión; es el salmo de la crucifixión.

"Pero tú eres el que me sacó del vientre, el que me hizo estar confiado desde que estaba en el regazo de mi madre. A ti fui encomendado desde antes de nacer; desde el vientre de mi madre, tú eres mi Dios. No te alejes de mí, porque la angustia está cerca y no hay quien me ayude. Me han rodeado muchos toros; fuertes toros de Basán me han cercado. Abrieron contra mí su boca como león rapaz y rugiente. He sido derramado como el agua y todos mis huesos se descoyuntaron. Mi corazón

fue como cera, derritiéndose dentro de mí. Como un tiesto se secó mi vigor y mi lengua se pegó a mi paladar. ¡Me has puesto en el polvo de la muerte! Perros me han rodeado; me ha cercado una banda de malignos; desgarraron mis manos y mis pies. ¡Contar puedo todos mis huesos! Entre tanto, ellos me miran y me observan. Repartieron entre sí mis vestidos y sobre mi ropa echaron suertes [Fue la experiencia de Jesús en la cruz]. Mas tú, Jehová, ¡no te alejes! Fortaleza mía, ¡apresúrate a socorrerme! Libra de la espada mi alma [margen KJV: ‘mi único’; Septuaginta: ‘mi unigénito’], del poder del perro mi vida. Sálvame de la boca del león y líbrame de los cuernos de los toros salvajes. Anunciaré tu nombre a mis hermanos; en medio de la congregación te alabaré. Los que teméis a Jehová, ¡alabadlo! ¡Glorificadlo, descendencia toda de Jacob! ¡Temedlo vosotros, descendencia toda de Israel!, porque no menospreció ni rechazó el dolor del afligido, ni de él escondió su rostro, sino que cuando clamó a él, lo escuchó"

¿Quién dice eso, como el afligido, como el pecador abrumado y cargado por el peso del

pecado, en número superior al de los cabellos de su cabeza? ¿Quién declara que Dios el Padre no menospreciará ni rechazará al que clama así? Cristo mismo, y lo comprobó. ¿Quién afirmó que el Padre no esconderá su rostro de alguien como vosotros y como yo? Cristo, y lo demostró, pues ¿acaso no vive ahora en gloria, a la diestra de Dios? En eso queda demostrado ante el universo que Dios no esconderá su rostro del hombre cuyas iniquidades han pasado como oleada sobre su cabeza, y superan en número a los cabellos de su cabeza. Tened, pues, buen ánimo. Él es nuestra salvación, él la logró; demostró a todos los hombres que Dios es el Salvador de los pecadores.

"De ti será mi alabanza en la gran congregación; mis votos pagaré delante de los que lo temen"

¿Lo haréis vosotros? Ahora observad: ¿Quién era él cuando dijo todo lo anterior? Era nosotros. Entonces, ¿quién será el que continúa aún diciéndolo? ¿No nos contará a nosotros en él, tal como hizo hace mil ochocientos años? En aquella

ocasión nos contó en él porque él era nosotros, y ahora, en él, ¿no sucede lo mismo? Los dos últimos versículos del salmo:

"La posteridad lo servirá; esto será contado de Jehová hasta la postrera generación. Vendrán y anunciarán su justicia; a pueblo no nacido aún, anunciarán que él hizo esto"

El salmo que sigue, el 23, dice:

"Jehová es mi pastor" El pastor, ¿de quién? – De Cristo. El 22 es un himno a la crucifixión, el salmo de la crucifixión. ¿Dónde queda situado el 23? Sigamos leyendo:

"Jehová es mi pastor, nada me faltará. En lugares de delicados pastos me hará descansar; junto a aguas de reposo me pastoreará. Confortará mi alma. Me guiará por sendas de justicia"

¿A quién? ¿A mí, pecador? ¿Cargado de pecados como estoy? ¿Me guiará por sendas de justicia? –Sí. ¿Cómo podéis estar seguros de ello?

Constatando que lo hizo ya. En Cristo me llevó ya entonces por sendas de justicia por amor de su nombre, durante toda una vida. Por lo tanto, sé que en Cristo me llevará, pecador que soy, una vez más y por siempre, por sendas de justicia por amor de su nombre. Eso es fe.

Tomando esas palabras -tal como hemos oído en la lección que ha dado el hermano Prescott esta tarde-, como siendo la salvación de Dios que viene a nosotros, esas mismas palabras [de Cristo] obrarán en nosotros la salvación de Dios. Así lo obtuvo Cristo. Cuando él se puso a sí mismo en nuestro lugar, ¿dónde obtuvo salvación? Él no se salvó a sí mismo. De ahí la provocación: "A otros salvó, pero a sí mismo no se puede salvar... descienda ahora de la cruz, y creeremos en él" (Mat. 27:42). Podía haber descendido. Pero si se hubiese salvado a sí mismo, para nosotros habría sido la ruina. Si él se hubiera salvado, nosotros nos habríamos perdido. ¡Pero nos salva a nosotros! ¿Qué lo salvó a él? Esa palabra de salvación lo salvó a él cuando se hizo nosotros, y nos salva a nosotros cuando estamos en él. Me guía por sendas

de justicia por amor de su nombre. A mí. Y eso a fin de que cada persona sobre la tierra pueda decir en él, "Me guía".

Sí, "aunque ande en valle de sombra de muerte". ¿Dónde estaba Cristo, en ese salmo 23? – En la cruz, enfrentando la muerte. El salmo viene ahí en perfecta sucesión, cuando Jesús desciende al valle tenebroso. "Aunque ande en valle de sombra de muerte, no temeré mal alguno, porque tú estarás conmigo; tu vara y tu cayado me infundirán aliento". ¿Quién? –Cristo, y en él, nosotros; y podemos estar seguros porque Dios lo hizo ya por nosotros en él. Y en él sigue ocurriendo así en nuestro favor.

"Aderezas mesa delante de mí en presencia de mis angustiadores; unges mi cabeza con aceite; mi copa está rebosando. Ciertamente el bien y la misericordia me seguirán todos los días de mi vida"

¿A quién? –A mí, ¡gracias al Señor! ¿Cómo lo puedo saber? -Porque el bien y la misericordia me siguieron ya entonces en él. El bien y la

misericordia me siguieron desde el nacimiento hasta la tumba una vez en este mundo, en él; y por tanto tiempo como esté en él, me continuarán siguiendo. En él, me sucedió ya. Quedó demostrado ante el universo, y yo lo tomo y me gozo en ello.

Viene a continuación el salmo 24. El 22 es el salmo de la crucifixión; el 23 muestra a Cristo en el valle de sombra y de muerte; y el 24 es el salmo de la ascensión.

"¡Alzad, puertas, vuestras cabezas! ¡Alzaos vosotras, puertas eternas, y entrará el Rey de gloria! ¿Quién es este Rey de gloria? ¡Jehová el fuerte y valiente, Jehová el poderoso en batalla! ¡Alzad, puertas, vuestras cabezas! ¡Alzaos vosotras, puertas eternas, y entrará el Rey de gloria! ¿Quién es este Rey de gloria? ¡Es Jehová de los ejércitos! ¡Él es el Rey de gloria!"

Sucedió ya en mi favor en él; en él sigue sucediendo en mi beneficio; y en él, "en la casa de Jehová moraré por largos días".

Lo anterior es solamente ilustrativo de la verdad tal como es en Cristo, en los salmos. Buscad el salmo 69 y lo veréis aún más claramente. En verdad, ¿dónde podemos mirar en los salmos, sin verlo? Leeré, no obstante, uno o dos versículos en el salmo 69, a fin de que veáis cómo es exactamente aplicable aquí.

Versículo 4: "Se han aumentado más que los cabellos de mi cabeza los que me odian sin causa". Recordad Juan 15:25: "Sin causa me odian". Versículo 7: "Por amor de ti he sufrido afrenta; confusión ha cubierto mi rostro. Extraño he sido para mis hermanos y desconocido para los hijos de mi madre. Me consumió el celo de tu casa". "Entonces recordaron sus discípulos que está escrito: 'El celo de tu casa me consumirá'" (Juan 2:17). Versículo 9: "Los insultos de los que te vituperaban cayeron sobre mí". Pablo escribió en Romanos 15:3: "Porque ni aún Cristo se agradó a sí mismo; antes bien, como está escrito: 'Los vituperios de los que te vituperaban cayeron sobre mí'".



Ahora, Sal. 69:20 y 21:

"El escarnio ha quebrantado mi corazón y estoy acongojado. Esperé a quien se compadeciera de mí; y no lo hubo; busqué consoladores, y ninguno hallé. Me pusieron además hiel por comida y en mi sed me dieron a beber vinagre"

¿Puede alguien dudar de que ese salmo se aplica a Cristo?

Leámoslo ahora desde el principio: "¡Sálvame, Dios, porque las aguas han entrado hasta el alma! Estoy hundido en cieno profundo, donde no puedo hacer pie; he llegado hasta lo profundo de las aguas y la corriente me arrastra. Cansado estoy de llamar; mi garganta se ha enronquecido; han desfallecido mis ojos esperando a mi Dios". Ya hemos leído el versículo 4: "...los que me odian sin causa, etc". Versículo 5: "Dios, tú conoces mi insensatez, y mis pecados no te son ocultos". ¿Los pecados de quién? ¡Cristo, el justo, el que no conoció pecado, por nosotros fue hecho pecado! (2 Cor. 5:21). Nuestros

pecados fueron puestos sobre él; la culpabilidad y condenación de ellos no fueron "ocultos" para Dios.

Oh, tuvo que ser algo terrible el vaciarse de sí mismo y hacerse nosotros en todo, a fin de que pudiésemos ser salvos, corriendo el riesgo, el terrible riesgo de perderlo todo: arriesgándolo todo para salvarlo todo. Pero ¿qué éramos nosotros, por nosotros mismos? Desde la cabeza hasta los pies, nada más que un cuerpo de pecado. Sin embargo, lo arriesgó todo para salvarnos. No éramos nada, pero él lo hizo en su amor y compasión. Gracias al Señor por tener ese regio valor para hacerlo. Y triunfó; y somos salvos en él.

Hemos leído aquí su confesión de pecado. Se trataba de él en tanto en cuanto nosotros, en nuestro lugar, confesando nuestros pecados, cosa que ciertamente nos era necesaria. Fue bautizado en nuestro favor, dado que ningún bautismo de nuestra parte podría ser perfecto, como para ser aceptable en justicia. "Para que sea aceptado será sin defecto" (Lev. 22:21). Ninguna confesión de

pecado por parte del hombre puede ser en ella misma "sin defecto"; no puede ser tan perfecta como para que Dios pueda aceptarla en justicia, dado que el hombre es imperfecto. ¿Dónde, pues, podemos encontrar la perfección en la confesión? ¡En él! En él mi confesión del pecado es perfecta, ya que fue él quien la hizo. Cuántas veces sucede que, una vez que una persona ha hecho una confesión de pecado tan a conciencia como pudo y supo, Satanás toma ventaja con su sugerencia: 'No has confesado adecuadamente tu pecado. No has confesado con la intensidad necesaria para obtener perdón. Sí, claro, has confesado, pero no como es debido. Dios no puede perdonarte con una confesión como esa'. Eleva la palabra de Dios ante él y dile: Hay Uno que es perfecto; él llevó mis pecados e hizo confesión: cuando él me muestra el pecado, lo confieso con todas mis fuerzas y capacidad, y en la medida en que Dios me lo revela; y en él, en virtud de su confesión, la mía es aceptada en justicia. Su confesión es perfecta en todo respecto, y Dios acepta mi confesión en él.

Así, en él resultamos librados del desánimo que

Satanás quisiera traernos con respecto a si hemos confesado suficientemente nuestros pecados, si los hemos expulsado como es debido, o si nos hemos arrepentido como hay que hacerlo. En Cristo tenemos arrepentimiento; en él tenemos confesión; en él tenemos perfección; y estamos completos en él. ¡Es el Salvador!

Con nuestra debilidad, con nuestra pecaminosidad -sencillamente nosotros-, pasó por este mundo y nunca pecó. Desamparado, como desamparado está el hombre sin Dios; sin embargo, por su confianza en Dios, Dios lo visitó de tal modo, moró de tal forma con él, de tal manera lo fortaleció, que en lugar de manifestar pecado, manifestó la justicia de Dios continuamente.

Pero ¿quién fue él? Fue nosotros. Así, Dios demostró ya al mundo y al universo que él vendría de esa manera a mí y a vosotros, y que viviría en nosotros que estamos hoy en el mundo, haciendo que esa gracia y ese poder habitaran en nosotros de forma que, a pesar de toda nuestra pecaminosidad, de toda nuestra debilidad, la justicia y la santa

influencia de Dios serían manifestadas al hombre, en lugar de que nos manifestáramos nosotros y nuestra pecaminosidad.

El misterio de Dios no es Dios manifestado en carne impecable. No hay misterio en que Dios se manifieste en carne impecable; eso es algo natural. ¿Acaso no es Dios mismo impecable? ¿Hay pues algún misterio en que Dios pudiera manifestarse mediante la carne impecable? ¿Qué tiene de sorprendente que Dios manifieste su poder y su justa gloria mediante Gabriel, o mediante el esplendente querubín o serafín? Nada; es lo que se podía esperar. Pero la maravilla es que Dios puede hacer eso en, y a través de carne pecaminosa. Ese es el misterio de Dios: Dios manifestado en carne pecaminosa.

En Jesucristo, tal como él fue en carne pecaminosa, Dios demostró ante el universo que él puede de tal forma tomar posesión de la carne pecaminosa como para manifestar su misma presencia, su poder y su gloria, en lugar de que sea el pecado el que se manifieste. Y todo cuanto el

Hijo pide a todo hombre, a fin de cumplir eso en él, es que permita al Señor que lo posea, tal como hizo el Señor Jesús.

Jesús dijo: "Yo confiaré en él" (Heb. 2:13). Y en esa confianza Cristo trajo a todos la divina fe mediante la cual podemos poner en él nuestra confianza. Y cuando nos separamos así del mundo, y ponemos sólo en él nuestra confianza, Dios nos tomará y usará de tal modo, que nuestro yo pecaminoso no aparezca, influencie ni afecte a nadie; Dios manifestará su yo justo, su gloria ante los hombres, a pesar de todo lo nuestro y nuestra pecaminosidad. Esa es la verdad. Y es el misterio de Dios: "Cristo en vosotros, la esperanza de gloria" (Col. 1:27), -Dios manifestado en carne pecaminosa.

También en este punto Satanás desanima a muchos. Satanás dice al pecador que cree: 'Eres demasiado pecador como para considerarte cristiano. Dios no puede tener nada que ver contigo. Mírate a ti mismo. Sabes que no sirves para nada'. Satanás nos ha desanimado miles de

veces con ese tipo de argumentación.

Pero Dios ha provisto un argumento que deja en la vergüenza esa pretensión de Satanás, porque Jesús vino y se hizo nosotros, con nuestra pecaminosidad –cargado con los pecados del mundo-, llevando muchos más pecados de los que hay sobre mí. Y en él, cargado con mil veces más pecados de los jamás hubiera en mí, Dios demostró que vendría y haría habitación con él por toda la vida, manifestándose a sí mismo y su justicia, a pesar de la pecaminosidad, y a pesar del diablo. Dios dispuso ayuda sobre Alguien que es poderoso; y esa ayuda nos alcanza a nosotros, gracias al Señor.

Hermanos, eso me hace bien. Porque sé que si es que ha de manifestarse algo bueno en este mundo en el que estoy, ha de proceder de alguna fuente exterior a mí mismo. Pero la bendición de ello radica en que Dios ha demostrado que manifestará su yo justo en lugar del mío pecaminoso, cuando le permito que tome posesión de mí. Soy incapaz de manifestar justicia por mí

mismo. No puedo por mí mismo manifestar su justicia. No. Dejo que él me posea, absolutamente, sin reservas; entonces, él se encarga de eso. Él demostró que es así; demostró por toda una vida lo que Dios es cuando hace morada conmigo en carne pecaminosa; puede hacerlo de nuevo tan ciertamente como pueda poseerme.

¿Le permitiréis que os posea? ¿Será acaso una entrega excesiva? -No. Es lo que corresponde. ¿Cuán plenamente se entregó él? Se entregó totalmente a sí mismo; Cristo se dio, se vació de sí mismo. Se despojó de sí mismo para sumergirse en nosotros, a fin de que Dios –en lugar de nosotros- y su justicia –en lugar de la nuestra-, pudieran manifestarse en nosotros, en nuestra carne pecaminosa. Respondamos, pues, sumergiéndonos en él, de forma que Dios pueda seguir manifestándose en carne pecaminosa.

Alguien dijo jocosamente: ‘Mi esposa y yo somos uno, y yo soy el uno". Pero nosotros lo emplearemos reverentemente a modo de ilustración: Cristo y el hombre son uno, y ¿quién



será el uno? Cristo se ha aliado con todo ser humano en esta tierra; pero muchos dicen: 'Sí. Me parece bien, pero yo soy el uno'. Otros lo rehúsan con arrogancia: 'Yo soy el uno: me basto'. Ahora bien, el cristiano, el creyente, sometiéndose a Jesucristo, dice: 'Sí. ¡Alabado sea el Señor! Él y yo somos uno, y él es el uno'.

Cristo se ha aliado a sí mismo con cada ser humano, y si cada ser humano en el mundo esta noche lo abandonara todo y dijera: 'Sí. Trato hecho: Él y yo somos uno, y él es el uno', todo ser humano sería salvo hoy, y Cristo aparecería en cada alma mañana.

Ahora, hermanos, hay otro asunto pertinente aquí, en relación con nuestra experiencia práctica. Cristo se ha aliado con todo ser humano. Por lo tanto, cuando dijo: "En cuanto lo hicisteis [o no lo hicisteis] a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis [o no lo hicisteis]", ¿cuán abarcante es esa verdad? Suponed que viene a mi puerta un vagabundo; imaginadlo mal aseado, quizá con su higiene descuidada. ¿Quién está

aliado con él? -Jesús. ¿Quién lo ha dado todo por ese hombre? -El Señor Jesús. Por lo tanto, dependiendo de cómo trate a ese hombre, ¿quién resulta afectado? -El Señor Jesús, sin duda alguna.

¿Trataré a ese hombre de acuerdo con la estimación que corresponde a lo que Cristo ha dado por él, o de acuerdo con mis opiniones, de acuerdo con la estimación que hace de él el mundo? Esa es la cuestión.

Suponed que hay aquí un hombre que no cree en Jesús, un hombre mundano, uno dado a la bebida y la maledicencia. Supongamos que de alguna forma viene a mí. Quizá se acerca a mí en busca de algo que comer, o simplemente nos encontramos en la calle. Suponed que por respeto a Cristo trato a ese hombre como la posesión adquirida del Salvador, como alguien por quien Cristo lo ha dado todo. Y suponed que ese hombre jamás cree en Jesús para nada, que muere como infiel, que perece en la perdición. ¿Cómo ve Cristo la forma en la que me he comportado con él? En el juicio, si es que estoy a su derecha, ¿dirá algo sobre

lo que hice con el hombre? Dirá: "Tuve hambre y me disteis de comer; tuve sed y me disteis de beber; fui forastero y me recogisteis; estuve desnudo y me vestisteis; enfermo y me visitasteis". '¡Cómo, Señor! ¿Cuándo fue eso? ¡No puedo recordar que hiciera nada así! ¿Cuándo te vi forastero y te recogí, o desnudo y te vestí? ¿O cuándo te vi enfermo o en la cárcel, y fui a verte?' Oh, "En cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis".

Pero suponed que viene un hombre y me dice: 'Estoy hambriento; necesito algo que comer'. Y le respondo: '¿Por qué vagabundeas de ese modo? Estás sano y no te falta ninguna facultad. ¿Por qué no trabajas?' –'Oh, ¡no encuentro trabajo!' Imaginad que le respondo: 'Pues yo tengo demasiado. ¡Para dar y vender! Mira por dónde, es lo único que encuentro. No creo que sea exactamente trabajo, lo que has estado buscando... No tengo nada que dar a personas como tú'. Lo dejo como estaba, y así se va.

En aquel día compareceremos ante el trono, y

yo me encontraré a la izquierda, exclamando: ‘Señor, Señor, ¿por qué? He creído en ti. He creído y predicado la verdad. He creído el mensaje del tercer ángel. He predicado en Battle Creek. He hecho mucho por la causa. Hice muchas cosas maravillosas en tu nombre’. Pero la respuesta es: "Tuve hambre, y no me disteis de comer; tuve sed, y no me disteis de beber; fui huésped, y no me recogisteis; desnudo, y no me cubristeis; enfermo, y en la cárcel, y no me visitasteis". Entonces responderé: ‘¿Cuándo te vi hambriento, necesitado, o enfermo? Creí que estabas en el cielo, rodeado de gloria, que habían pasado todas tus pruebas. No supuse que pudieras estar en la tierra, como para poder verte hambriento o enfermo’. Él responderá entonces: ‘Llamé a tu puerta una mañana tras haber pasado la noche a la intemperie, y te pedí algo de comer’. Responderé: ‘¿Tú? No. ¡Nunca te vi allí!’ Él me irá recordando uno tras otro, todos aquellos a quienes fui negligente en auxiliar, y yo replicaré: ‘Ah, ¿te refieres a aquel hombre? ¡No eras tú, Señor!’ Él responderá finalmente: ‘En cuanto no lo hiciste a uno de estos más pequeños, ni a mí lo hiciste. Apártate de mí. Nunca te conocí’.

Sea que la persona dé o no crédito a lo que Cristo ha invertido en ella, como creyente en Jesús debo conceder a Cristo todo el crédito en cuanto a lo que invirtió en esa persona. No es una cuestión de si la persona reconoce lo que Cristo dio por ella, sino una cuestión de si los que profesan creer en su nombre reconocen que efectivamente lo hizo. Aquí es donde se encuentra demasiado a menudo la gran carencia en la profesión de cristiandad, tanto como en los que niegan su nombre, y no pretenden creer en él. No es sorprendente que alguien que no cree en Cristo le niegue el crédito por lo que invirtió en ese hombre; pero aquí estoy yo, que profeso creer en Jesús, y os digo que es sorprendente que no de a Cristo el crédito por lo que ha hecho en ese hombre.

En el capítulo 58 de Isaías, el Señor describe cuál es el ayuno que ha escogido: Es que "no te escondas de tu carne". ¿Quién es nuestra carne? – Jesucristo lo es; y puesto que Jesucristo se ha aliado con ese hombre, él es mi carne. No os escondáis nunca de vuestra propia carne. Este es el

ayuno que escogió el Señor: Alimentad al hambriento, aliviad al oprimido, cuidad al huérfano y a la viuda, y esparcid por doquiera la fragancia de su nombre y su generosa bondad. Él se alió con la carne humana; y en la forma en que tratamos a ésta, lo estamos tratando a él. En eso consiste el cristianismo.

## Capítulo 16

# Uno en Cristo

Abrid vuestra Biblia en el capítulo 58 de Isaías. Leamos una parte de ese capítulo para comenzar esta tarde en el lugar en que terminamos anoche:

"¡Clama a voz en cuello, no te detengas, alza tu voz como una trompeta! ¡Anuncia a mi pueblo su rebelión y a la casa de Jacob su pecado! Ellos me buscan cada día y quieren saber mis caminos, como gente que hubiera hecho justicia y que no hubiera dejado el derecho de su Dios" (vers. 1 y 2).

Es decir, como si estuvieran en armonía con todos los juicios del Señor.

"Me piden justos juicios y quieren acercarse a Dios. Dicen: ¿Por qué ayunamos y no hiciste caso, humillamos nuestras almas y no te diste por entendido? [Y esta es la respuesta:] He aquí que en el día de vuestro ayuno buscáis vuestro propio interés y oprimís a todos vuestros trabajadores. He

aquí que para contiendas y debates ayunáis, y para herir con el puño inicualmente; no ayunéis como lo hacéis hoy, para que vuestra voz sea oída en lo alto. ¿Es este el ayuno que yo escogí?" (vers. 2-5).

El texto pregunta: "¿Es este el ayuno que yo escogí: que de día aflija el hombre su alma...?" Es preferible la traducción alternativa: "...¿que el hombre aflija su alma por un día?". Alguien se propone ayunar. No toma comida, quizá desde el desayuno hasta la cena, y aflige su alma pasando hambre de esa manera. A eso le llama ayuno. Afligió su alma por un día.

"¿Es este el ayuno que yo escogí: que de día aflija el hombre su alma, que incline la cabeza como un junco y haga cama de telas ásperas y de ceniza? ¿Llamaréis a esto ayuno y día agradable a Jehová?" (vers. 5).

Este es el ayuno que el Señor ha dispuesto:

"El ayuno que yo escogí, ¿no es más bien desatar las ligaduras de impiedad, soltar las cargas



de opresión, dejar ir libres a los quebrantados y romper todo yugo? ¿No es que compartas tu pan con el hambriento, que a los pobres errantes albergues en casa, que cuando veas al desnudo lo cubras y que no te escondas de tu hermano?" (vers. 6).

En este punto concluimos el estudio anoche. Ese es el ayuno que Dios ha escogido para su pueblo; el ayuno aceptable para el Señor. Pero es un tipo de ayuno que jamás podrán observar los que deseen hacerlo, hasta tanto no hayan alcanzado la situación en la que vean a Jesucristo tal cual es: asociado a toda alma en esta tierra, y estén dispuestos a tratar a cada persona en correspondencia con la relación que Cristo estableció con ella. Cuando alcancemos esa condición, cuando la alcancemos en Cristo -pues dicha condición está en él, ese será el ayuno que haremos todo el tiempo.

Os leeré un párrafo que encontré recientemente en un Testimonio:

"Busquemos por cielo y tierra, y no encontraremos otra verdad más definitivamente revelada que la que se manifiesta en misericordia precisamente para los que necesitan su simpatía a fin de quebrantar todo yugo y dejar en libertad a los oprimidos. De ese modo se vive, se obedece y se enseña la verdad tal cual es en Jesús" (Cada día con Dios, p. 222, traducción revisada).

Así pues, manifestando misericordia a quienes están en necesidad de simpatía, contribuyendo a quebrantar su yugo y poniendo en libertad a los oprimidos, es como "se vive, se obedece y se enseña la verdad tal cual es en Jesús". ¿No nos lleva eso al lugar en el que está Jesús? ¿No se trata de Jesús mismo? Lo que estamos estudiando es precisamente que Jesús se ha vinculado con toda alma en la tierra; que se ha relacionado con cada cual en carne pecaminosa, y que por lo tanto, no debemos escondernos de quienes son nuestra carne. Cuando nosotros, que profesamos el nombre de Cristo, lo tengamos a él en alta consideración, en cada ser humano con quien se ha vinculado, habrá una sola y gran Compañía de Ayuda Cristiana allí

donde exista una iglesia adventista del séptimo día. La obra de Ayuda Cristiana se desarrollará en todo tiempo y lugar, puesto que eso es auténtico cristianismo.

No tengo nada en contra de las Compañías de Ayuda Cristianas que se han organizado, excepto que es una lástima que se hayan tenido que formar a partir de tan pocos adventistas del séptimo día. Eso es lo único malo. ¿Por qué tiene que suceder que sólo una parte de la iglesia esté dispuesta a implicarse en la obra de la Ayuda Cristiana, o a organizarse en Compañías de Ayuda Cristiana? ¿Cuál es nuestra profesión en el mundo? Profesamos el nombre de Cristo, lo que exige que respetemos la inversión que él hizo en cada alma humana, y que ministremos a todos los necesitados.

Por otra parte, la organización de grupos de ayuda por la motivación del mero deber, auto-obligándonos y comprometiéndonos con esa labor sin ver a Cristo en ello, al margen de esa relación con Cristo y de ese amor por él que es capaz de apreciar su interés en todo ser humano, y que

ministra en su favor según el vínculo que él ha establecido con todo ser humano, eso significaría igualmente errar el blanco. Existen otros tipos de labor cristiana, pero ninguna es mayor que esta. "Busquemos por cielo y tierra, y no encontraremos otra verdad más definitivamente revelada" en la obra por Cristo, y en la enseñanza de la verdad tal cual es en Jesús. No hay cosa igual en el cielo o en la tierra.

Ahora precisamente, en el momento en que es necesario por doquier un ayuno como ese, y especialmente entre nosotros, qué bendición tan grande tenemos porque el Señor nos lleve a ese punto, revelando ante nosotros el tema, concediéndonos el Espíritu y el secreto que todo lo obrará en nombre de Cristo, por su causa, con su Espíritu y para todo ser humano, pues Cristo ha comprado a cada alma. Allí donde nos encontremos con un ser humano, Cristo se ha vinculado con él. Esté donde esté, Cristo está interesado en él; invirtió todo lo que tenía en esa persona.

Eso nos lleva al punto de que debiéramos hacer siempre todo lo posible para presentar los encantos de Cristo, las gracias de Cristo y su bondad, a aquellos que no lo conocen a pesar de que él todo lo invirtió en ellos, de forma que sean atraídos a esa situación en la que también ellos respondan a la bondad de Cristo y a la maravillosa inversión que ha hecho en ellos.

Si lo hacéis a causa de los hombres, o para vuestro propio crédito, por supuesto podéis resultar engañados. Pero si lo hacéis como si fuera a Cristo, por causa del interés que Cristo tiene en esa persona, es literalmente imposible que seáis engañados; ya que Cristo vive por siempre y nunca olvida. "Al que te pida, dale; y al que quiera tomar de ti prestado, no se lo niegues" (Mat. 5:42).

Este es el principio implicado: Es a Cristo a quien lo estamos haciendo. Tal como vimos en el tema precedente, aunque la persona pueda despreciar a Cristo y no creer en él por tanto tiempo como viva en el mundo, hundiéndose a la postre en la perdición, Cristo, en ese gran día en

que me situará a su mano derecha, no lo va a olvidar. Recordándolo, dirá: "En cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis" (Mat. 25:40).

Conocéis las palabras de Mateo 10:42: "Cualquiera que da a alguno de estos pequeños un vaso de agua fría solamente, por cuanto es discípulo, de cierto os digo que no perderá su recompensa". Si eso es así, realizado simplemente en el nombre de un discípulo, ¿qué no será, en el nombre del Señor mismo? "Porque Dios no es injusto para olvidar vuestra obra y el trabajo de amor que habéis mostrado hacia su nombre, habiendo servido a los santos y sirviéndolos aún" (Heb. 6:10). ¿Los estáis sirviendo? Esa es la cuestión.

Esa es la verdadera comunión, la verdadera fraternidad. Hoy oímos mucho sobre "la paternidad de Dios y la fraternidad de los hombres". No cesan de organizarse grupos de diferentes tipos, basados en la idea de lo que llaman "paternidad divina y fraternidad humana". Pero la suya se trata de una

fraternidad exclusiva. ‘Si perteneces a nuestro grupo, entonces disfrutarás de la fraternidad humana, pero si no es así, no tenemos nada que hacer contigo’. Hasta las propias iglesias actúan de esa manera: ‘Si perteneces a nuestra iglesia, aquí tienes la fraternidad humana; pero si no perteneces, no tenemos en ti ningún interés particular, dado que no es nuestra misión preocuparnos de las necesidades de los que están fuera de la iglesia’. Así es nuestra fraternidad.

Por supuesto, eso no es de ninguna forma fraternidad. La verdadera paternidad de Dios y fraternidad humana, es la fraternidad del hombre en Jesucristo. Es ver a Jesucristo tal como se ha vinculado con cada ser humano, y como habiéndolo entregado todo por cada ser humano. En ello rompió la pared intermedia de separación. En su carne, que fue la nuestra, derribó la muralla de separación que había entre nosotros, para hacer de los dos un nuevo hombre en sí mismo, trayendo la paz. Y en él no hay judío ni griego, negro ni blanco, bárbaro ni extranjero, esclavo ni libre. No hay nada de ese tipo. Todos son uno en Jesucristo,

y Dios no hace acepción de personas.

Únicamente en Jesucristo está la paternidad de Dios y la fraternidad del hombre, y en Jesucristo encontramos la fraternidad humana solamente cuando encontramos a Cristo como al Hermano de cada ser humano.

La Escritura dice: "No se avergüenza de llamarlos hermanos" (Heb. 2:11). De llamar hermanos, ¿a quién? A todo hijo que participa de carne y sangre. Cristo no se avergüenza de llamarlo hermano. No se avergüenza de ir hacia él y de tomarlo de la mano aunque su aliento huelga a licor, y le dice: 'Ven conmigo, y conocerás un camino mejor'. Esa es la verdadera fraternidad humana.

Siempre ha sido la obra de Satanás el hacer creer al hombre que Dios está tan lejos como sea posible. Por el contrario, el Señor se ha esforzado siempre porque el ser humano sepa que él está tan cerca como es posible de cada uno. Leemos: "Ciertamente no está lejos de cada uno de nosotros" (Hech. 17:27).



El gran error que llevó al ateísmo fue pensar que Dios estaba tan alejado, no sólo en proximidad física, sino lleno de ira hacia los hombres, y esperando la ocasión para atraparlos, castigarlos severamente y hundirlos en la perdición. Contemplándolo de ese modo, comenzaron a hacerle ofrendas para mantenerlo de buen humor, y para evitar que les hiciera daño. Pero él jamás estuvo lejos de cada uno de ellos. "No está lejos de cada uno". Es decir, está cerca. Tan cercano, que todo cuanto habían de hacer era "palparlo". Incluso estando, como era el caso, enneguecidos, todo cuanto habían de hacer era "palparlo", y podrían "hallarlo" (Vers. 21-28).

Entonces irrumpió el papado, la encarnación misma de esa enemistad entre los hombres y Dios. Esa encarnación del mal se presenta bajo el nombre de cristianismo; y vuelve a situar a Dios y a Cristo tan alejados, que nadie puede acercarse a ellos.

Por si no fuera suficiente, está tan alejado que María, y su padre y madre, así como todo el resto

de santos católicos, incluyendo a Juana de Arco y pronto a Cristóbal Colón, tienen que acudir a mediar entre Dios y los hombres, a establecer el contacto con el fin de asegurarse de que no pasaron desapercibidos para él.

Pero no es más que una invención satánica. Cristo no está así de alejado. Está lo suficientemente cerca como para no permitir que ni una sola relación se interponga entre él y yo, o entre él y vosotros. Y así es precisamente como Dios quiere que lo veamos: tan cercano como para que resulte imposible que cualquier cosa o persona pueda interponerse. Pero, ¿para cuántos ha venido tan cerca como eso? No está lejano a ninguno de nosotros, ni siquiera de los paganos.

La encarnación de esa enemistad contra Dios, que separa al hombre de Dios -el papado-, ha reconstruido esa barrera. Viene aquí a la mente ese pensamiento al que ya he hecho referencia: el de que es tan santo, que sería totalmente impropio que se acercara a nosotros al entrar en contacto con una naturaleza como la que nosotros poseemos:

pecaminosa, depravada, caída. Por consiguiente, María tuvo que nacer inmaculada, perfecta, impecable, y más elevada que los querubines y serafines; de esa forma Cristo, quien nació de ella, tomó la naturaleza humana absolutamente impecable que ella poseía. Ahora bien, eso sitúa a Cristo más alejado de nosotros que los querubines y serafines, y en una naturaleza impecable.

Pero si no viene más cerca de nosotros de lo que puede hacerlo una naturaleza impecable, queda muy alejado, pues yo necesito a alguien que esté mucho más próximo a mí que eso. Necesito que me ayude uno que sepa lo que es la naturaleza pecaminosa, pues esa es la que yo tengo, y esa es la que el Señor tomó. Se hizo uno de nosotros. Podéis ver que se trata de verdad actual en todo respecto, ahora que el papado está tomando posesión de todo el mundo, y la imagen del mismo está siguiendo sus siniestros pasos, olvidando todo lo que Dios es en Jesucristo, así como lo que Cristo es en el mundo; teniendo la forma de piedad, pero sin su realidad, sin el poder. ¿No es hoy precisamente lo que más se necesita en el mundo, el que Dios

proclame una vez más los auténticos méritos de Jesucristo, y su santidad?

Jesucristo es ciertamente santo; perfectamente santo. Pero su santidad no es de esa clase que teme asociarse con quienes no son santos por miedo a que su santidad se corrompa. Cualquiera que posea ese tipo de santidad que hace que no pueda encontrarse –en el nombre de Jesús- en la compañía de los caídos, perdidos y degradados sin corromperse, mejor que se libre de ella cuanto antes, obteniendo a cambio la genuina santidad, puesto que la que poseía no vale nada: está ya corrompida desde el principio.

[Pregunta: "Qué hay en cuanto a la reputación"?] –El cristiano no tiene reputación: tiene carácter. El cristiano no se hace preguntas relativas a la reputación. El carácter es todo cuanto le preocupa, el carácter de Dios revelado en Jesucristo.

Hay en nuestros días una cantidad considerable de "santidad" del tipo descrito, entre los profesos

cristianos. Ciertamente no podría asegurar que se encuentre toda ella fuera de la denominación adventista del séptimo día. Es ese tipo de "santidad" el que lleva a muchos a exclamar, cuando un hermano o hermana —especialmente una hermana— ha de ir y trabajar en favor de los caídos y desafortunados, simpatizando con ellos y ayudándolos: ‘Si te asocias a gente como esa, no puedo seguir relacionándome contigo. No estoy seguro de querer seguir permaneciendo en la iglesia, si es que vas a trabajar por gente como esa, trayéndolos después a la iglesia’.

La respuesta a todas esas expresiones es la siguiente: Si no quieres pertenecer a una iglesia con gente como esa, mejor abandónala cuanto antes, pues muy pronto la iglesia de Jesucristo va a estar habitada por personas así. "Los publicanos y las ramera van delante de vosotros al reino de Dios" (Mat. 21:31).

Muy pronto la iglesia de Jesucristo va estar de tal forma moldeada por su gracia, y tan llena de su santo carácter, que sus miembros no temerán ir, tal

como él hizo, hasta las mayores profundidades para salvar a los caídos. Tendrán una medida tal de la santidad de Jesucristo, que no temerán resultar contaminados al descender, en su nombre, hasta los de condición más baja.

Ese tipo de santidad que dice: "Quédate en tu lugar, no te acerques a mí, porque soy más santo que tú" (Isa. 65:5), es la santidad del diablo. ¡Desechadla!

La santidad divina es ciertamente pura; es tal su pureza, que el pecado no puede soportar su presencia. Es una santidad cuya pureza y poder son tan trascendentes como para constituir fuego consumidor para el pecado. Es poder consumidor para el pecado debido a su maravillosa pureza, y el poder de esa pureza, de la santidad de Dios en Jesucristo, anhela entrar en contacto con aquellos que están cargados de pecados e impregnados de ellos, a fin de que esa santidad, encontrando un camino de entrada, consuma el pecado y salve al alma. Esa es la santidad de Cristo.

Una de las más benditas verdades en la Biblia, es que nuestro Dios es fuego consumidor debido a su santidad. En Jesucristo encontramos a aquel cuya santidad es fuego consumidor para el pecado, y esa es la garantía de nuestra perfecta salvación de toda mancha de pecado. El brillo, la gloria, la pureza consumidora de esa santidad, eliminará todo vestigio de pecado y pecaminosidad de aquel que encuentre a Dios en Jesucristo.

Así, en su verdadera santidad Cristo pudo venir y vino en carne pecaminosa a los hombres pecaminosos, allí donde están los hombres pecadores. En Cristo, y sólo en él, se encuentra la fraternidad humana. Todos son ciertamente uno en Jesucristo nuestro Señor.

Algunos han encontrado en los "Testimonios" la declaración de que Cristo no tenía "pasiones como" las nuestras. Allí está la declaración que todos pueden leer.

No debiera haber dificultad alguna en todos estos estudios, de principio a fin, si nos atenemos

precisamente a lo dicho, y no vamos más allá, ni ponemos en las palabras lo que no dicen; sea que se refieran a la iglesia y el estado, a la separación del mundo, o a Cristo en nuestra carne. Ateneos estrictamente a lo dicho; no vayáis en pos de extrañas conclusiones. Algunos llegaron a la conclusión hace algún tiempo –y podéis ver fácilmente cuán horrible conclusión–, de que ‘Cristo se hizo nosotros; es nuestra carne. Por lo tanto, yo soy Cristo’. Se dicen: ‘Cristo perdonó pecados, por lo tanto, yo puedo perdonarlos. Realizó milagros: yo debo realizarlos’. Es una argumentación espantosa. No hay dos posibilidades al respecto.

Cristo se hizo nosotros, vino en nuestro lugar, débil como nosotros, y siendo en todo punto como nosotros, para poder ser hecho así por siempre, y jamás para que nosotros fuéramos él mismo. No: Es siempre Dios quien ha de ser manifestado; no nosotros. A fin de que así fuera, Cristo se vació de sí mismo y nos tomó a nosotros, para que el propio Dios pudiera venir a nosotros, apareciera en nosotros y fuera revelado en y a través de nosotros,



en todo. Se trata siempre de Dios, y nunca de nosotros. Lo que significó nuestra ruina al principio fue la auto-exaltación, nuestra auto-afirmación y el ponernos por encima de Dios. A fin de que pudiéramos deshacernos de nuestro malvado yo, Cristo se vació de su justo yo, y se puso en el lugar de nuestro malvado yo, crucificándolo, poniendo nuestro yo en sujeción por siempre a fin de que Dios pueda ser el todo en todos. ¿Cuánto? –Todo. ¿En cuántos? –En todos. Lo hizo con el fin de que Dios pudiera ser todo lo haya en mí y en vosotros, y todo eso está en Cristo. Ese fue su objetivo. Debemos guardarnos de la auto-exaltación. Cristo ha de crecer, y yo menguar. Él ha de vivir, y yo morir. Él ha de ser exaltado, y yo vaciado.

## Capítulo 17

# En carne de pecado

En relación con Cristo, no teniendo "pasiones como" las nuestras: En todas las Escrituras se nos presenta a Cristo siendo como nosotros, y con nosotros según la carne. Es del linaje de David según la carne (Rom. 1:3). Fue hecho en semejanza de carne de pecado (Rom. 8:3). No vayáis demasiado lejos. Fue hecho en semejanza de carne de pecado; no en semejanza de mente de pecado. No impliquéis ahí su mente. Su carne fue nuestra carne; pero su mente era "la mente de Jesucristo". Por lo tanto, dice la Escritura: "Haya, pues, en vosotros este sentir [mente] que hubo también en Cristo Jesús" (Fil. 2:5). Si es que él hubiera tomado nuestra mente, ¿cómo se nos podría haber exhortado a que hubiera en nosotros la mente que hubo en Cristo? ¡Ya la habríamos tenido! Pero ¿cuál es la clase de mente que tenemos? También está corrompida por el pecado. Ved nuestra condición en el capítulo 2 de Efesios, comenzando por su primer versículo hasta el tercero, que es el

que contiene ese punto particular.

Os refiero igualmente a la página 191 del Bulletin, a la lección que estudiamos relativa a la destrucción de esa enemistad. Vimos allí cuál fue el origen de esa enemistad, cómo entró en este mundo. Adán tenía en el Edén la mente de Jesucristo; tenía la mente divina; lo divino y lo humano estaban unidos en impecabilidad. Vino Satanás y presentó sus seducciones mediante el apetito, mediante la carne. Adán y Eva olvidaron la mente de Jesucristo, la mente de Dios que había en ellos, aceptando las sugerencias y disposiciones de esa otra mente. Quedaron entonces esclavizados a ella, y así lo estamos todos. Jesucristo viene ahora al mundo tomando nuestra carne, y en sus sufrimientos y tentaciones en el desierto pelea la batalla en lo que respecta al apetito.

Allí donde Adán y Eva fracasaron, y donde entró el pecado, [Cristo] luchó la batalla, ganó la victoria y entró la justicia. Habiendo ayunado cuarenta días y cuarenta noches, totalmente desvalido, humano como nosotros, hambriento

como nosotros, fue tentado así: "Si eres Hijo de Dios, di que estas piedras se conviertan en pan". A lo que respondió: "No sólo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios".

Satanás arremetió entonces por segunda vez. Argumentó así: 'Estás confiando en la palabra de Dios, ¿no es así? Bien; pues mira lo que dice esa palabra: "A sus ángeles mandará acerca de ti; y en sus manos te sostendrán, para que no tropieces con tu pie en piedra". Puesto que confías en la palabra de Dios, arrójate desde aquí. Jesús le respondió: "Escrito está también: No tentarás al Señor tu Dios".

Satanás llevó entonces a Jesús a un monte muy elevado y le mostró todos los reinos del mundo y la gloria de ellos –su gloria, honor y dignidad-, le mostró todo eso. Y en aquel momento se evocó toda la ambición que tentó a Napoleón, a César o a Alejandro, o a todos ellos. Pero la respuesta de Jesús siguió siendo: "Escrito está: Al Señor tu Dios adorarás y a él solo servirás" (Mat. 4:3-10).

El diablo lo dejó entonces por un tiempo, y vinieron ángeles a ministrarlo. Había resultado vencido el poder de Satanás sobre el hombre en el punto del apetito, el punto en el que precisamente había ganado el control del hombre. El ser humano tenía en un principio la mente de Dios. La perdió, y en su lugar tomó la mente de Satanás. En Jesucristo se vuelve a traer de nuevo la mente de Dios a los hijos de los hombres, y Satanás resulta vencido. Por lo tanto es gloriosamente cierto, tal como traduce Young y también la versión alemana a partir del griego original: "Sabemos que ha venido el Hijo de Dios, y nos ha dado una mente" (1 Juan 5:20).

Leed las últimas palabras de 1 Cor. 2:16: "Nosotros tenemos la mente de Cristo". Reunid ambas cosas. Tanto la traducción alemana como la danesa, así como el propio original griego, concuerdan: "Sabemos que ha venido el Hijo de Dios, y nos ha dado una mente", y "Nosotros tenemos la mente de Cristo". Gracias al Señor por ello.

Leed ahora en Romanos. Leeré del griego, comenzando en el versículo 24 del capítulo 7. Recordad que de los versículos 10 al 24 el tema es la contienda ocasionada entre el bien que quisiera hacer y que no hago, y el mal que detesto, pero hago. Por lo tanto, encuentro una ley según la cual, queriendo realizar el bien, hallo que el mal está presente en mí. Veo otra ley en mis miembros, que lucha contra la ley de mi mente y me lleva en cautividad a la ley del pecado que hay en mis miembros. La carne tiene ahí el control, y arrastra tras de sí a la mente, cumpliendo los deseos de la carne y de la mente.

Romanos 7:24-8:10 y Efesios 2:1-3:

"¡Oh, desgraciado hombre que soy! ¿quién me librá del cuerpo de esta muerte? Doy gracias a Dios mediante Jesucristo nuestro Señor. Así pues, yo mismo con mi mente sirvo realmente a la ley de Dios; pero con la carne, a la ley del pecado. Ahora pues, no hay condenación para los que están en Jesucristo, quienes no andan conforme a la carne,

más conforme al espíritu. Porque la ley del espíritu de vida en Jesucristo me ha librado de la ley de pecado y de muerte. Porque la ley, careciendo de poder por cuanto era débil por la carne, Dios, habiendo enviado a su propio Hijo en semejanza de carne de pecado, y debido al pecado, condenó al pecado en la carne para que se cumpliera lo que la ley requiere, en nosotros que no andamos según la carne, sino según el Espíritu. Porque los que son según la carne se preocupan de las cosas de la carne; y los que son según el Espíritu, de las del Espíritu. Porque la mente de la carne es muerte, pero la mente del Espíritu [se trata de la mente carnal, en contraste con la mente espiritual], vida y paz. Porque la mente de la carne es enemistad contra Dios; no está sujeta a la ley de Dios, ni puede estarlo; y los que están en la carne no pueden agradar a Dios. Pero vosotros no estáis en la carne sino en el espíritu, si verdaderamente el Espíritu de Dios mora en vosotros; pero si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, no es de él; pero si Cristo está en vosotros, el cuerpo está muerto a causa del pecado, pero la vida del Espíritu tiene lugar debido a la justicia.

Él os reavivó, a vosotros que estabais muertos en transgresiones y pecados en los cuales anduvisteis en tiempos pasados según la corriente de este mundo, según el príncipe del poder del aire, el espíritu que ahora obra en los hijos de desobediencia, siendo que también nosotros nos comportamos así en tiempos pasados, en los deseos de nuestra carne, cumpliendo los deseos de la carne y de la mente".

Nuestras mentes han consentido al pecado. Habiendo sentido las seducciones del pecado, nuestras mentes cedieron, consintieron, y se entregaron a las voluntades y deseos de la carne, cumpliendo esos deseos de la carne y de la mente. La carne rige, y nuestras mentes la siguieron, y la carne sirve a la ley del pecado. Cuando es la mente la que rige, se sirve a la ley de Dios. Pero dado que nuestras mentes sucumbieron, cedieron al pecado, vinieron a ser pecaminosas y débiles, y son dominadas por el poder del pecado en la carne.

La carne de Jesucristo fue nuestra carne, y en



ella había todo aquello que hay en la nuestra. Todas las tendencias al pecado que hay en nuestra carne estuvieron en la suya, atrayéndole para que consintiera en pecar. Si su mente hubiera consentido al pecado, se habría corrompido, y habría albergado pasiones como las nuestras. En tal caso habría sido un pecador, habría caído en la total esclavitud, y todos nosotros nos habríamos perdido, todo habría perecido.

Leeré al respecto en la pre-edición del nuevo libro "Life of Christ":

"En cierta ocasión Cristo dijo de sí mismo: 'Viene el príncipe de este mundo y él nada tiene en mí' (Juan 14:30). Satanás encuentra en los corazones humanos algún asidero en que hacerse firme; acariciamos algún deseo pecaminoso, mediante el cual se impone el poder de sus tentaciones"

¿Dónde comienza la tentación? En la carne. Satanás alcanza la mente mediante la carne; Dios alcanza la carne mediante la mente. Satanás

controla la mente mediante la carne. Por ese medio –mediante los deseos de la carne, los deseos de los ojos y la vanagloria de la vida; mediante la ambición mundanal y el ansia de respeto y honor de parte de los hombres- Satanás nos arrastra, seduce nuestras mentes a fin de que claudiquemos; nuestras mentes responden y acariciamos aquel deseo. De esa forma se impone el poder de sus tentaciones. Entonces hemos pecado. Pero hasta tanto no hayamos acariciado ese deseo de nuestra carne, no hay pecado. Hay tentación, pero no pecado. Cada uno es tentado, cuando es atraído y seducido por sus propios malos deseos. Y cuando su mal deseo ha concebido, produce el pecado. Y el pecado, una vez cumplido, engendra la muerte (Sant. 1:14 y 15).

Leo más:

"Acariciamos algún deseo pecaminoso, mediante el cual se impone el poder de sus tentaciones. Pero [Satanás] no pudo encontrar nada en el Hijo de Dios que le permitiera obtener la victoria. Jesús no consintió en pecar. Ni siquiera en

un pensamiento logró que cediera al poder de la tentación".

Podéis, pues, ver, que el campo de batalla en el que se obtiene la victoria está en el límite entre la carne y la mente. La lucha tiene lugar en la esfera del pensamiento. Quiero decir que la batalla contra la carne tiene lugar –y también la victoria-, en el campo del pensamiento. Por lo tanto, Jesucristo vino en una carne como la nuestra, pero con una mente que mantuvo su integridad en contra de toda tentación, de toda seducción al pecado; una mente que jamás consintió al pecado, ni en la más mínima sombra concebible del pensamiento.

De esa forma ha traído a ese Hombre divino a todo ser humano en el mundo. Todos, por su elección, pueden tener esa mente divina que vence al pecado en la carne. La traducción de Young de 1 Juan 5:20 es: "Sabéis que ha venido el Hijo de Dios, y nos ha dado una mente". Lo mismo exactamente dice la versión alemana, y también el original griego: "nos ha dado una mente". Para que no haya duda, ese es el motivo por el que vino.

Teníamos la mente carnal, la mente que seguía a Satanás y que cedía a la carne. ¿Qué fue lo que esclavizó la mente de Eva? –Vio que el árbol era bueno para comer. Pero no era bueno para eso, ¡de ninguna manera! El apetito, las concupiscencias o deseos de la carne, la engañaron. Tomó del árbol y comió. El apetito dominó, esclavizó a la mente: esa es la mente carnal, y es enemistad contra Dios. Proviene de Satanás. En Jesucristo resulta destruida mediante la mente divina que él trajo a la carne. Mediante esa mente divina sometió la enemistad, y la mantuvo en sumisión. De esa forma condenó al pecado en la carne. Por lo tanto, esa es nuestra victoria; nuestra victoria está en él, y todo depende de esa mente que hubo en él.

En aquel principio encontramos la explicación de todo. Allí se suscitó esa enemistad; Satanás tomó cautivo al hombre y esclavizó su mente. Dios dijo [a la serpiente]: "Pondré enemistad entre ti y la mujer, y entre tu simiente y la simiente suya". ¿Cuál es la simiente de la mujer? -Cristo. "Ésta [la simiente de la mujer] te herirá en la cabeza, y tú la herirás en el talón [no en la cabeza]" (Gén. 3:15).

Todo cuanto Satanás pudo hacer con Cristo fue atraer, seducir la carne; poner tentaciones delante de la carne. No logró afectar la mente de Cristo. Por contraste, Cristo llega a la mente de Satanás, allí donde radica y habita la enemistad, y destruye ese objeto malvado. Todo queda explicado en el relato del Génesis.

La bendición de lo anterior consiste en que Satanás sólo puede influir en la carne. Puede suscitar los deseos de la carne, pero ahí está la mente de Cristo, que dice: 'No, no; debo servir a la ley de Dios, y el cuerpo de carne debe serle sometido'.

Con posterioridad seguiremos avanzando en este pensamiento. Pero ya en este punto hay bendición, hay gozo, hay salvación para toda alma. Así, "haya, pues, en vosotros este sentir [mente] que hubo también en Cristo Jesús" (Fil. 2:5). Esa mente vence al pecado en carne pecaminosa. Mediante su promesa somos hechos participantes de la naturaleza divina (2 Ped. 1:4). La divinidad y la humanidad resultan una vez más unidas cuando

la mente divina de Jesucristo, mediante su divina fe, mora en carne humana. Permite que eso suceda en ti, y alégrate en ello, alégrate por siempre.

Veis, por lo tanto, que la mente que tenemos es la mente carnal; es la carne quien la controla, ¿y de quién nos vino? -De Satanás. Por lo tanto, es enemistad contra Dios. Y esa mente de Satanás es la mente del yo, siempre yo, en el lugar de Dios. Cristo vino para traernos otra mente distinta de esa. Mientras tenemos la mente de Satanás, siendo la carne la que manda, servimos a la ley del pecado. Dios nos puede revelar su ley, y podemos admitir que su ley es buena, y desear cumplirla haciendo resoluciones en ese sentido, haciendo promesas y hasta pactos, "pero veo otra ley en mis miembros [en mi carne], que se rebela contra la ley de mi mente [contra ese anhelo de mi mente que se deleita en la ley de Dios], y que me lleva cautivo a la ley del pecado que está en mis miembros. ¡Miserable de mí!" (Rom. 7:23 y 24). Pero Cristo viene y nos trae otra mente –la mente espiritual–: nos la da. Nos da una mente; tenemos pues su mente, mediante su Espíritu Santo. Es entonces

cuando con la mente, con la mente del Espíritu que Cristo nos ha dado, servimos a la ley de Dios. Gracias sean dadas al Señor.

Ved la diferencia. El capítulo 7 de Romanos describe al hombre en el que rige la carne. Esa carne logró en él extraviar a la mente, incluso en contra del anhelo del hombre. El capítulo noveno de 1<sup>a</sup> de Corintios, versículos 26 y 27, describe al hombre en quien es la mente la que controla. Se trata del cristiano: en él la mente tiene el dominio sobre el cuerpo, estándole éste sometido, y manteniéndose en sumisión. Por lo tanto, leemos en otro lugar:

"No os conforméis a este mundo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento [mente]" (Rom. 12:2).

Y eso concuerda exactamente con el original griego: "Si alguno está en Cristo, es una nueva creación", o nueva criatura: no un viejo hombre mejorado, sino uno hecho de nuevo. Así, no se trata de la antigua mente modificada, sino de una

mente creada de nuevo; es la mente de Cristo que el Espíritu de Dios nos trae, nos da, como algo enteramente nuevo.

Así lo muestra el capítulo 8 de Romanos: "Los que son de la carne piensan en las cosas de la carne". Puesto que se entregan a las obras de la carne, la mente sigue por ese camino. "Pero los que son del Espíritu [mente], de las cosas del Espíritu". "Y si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, no es de él". Es el Espíritu Santo quien nos trae la mente de Jesucristo. Verdaderamente el Espíritu de Dios trae a nosotros a Jesucristo. Mediante el Espíritu Santo está con nosotros, y mora en nosotros la genuina presencia de Cristo. ¿Podría acaso traernos a Cristo, sin traernos su mente? No, ciertamente. Por lo tanto es evidente que Cristo vino al mundo para traernos su mente.

Ved las implicaciones de lo anterior, lo que costó que fuera así, y cómo se logró. Esa mente carnal es la mente del yo. Es enemistad contra Dios, y está controlada por la carne. El propio Jesucristo, el Glorioso, vino en esa carne. El que



hizo los mundos, el Verbo de Dios, fue hecho él mismo carne. El Dios que habitaba el cielo, habitó en nuestra carne pecaminosa. No obstante, ese Ser divino, cuando estuvo en carne pecaminosa, no manifestó nunca ni una partícula de su yo divino al resistir las tentaciones que había en aquella carne, sino que se despojó, se vació de sí mismo.

Estamos ahora analizando el mismo tema que hemos venido estudiando estos tres o cuatro años; pero Dios nos está conduciendo más en profundidad en el estudio de ese tema, y me gozo por ello. Durante tres o cuatro años hemos estado estudiando: "Haya, pues, en vosotros este sentir [mente] que hubo también en Cristo Jesús", quien se vació de sí mismo. En nosotros debe haber esa mente, a fin de que podamos ser vaciados de nuestro yo, puesto que no podemos hacerlo por nosotros mismos. Nada, excepto la divinidad, puede efectuarlo. Se trata de algo infinito. ¿Puede la mente de Satanás vaciarse a sí misma del yo? – No. ¿Puede la mente que hay en nosotros, esa mente del yo, vaciarse a sí misma del yo? – No puede; el yo no lo puede realizar. Jesucristo, el

Eterno, vino en su divina persona en esta misma carne nuestra, y no permitió nunca que su poder divino -su yo personal- se manifestara en su lucha contra esas tentaciones, seducciones y atracciones de la carne.

¿Qué fue, entonces, lo que venció al pecado allí, guardándolo de pecar? Fue el poder de Dios, el Padre, el que lo guardó. ¿En qué nos afecta eso a nosotros? En esto: no podemos vaciarnos por nosotros mismos; pero su divina mente viene a nosotros, y por ese poder divino podemos ser vaciados de nuestro yo depravado; entonces, mediante ese poder divino, la mente de Jesucristo, de Dios, el Padre, viene a nosotros y nos guarda del poder de la tentación. Así Cristo, vaciándose de su yo divino, de su yo justo, nos trae el poder por medio del cual somos vaciados de nuestro yo depravado. Es así como abolió en su carne la enemistad, e hizo posible que dicha enemistad fuera destruida en vosotros y en mí.

¿Lo comprendéis? Sé que requiere considerable esfuerzo mental, y que una vez que hemos pensado

en ello y lo hemos comprendido con claridad, la mente no puede seguir avanzando. Nos encontramos cara a cara con el misterio mismo de Dios; el finito intelecto humano debe entonces detenerse y decir: ‘Es terreno santo, es más de lo que puedo alcanzar; dejo el asunto con Dios’.

[Pregunta: ¿No dependió Cristo de Dios, para que lo guardara? Respuesta: Efectivamente, eso es lo que estoy diciendo. Es el punto principal].

Cristo dependió en todo tiempo del Padre. El propio Cristo, que hizo los mundos, estuvo en esta carne pecaminosa mía y vuestra que él tomó. El que creó los mundos estuvo allí en su divina presencia todo el tiempo; pero nunca se permitió a sí mismo manifestarse, ni efectuar [por sí mismo] ninguna de sus obras. Mantuvo su yo sometido. Cuando le sobrevinieron esas tentaciones podría haberlas aniquilado todas ellas mediante el justo ejercicio de su yo divino. Pero de haber obrado así, habría significado nuestra ruina. Si hubiera hecho valer su yo, si hubiera permitido que se manifestara, incluso en justicia, habría significado

nuestra ruina, puesto que nosotros, que no somos otra cosa excepto maldad, no habríamos tenido nada ante nosotros que no fuera la manifestación del yo. Desplegad como un ejemplo a seguir la manifestación del yo, incluso en justicia divina, ante seres humanos que son rematadamente pecadores, y no estaréis consiguiendo más que confirmarlos aún más en el egoísmo y la maldad. Por lo tanto, a fin de que pudiéramos ser liberados de nuestro yo depravado, el ser Divino, el Santo, mantuvo en sujeción, sometió, se vació de toda manifestación de su justo yo. Cumplió así el objetivo. Lo cumplió anonadándose a cada instante y encomendando todo en las manos del Padre a fin de que lo guardara de esas tentaciones. Venció mediante la gracia y el poder del Padre, quien vino a él en razón de su fe, y de haberse vaciado de sí mismo.

En ese punto nos encontramos ahora. Es ahí en donde nos toca a vosotros y a mí. Somos tentados, somos probados; y tenemos siempre la ocasión de hacer valer nuestro yo, asumiendo nuestra prerrogativa de pasar a la acción. No faltan

sugerencias en el sentido de que sufrir tales y tales cosas ‘es demasiado, incluso para un cristiano’, y de que ‘no se espera que la humildad de un cristiano vaya tan lejos como eso’. Alguien os hiere en la mejilla, estropea vuestro carro o vuestros enseres, o quizá arroja piedras contra la carpa o lugar de reunión en que estáis. Satanás hace la sugerencia: ‘Denúncialos y haz valer tus derechos dándoles un escarmiento. Un cristiano no tiene por qué soportar cosas como esas en el mundo. No es justo’. Entonces le respondéis así: ‘Tienes razón. No hay derecho. Les vamos a dar una lección’.

Sí, y quizá lo hacéis. Pero ¿de qué se trata? De auto-defensa, de una respuesta del yo. No: mantened a raya ese malvado yo; permitid que sea Dios quien tome cartas en el asunto: "Mía es la venganza, yo pagaré, dice el Señor" (Rom. 12:19). Eso es lo que hizo Jesucristo. Le escupieron; se mofaron de él; lo abofetearon en el rostro; le dieron estirones al cabello; le pusieron en la sien una corona de espinas; y en son de burla se arrodillaron ante él diciendo: "Salve, rey de los judíos" (Mat. 27:29). Le vendaron los ojos y le hirieron,

gritándole: "Profetiza: ¿quién es el que te golpeó?" (Luc. 22:64). Tuvo que soportar todo eso en su naturaleza humana, puesto que mantuvo silente su yo divino.

¿Os parece que debió sentir la sugerencia a que actuara para disolver aquella turba? ¿A que dejara ir una manifestación de su propia divinidad, barriendo así aquella impía multitud? Con toda seguridad Satanás estaba allí para sugerirle tal cosa. ¿Cuál fue, en respuesta, la actitud de Jesús? Se mantuvo indefenso como Cordero de Dios. No impuso su yo divino, no se valió de él. Sólo su humanidad se manifestó allí, entregándose totalmente para que fuera hecha la voluntad de Dios. Dijo a Pilato: "Ninguna autoridad tendrías contra mí si no te fuera dada de arriba" (Juan 19:11). Tal es la fe de Jesús. Y ese es el significado de la profecía que afirma que aquí están "los que guardan los mandamientos de Dios y la fe de Jesús" (Apoc. 14:12). Hemos de tener esa fe divina de Jesucristo, que viene a nosotros en ese don de su mente que nos concede. Esa mente que él me da ejercerá en mí la misma fe que ejerció en él. Por lo

tanto, guardamos la fe de Jesús.

Vemos pues a Jesús, mediante esa sumisión de sí mismo, evitando actuar según su justo yo y no permitiendo que se manifestara aún bajo las más fuertes tentaciones, y el Espíritu de Profecía nos dice que aquello que debió soportar en la noche de su traición eran las mismas cosas que la naturaleza humana encuentra tal difícil de soportar, aquello a lo que la naturaleza humana encuentra más difícil someterse; pero Jesús, absteniéndose del recurso a su yo divino, logró que la naturaleza humana se sometiera a él mediante el poder del Padre, que es quien le libró de pecar. De esa forma nos lleva a esa misma mente divina, a ese mismo poder divino, de forma que cuando se nos provoque, cuando se nos abofetee, cuando nos escupan en la cara, cuando seamos perseguidos como lo fue él –y muy pronto lo vamos a ser -, habiéndonos dado esa mente divina que hubo en él, mantendrá a raya nuestro yo natural, nuestro yo pecador; y lo pondremos todo en manos de Dios. Entonces el Padre nos guardará en él hoy, tal como nos guardó en él entonces. Esa es nuestra victoria, y así es

como destruyó la enemistad en favor nuestro. Y en él resulta destruida en nosotros. ¡Gracias al Señor!

Leeré ahora un fragmento del "Espíritu de Profecía", que será de ayuda en la comprensión del tema.

Primeramente a partir de un artículo publicado en la Review and Herald del 5 de julio de 1887. Es tan interesante que leeré algunos pasajes de ahí antes de proseguir con el Bulletin, de forma que todos puedan comprenderlo, y cada uno pueda tener la seguridad de que los pasos que hemos dado en nuestro estudio son exactamente los correctos:

"El apóstol quiere que nuestra atención se aparte de nosotros mismos y se enfoque en el Autor de nuestra salvación. Nos presenta las dos naturalezas de Cristo: la divina y la humana. Esta es la descripción de la divina: 'El cual, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse'. Él era 'el resplandor de su gloria, y la imagen misma de su sustancia'.



Ahora la [naturaleza] humana: ‘Hecho semejante a los hombres; y estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte’. Voluntariamente tomó la naturaleza humana. Fue un acto suyo y por su propio consentimiento. Revistió su divinidad con humanidad. Él había sido siempre como Dios, pero no se mostró como Dios. Veló las manifestaciones de la Deidad que habían producido el homenaje y originado la admiración del universo de Dios. Fue Dios mientras estuvo en la tierra, pero se despojó de la forma de Dios y en su lugar tomó la forma y la figura de un hombre. Anduvo en la tierra como un hombre. Por causa de nosotros se hizo pobre, para que por su pobreza pudiéramos ser enriquecidos. Puso a un lado su gloria y su majestad. Era Dios, pero por un tiempo se despojó de las glorias de la forma de Dios. Aunque anduvo como pobre entre los hombres, repartiendo sus bendiciones por doquiera que iba, a su orden legiones de ángeles habrían rodeado a su Redentor y le hubieran rendido homenaje".

Cuando Pedro hizo frente a los oficiales y

desenvainó la espada, seccionando la oreja de uno de los siervos del sumo sacerdote en ocasión del arresto de Cristo, Jesús le dijo: Pedro, guarda tu espada; ¿no sabes que podría llamar a dos legiones de ángeles?

"Pero anduvo por la tierra sin ser reconocido, sin ser confesado por sus criaturas, salvo pocas excepciones. La atmósfera estaba contaminada con pecados y maldiciones en lugar de himnos de alabanza. La porción de Cristo fue la pobreza y la humillación. Mientras iba de un lado a otro cumpliendo su misión de misericordia para aliviar a los enfermos, para reanimar a los deprimidos, apenas si una voz solitaria lo llamó bendito, y los más encumbrados de la nación lo pasaron por alto con desprecio.

Esto contrasta con las riquezas de gloria, con el caudal de alabanza que fluye de lenguas inmortales, con los millones de preciosas voces del universo de Dios en himnos de adoración. Pero Cristo se humilló a sí mismo, y tomó sobre sí la

mortalidad. Como miembro de la familia humana, era mortal; pero como Dios era la fuente de vida para el mundo. En su persona divina podría haber resistido siempre los ataques de la muerte y haberse negado a ponerse bajo el dominio de ella. Sin embargo, voluntariamente entregó su vida para poder dar vida y sacar a la luz la inmortalidad. Llevó los pecados del mundo y sufrió el castigo que se acumuló como una montaña sobre su alma divina. Entregó su vida como sacrificio para que el hombre no muriera eternamente. No murió porque estuviese obligado a morir, sino por su propio libre albedrío".

Eso es sacrificarse, eso es vaciarse.

"Esto era humildad. Todo el tesoro del cielo fue derramado en una dádiva para salvar al hombre caído. Cristo reunió en su naturaleza humana todas las energías vitalizantes que los seres humanos necesitan y deben recibir".

Y Cristo las trae a mi naturaleza humana, a la vuestra si lo elegís así, mediante el Espíritu de Dios

que nos trae su divina presencia, vaciándonos de nosotros mismos, y haciendo que aparezca Dios en lugar de aparecer el yo.

"¡Admirable combinación de hombre y Dios! Cristo podría haber ayudado su naturaleza humana para que resistiera a las incursiones de la enfermedad derramando en su naturaleza humana vitalidad y perdurable vigor de su naturaleza divina. Pero se rebajó hasta [el nivel de] la naturaleza humana. Lo hizo para que se pudieran cumplir las Escrituras; y el Hijo de Dios se amoldó a ese plan aunque conocía todos los pasos que había en su humillación, los cuales debía descender para expiar los pecados de un mundo que, condenado, gemía. ¡Qué humildad fue ésta! Maravilló a los ángeles. ¡La lengua humana nunca podrá describirla; la imaginación no puede comprenderla!"

Pero podemos apropiarnos del bendito hecho, y disfrutar del beneficio que conlleva por toda la eternidad, y Dios nos dará eternidad para que así lo hagamos.

"¡El Verbo eterno consintió en hacerse carne! ¡Dios se hizo hombre!" ¿Qué soy yo? ¿Qué sois vosotros? Se hizo nosotros, y Dios con él es Dios con nosotros.

"Pero aún descendió más". ¡Cómo! ¿Aún más? -Pues sí.

El Hombre –Cristo-, tenía aún que humillarse en tanto en cuanto hombre. Puesto que necesitamos humillarnos, él no sólo se humilló como Dios, sino que tras haberse hecho hombre, se humilló también como hombre, de forma que nosotros pudiéramos humillarnos ante Dios. Se vació de sí mismo como Dios, haciéndose hombre; y entonces, como hombre, se humilló nuevamente, haciendo posible que nosotros nos humillemos. ¡Todo a fin de que pudiéramos ser salvos! Ahí hay salvación. ¿No nos lo apropiaremos, y lo disfrutaremos día y noche, estando eternamente agradecidos como cristianos?

"Pero aún descendió más. El hombre [Jesús] debía humillarse como un hombre que soporta

insultos, reproches, vergonzosas acusaciones y ultrajes. Parecía no haber lugar para él en su propio territorio. Tuvo que huir de un lugar a otro para salvar su vida. Fue traicionado por uno de sus discípulos; fue negado por uno de sus más celosos seguidores; se mofaron de él. Fue coronado con una corona de espinas; fue azotado; fue obligado a llevar la carga de la cruz. No era insensible a este desprecio y a esta ignominia. Se sometió, pero ¡ay!, sintió la amargura como ningún otro ser podía sentirla. Era puro, santo e incontaminado, ¡y sin embargo fue procesado criminalmente como un delincuente! El adorable Redentor descendió desde la más elevada exaltación. Paso a paso se humilló hasta la muerte, ¡pero qué muerte! Era la más vergonzosa, la más cruel: la muerte en la cruz como un malhechor. No murió como un héroe ante los ojos del mundo, lleno de honores como los que mueren en la batalla. ¡Murió como un criminal condenado, suspendido entre los cielos y la tierra; murió tras una lenta agonía de vergüenza, expuesto a los vituperios y afrentas de una multitud relajada, envilecida y cargada de crímenes! ‘Todos los que me ven me escarnecen; estiran la boca, menean la

cabeza' (Sal. 22:7). Fue contado entre los transgresores. Expiró en medio de burlas, y renegaron de él sus parientes según la carne. Su madre contempló su humillación, y se vio forzado a ver la espada que atravesaba el corazón de ella. Soportó la cruz menospreciando la vergüenza. Pero lo tuvo en poco pues pensaba en los resultados que buscaba no sólo en favor de los habitantes de este pequeño mundo, sino de todo el universo, de cada mundo que Dios había creado.

Cristo tenía que morir como sustituto del hombre. El hombre era un criminal condenado a muerte por la transgresión de la ley de Dios; un traidor, un rebelde. Por lo tanto, el Sustituto del hombre debía morir como un malhechor, porque Cristo estuvo en el lugar de los traidores, con todos los pecados acumulados por ellos puestos sobre su alma divina. No era suficiente que Jesús muriera para satisfacer completamente las demandas de la ley quebrantada, sino que murió una muerte oprobiosa. El profeta presenta al mundo las palabras de Cristo: 'No escondí mi rostro de injurias y esputos'.

Teniendo en cuenta todo esto, ¿pueden albergar los hombres una partícula de exaltación propia? Al recapacitar en la vida, los sufrimientos y la humillación de Cristo, ¿pueden levantar la orgullosa cabeza como si no tuvieran que soportar pruebas, vergüenza o humillación? Digo a los seguidores de Cristo: mirad el Calvario y sonrojaos de vergüenza por vuestras ideas arrogantes. Toda esta humillación de la Majestad del cielo fue por causa del hombre culpable y condenado. Cristo descendió más y más en su humillación, hasta que no hubo profundidades más hondas donde pudiera llegar para elevar al hombre sacándolo de su contaminación moral".

¡Cuán bajo debíamos estar en nuestra caída, siendo que para elevarnos de nuestra contaminación moral Cristo tuvo que dar paso tras paso descendiendo más y más, hasta que no quedó mayor profundidad a la que descender! Pensad en ello y ved hasta qué profundidad habíamos caído. ¡Todo esto fue por ti, que luchas por la supremacía, que buscas la alabanza de los hombres, que



procuras la exaltación humana; fue por ti que temes no recibir todo ese reconocimiento, esa deferencia que crees que te deben otras mentes humanas! ¿Es eso semejanza con Cristo?

"Haya, pues, en vosotros este sentir [mente] que hubo también en Cristo'. Murió en expiación y para convertirse en modelo de todo el que desee ser su discípulo. ¿Albergaréis egoísmo en vuestro corazón? ¿Y ensalzarán vuestros méritos los que no tienen delante de ellos a Jesús como modelo? No tenéis mérito alguno, salvo los que recibáis mediante Jesucristo. ¿Albergaréis orgullo después de haber contemplado a la Deidad que se humillaba, y que después se rebajó como hombre hasta que no hubo nada más bajo a lo cual pudiera descender? 'Espantaos, cielos', y asombraos, vosotros habitantes de la tierra, por cómo se recompensaría a vuestro Señor.

¡Qué desprecio! ¡Qué maldad! ¡Qué formalismo! ¡Qué orgullo! ¡Qué esfuerzos hechos para ensalzar al hombre y glorificar al yo, cuando el Señor de la gloria se humilló a sí mismo, y por

nosotros agonizó y murió una muerte oprobiosa en la cruz!

¿Quién está aprendiendo la mansedumbre y humildad del Modelo? ¿Quién se está esforzando fervientemente por dominar el yo? ¿Quién está tomando su cruz y siguiendo a Jesús? ¿Quién está luchando contra el engreimiento? ¿Quién está prestando fervientemente todas sus energías para vencer la envidia, los celos, las conjeturas impías y bajos deseos satánicos, purificando el templo del alma de toda contaminación y abriendo la puerta del corazón para que entre Jesús? Ojalá que esas palabras pudieran causar una impresión tal en las mentes, que todos aquellos que las leyeran pudieran cultivar la gracia de la humildad mediante la negación del yo, haciéndolos más dispuestos a estimar a los demás que a ellos mismos, teniendo la mente y espíritu de Cristo para llevar las cargas de los otros. ¡Oh, si pudiéramos escribirlo profundamente en nuestros corazones, al contemplar la gran condescendencia y humillación a las que descendió el Hijo de Dios, para que pudiéramos ser hechos participantes de la

naturaleza divina!" (Reproducido parcialmente en Comentarios de E. White, CBA vol. 5, p. 1101 y 1102).

Leo ahora en las páginas de la pre-edición del nuevo libro "Life of Christ":

"A fin de llevar a cabo la gran obra de la redención, el Redentor ha de tomar el lugar del hombre caído. Cargado con los pecados del mundo, ha de recorrer el terreno en el que Adán tropezó. Ha de retomar la obra allí donde Adán fracasó, y soportar una prueba de carácter similar, pero infinitamente más severa que aquella en la que [Adán] había resultado vencido. Es imposible para el hombre comprender plenamente las tentaciones de Satanás a nuestro Salvador. Todas las tentaciones al mal que los hombres encuentran tan difícil resistir, le fueron presentadas al Hijo de Dios para que les hiciera frente, en un grado tan superior como lo era su carácter, en relación con el del hombre caído.

Cuando Adán fue abordado por el tentador, no

tenía mancha de pecado. Se tenía ante Dios en la fortaleza de la perfecta humanidad, estando todos los órganos y facultades de su ser plenamente desarrollados y en equilibrio armonioso; estaba rodeado de bellos objetos, y estaba en comunión diaria con los santos ángeles. ¡Qué contraste con ese ser perfecto presentaba el segundo Adán cuando entró en el desierto desolado a vérselas con Satanás! Durante cuatro mil años la raza había estado disminuyendo en estatura y fortaleza física, y deteriorándose en valor moral; y a fin de elevar al hombre caído, Cristo tenía que alcanzarlo allí donde estaba. Asumió la naturaleza humana, llevando las debilidades y degeneración de la raza. Se humilló a sí mismo hasta las mayores profundidades de la miseria humana, a fin de poder simpatizar con el hombre y rescatarlo de la degradación en que el pecado lo había hundido.

‘Convenía a aquel por cuya causa existen todas las cosas y por quien todas las cosas subsisten que, habiendo llevado muchos hijos a la gloria, perfeccionara por medio de las aflicciones al autor de la salvación de ellos’ (Heb. 2:10). ‘Y habiendo

sido perfeccionado, vino a ser autor de eterna salvación para todos los que lo obedecen' (Heb. 5:9). 'Por lo cual debía ser en todo semejante a sus hermanos, para venir a ser misericordioso y fiel sumo sacerdote en lo que a Dios se refiere, para expiar los pecados del pueblo. Pues en cuanto él mismo padeció siendo tentado, es poderoso para socorrer a los que son tentados' (Heb. 2:17 y 18). "No tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado' (Heb. 4:15).

Es cierto que Cristo dijo de sí mismo en cierta ocasión: 'Viene el príncipe de este mundo y él nada tiene en mí' (Juan 14:30). Satanás encuentra en los corazones humanos algún asidero en que hacerse firme; acariciamos algún deseo pecaminoso, mediante el cual se impone el poder de sus tentaciones. Pero [Satanás] no pudo encontrar nada en el Hijo de Dios que le permitiera obtener la victoria. Jesús no consintió en pecar. Ni siquiera en un pensamiento logró que cediera al poder de las tentaciones de Satanás. Sin embargo está escrito de

Cristo que fue tentado en todo punto tal como lo somos nosotros. Muchos sostienen que debido a la naturaleza de Cristo era imposible que las tentaciones de Satanás lo debilitaran o vencieran. Pero en ese caso Cristo no habría podido ser colocado en la posición de Adán, a fin de recorrer el terreno sobre el que Adán tropezó y cayó; no habría podido obtener la victoria que Adán dejó de ganar. A menos que hubiera sido colocado en una posición tan probatoria como aquella en la que había estado Adán, no podía redimir la caída de Adán. Si el hombre tuviera que resistir en algún sentido un conflicto más severo del que Cristo tuvo, entonces Cristo no podría socorrerlo al ser tentado. Cristo tomó la humanidad con todo su pasivo. Tomó la naturaleza del hombre con la posibilidad de ceder a la tentación, y se apoyó en el poder divino para que lo guardara.

La unión de lo divino con lo humano es una de las más misteriosas, tanto como preciosas, de entre las verdades del plan de la redención. A eso se refería Pablo, al decir: ‘Indiscutiblemente, grande es el misterio de la piedad: Dios fue manifestado en

carne' (1 Tim. 3:16). Si bien es imposible para las mentes finitas captar plenamente esta gran verdad, o desentrañar su significado, podemos aprender de ella lecciones de importancia vital en nuestras luchas contra la tentación. Cristo vino al mundo a traer poder divino a la humanidad, a hacer que el hombre fuera participante de la naturaleza divina".

Podéis ver que andamos todo el tiempo sobre un fundamento seguro. Cuando se dice que tomó nuestra carne, pero sin ser participante de nuestras pasiones, es estrictamente cierto, es correcto, puesto que su mente divina jamás consintió en pecar. Y el Espíritu Santo que nos es dado con generosidad, nos trae esa mente.

"Sabemos que ha venido el Hijo de Dios, y nos ha dado una mente"; y "nosotros tenemos la mente de Cristo". "Haya, pues, en vosotros este sentir [mente] que hubo también en Cristo Jesús".

## Capítulo 18

# **En Cristo: un hecho histórico aceptado por fe**

Esta tarde comenzaremos nuestro estudio en Romanos 7:25: "Con la mente sirvo a la ley de Dios, pero con la carne, a la ley del pecado". Repito lo que dije en el estudio precedente: que es en el dominio del pensamiento donde se sirve a la ley de Dios; es ahí donde tiene lugar la batalla contra el pecado y donde se gana la victoria.

Los deseos de la carne, los deseos de los ojos y la vanagloria de la vida –esas tendencias al pecado que están en la carne, y que ejercen su atracción sobre nosotros- producen la tentación. Pero la tentación no es pecado. No hay pecado, con tal que el deseo no sea acariciado. Ahora bien, tan pronto como el deseo resulta acariciado, tan pronto como lo consentimos y lo albergamos en la mente dándole allí residencia, aparece el pecado. Se ha cometido el pecado, sea que se materialice en la



acción, o que no suceda así. De hecho, en nuestra mente hemos satisfecho ya ese deseo. Al consentirlo, hemos consumado ya el hecho en lo que a la mente respecta. Todo cuanto puede venir después es simplemente la parte sensual, la sensación de disfrutar satisfaciendo la carne.

Así lo muestran las palabras del Salvador en Mateo 5:27 y 28:

"Oísteis que fue dicho: 'No cometerás adulterio'. Pero yo os digo que cualquiera que mira a una mujer para codiciarla, ya adulteró con ella en su corazón".

Por lo tanto, el único lugar en el que nuestro Señor podía traernos ayuda y liberación, es allí en donde se encuentran los pensamientos, en el sustrato mismo del pecado, allí donde el pecado es concebido, donde se inicia. En consecuencia, al ser tentado y probado como lo fue cuando se le escupió, cuando fue abofeteado y herido en su juicio en Jerusalem, y en todo su ministerio público cuando los fariseos, saduceos, escribas y

sacerdotes, en su iniquidad e hipocresía –conocidas por Cristo- hicieron todo cuanto pudieron para irritarlo y hacer que perdiera el control de sí; cuando fue constantemente probado de ese modo, su mano no se levantó jamás para contestar la agresión. Jesús nunca tuvo que reprimir una acción como esa, puesto que ni siquiera permitió dar cabida al impulso que habría llevado a una acción tal. No obstante, tenía nuestra naturaleza humana, en la que impulsos de esa clase son tan comunes. ¿Cuál es, pues, la razón por la que en nuestra naturaleza humana que él tomó no se manifestaron gestos de ese tipo?

Por la razón de que estaba de tal modo sometido a la voluntad del Padre, que el poder de Dios mediante el Espíritu Santo obraba de tal modo contra la carne, peleando la batalla en la esfera del pensamiento. Nunca, ni en la más sutil de las formas del pensamiento, se permitió concebir un impulso como el descrito. Así, bajo todos esos insultos y gravosas pruebas, se mantuvo tan dueño de sí -nuestra naturaleza humana se mantuvo en él tan calmada- como cuando el Espíritu Santo

descendió sobre él en forma de paloma en las orillas del Jordán.

"Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús". No es propio de un cristiano el perder su dominio propio y pronunciar palabras acaloradas, o levantar con resentimiento su mano, para decirse después a sí mismo: '¡Oh, soy cristiano! No debo decir esto, o hacer aquello!' No. Hemos de estar hasta tal punto sometidos al poder de Dios y a la influencia del Espíritu de Dios, que nuestros pensamientos sean tan completamente controlados como para que se gane ya la victoria, y no se de siquiera la ocasión a que el impulso se manifieste. Entonces seremos cristianos allá donde estemos, en todo tiempo, bajo cualquier circunstancia y contra la influencia que sea. Pero hasta tanto no hayamos alcanzado ese punto, no podremos estar seguros de que vamos a manifestar un espíritu cristiano bajo cualquier circunstancia, en todo tiempo y contra cualquier insulto.

Tal como vimos en el estudio precedente, todo

lo que se acumuló sobre Cristo, todo lo que soportó, son precisamente las mismas cosas que la naturaleza humana encuentra tan difícil soportar. Y nosotros, antes de lograr el objetivo propuesto, habremos de enfrentarnos con esas mismas cosas que la naturaleza humana encuentra tan difícil soportar; y a menos que tengamos la batalla ganada de antemano y seamos en verdad cristianos, no podremos estar seguros de que vamos a manifestar un espíritu cristiano en los momentos en que es más necesario. De hecho, el momento en el que es más necesario el espíritu cristiano es en todo tiempo.

En Jesús, el Señor nos ha traído el poder que nos pondrá en las manos de Dios, y hará que estemos tan sometidos a él, que será él quien tenga el pleno control de cada uno de nuestros pensamientos, haciendo que seamos cristianos todo el tiempo y en todo lugar, "llevando cautivo todo pensamiento a la obediencia a Cristo" (2 Cor. 10:5).

"El reino de Dios está entre vosotros" (Luc.

17:21). Cristo mora en nosotros, y él es el Rey. La ley de Dios queda escrita en el corazón, y esa es la ley del reino. Allí donde está el Rey y la ley del reino, allí está el reino. En los más recónditos rincones, en el recinto secreto del corazón, en la raíz misma y fuente de los pensamientos, allí establece Cristo su trono; allí el Espíritu escribe la ley de Dios; allí ejerce el Rey su autoridad y afirma los principios de su gobierno; y el cristianismo consiste en lealtad a todo lo anterior. Así, en la misma ciudadela del alma, de los pensamientos, en el único lugar en el que el pecado podría entrar, allí pone Dios su trono; allí establece su reino; pone allí su ley, y el poder que hace que se reconozca la autoridad de su ley, y que se materialicen en la vida los principios de su ley; y el resultado es paz, sólo paz y siempre paz. Eso es lo que Cristo nos ha traído, y lo que viene a nosotros con la mente de Cristo.

Veámoslo en mayor detalle. Cuando Cristo tuvo nuestra naturaleza humana, estuvo allí en su yo divino, pero no lo manifestó. ¿Qué hizo con su yo divino en nuestra carne, cuando él se hizo

nosotros? –Se anonadó de su yo divino, se vació siempre de él, a fin de que nosotros pudiéramos vaciarnos de nuestro malvado yo, de nuestro yo diabólico. Ahora bien, no hizo nada por la propia carne. Afirmó: "No puedo yo hacer nada por mí mismo" (Juan 5:30). Su propio yo divino, que había hecho los cielos, estuvo allí todo el tiempo. Pero de principio a fin, de sí mismo no obró nada. Mantuvo su yo anonadado: se vació de sí mismo. ¿Quién, pues, obró lo que en él tenía lugar? "El Padre, que vive en mí, él hace las obras" (Juan 14:10), él habla las palabras. ¿Quién era, entonces, el que se oponía al poder de la tentación sobre él, en nuestra carne? –El Padre. Fue el Padre quien lo guardó de pecar. Fue guardado "por el poder de Dios" (1 Ped. 1:5), lo mismo que debemos serlo nosotros.

Él fue nuestro yo pecaminoso en la carne, y allí –en su carne- fueron avivadas todas esas tendencias al pecado a fin de inducirlo a que consintiera en pecar. Pero no fue él quien se guardó a sí mismo de pecar. De haber ocurrido así, se habría manifestado a sí mismo en contra del poder de Satanás, lo que

habría arruinado el plan de la salvación, incluso aunque no hubiera pecado. Y si bien en la cruz fueron pronunciadas en son de burla, eran ciertas las palabras: "A otros salvó, pero a sí mismo no se puede salvar" (Mat. 27:42). Por lo tanto, se anonadó completamente, se vació de sí mismo; y manteniendo sumiso su yo permitió que viniera el Padre y que obrara contrariamente a la carne pecaminosa, salvándolo y salvándonos a nosotros en él.

Los pecadores están separados de Dios, y él quiere regresar al lugar mismo del que el pecado lo desalojó en la carne humana. Pero no podía venir a nosotros en nuestro estado, pues no habríamos podido soportar su presencia. Por consiguiente, Cristo vino en nuestra carne, y el Padre moró con él. Podía soportar la presencia de Dios en su plenitud, por lo tanto Dios pudo morar plenamente en él, lo que permite que la plenitud de Dios sea traída a nuestra carne.

Cristo vino en esa carne pecaminosa, pero no hizo nada por sí mismo contra la tentación y el

poder del pecado en la carne. Se vació de sí mismo, y el Padre obró en carne humana contra el poder del pecado, guardándolo de pecar.

Está escrito del cristiano: "Sois guardados por el poder de Dios mediante la fe" (1 Ped. 1:5). Eso se efectúa en Cristo. Nos sometemos a Cristo; él mora en nosotros, dándonos su mente. Esa mente de Cristo permite que nuestro malvado yo permanezca sometido. La mente de Cristo –"Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús"- hace que nos vaciemos de nuestro yo, evitando que se imponga, ya que toda manifestación de nuestro yo es en sí misma pecado. Cuando la mente de Cristo mantiene a raya nuestro yo, el Padre tiene la oportunidad de venir a nosotros y guardarnos de pecar. De esa manera "Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad" (Fil. 2:13). Se trata siempre del Padre, de Cristo y de nosotros mismos. Es el Padre manifestado en nosotros mediante Cristo, y en Cristo. La mente de Cristo nos vacía de nuestro yo pecaminoso, y evita que se imponga nuestro yo a fin de que Dios, el Padre,



pueda venir a nosotros y obre contra el poder del pecado, guardándonos de pecar. De esa forma "Él es nuestra paz, que de ambos [Dios y nosotros] hizo uno, derribando la pared intermedia de separación; dirimiendo en su carne las enemistades... para edificar en sí mismo los dos en un nuevo hombre, haciendo la paz" (Efe. 2:14 y 15). Se trata pues del Padre, de Cristo y de nosotros: Nosotros, los pecadores; Dios, impecable; Cristo reuniendo al Impecable con el pecaminoso, y dirimiendo –aboliendo- en sí mismo la enemistad, vaciándonos del yo a fin de que Dios y nosotros podamos ser uno, haciendo así un hombre nuevo, y trayendo así la paz. De esa forma la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento, guardará vuestros corazones y mentes mediante -y en- Jesucristo.

¿No es una inmensa bendición, el que el Señor Jesús haya hecho todo eso por nosotros, que haya querido hacer su morada con nosotros, dilucidando así esa cuestión, no dejando duda alguna de que el Padre nos guardará de pecar tan ciertamente como lo guardó a él? No cabe ya duda alguna, puesto que

cuando Cristo está allí, lo está con el propósito de vaciarnos del yo. Y cuando nuestro yo desaparece, ¿habrá algún impedimento para que se manifieste el propio Padre? Cuando se nos guarda de que impongamos nuestro yo, no habrá obstáculo a que el propio Dios se imponga en nuestra carne. Ese es el misterio de Dios: "Cristo en vosotros, esperanza de gloria" (Col. 1:27), Dios manifestado en carne. No se trata simplemente de Cristo manifestado en carne; es Dios manifestado en la carne. Cuando Jesús vino al mundo, no era Cristo manifestado en carne, sino Dios manifestado en carne: "El que me ha visto a mí ha visto al Padre" (Juan 14:9).

Cristo se vació de sí mismo a fin de que Dios pudiera manifestarse en carne, en carne pecaminosa; y cuando viene a nosotros y mora en nosotros de acuerdo con nuestro deseo, nos trae esa mente divina que le es propia, y que vacía del yo allí donde está, allí donde se le permite la entrada, donde se le deja actuar; la mente de Cristo es el vaciarse del yo, abolirlo, destruirlo, aniquilarlo. Así pues, por propia elección viene a nosotros esa mente divina: tan ciertamente como esa mente

more en nosotros, nos vaciará del yo. Y tan pronto como suceda lo anterior, Dios obra plenamente y se manifiesta a sí mismo en carne pecaminosa como la nuestra. Y eso significa victoria, significa triunfo.

De esa forma con la mente servimos a la ley de Dios. La ley se manifiesta, se cumple, sus principios brillan en la vida, ya que la vida es el carácter de Dios manifestado en carne humana, carne pecaminosa, mediante Jesucristo. Ese pensamiento debiera elevarnos a cada uno de nosotros por encima de todo el poder de Satanás y del pecado. Lo hará tan ciertamente como nos sometamos a esa mente divina, y permitamos que haga su morada en nosotros, tal como la hizo en él.

Una y otra vez nos viene la palabra: "¡Levántate, resplandece!" (Isa. 60:1). Ahora bien, no podemos levantarnos a nosotros mismos; es la verdad y el poder de Dios quienes que han de hacerlo. ¿Acaso no está aquí la verdad que levantará al mortal? –Sí que está, y lo levantará de los muertos tal como veremos antes de terminar el

tema. Pero era necesario detenerse en ese pensamiento a fin de que podamos ver cuan completa es la victoria, y cuan seguros hemos de estar de ello en la medida en que nos sometamos a Cristo y aceptemos la mente que hubo en él. Por lo tanto tened siempre presente que la batalla contra el pecado ocurre en la esfera del pensamiento, y que el Vencedor, el Guerrero que peleó allí la batalla -obteniendo la victoria en todo tipo de conflicto imaginable- viene y establece su trono en la ciudadela de la misma fuente del pensamiento, el origen del pensamiento del corazón del pecador que cree. Establece allí su trono, implantando los principios de su ley, y reinando. Viene entonces a ser cierto que "así como el pecado reinó para muerte, así también la gracia reinará". ¿Reinó el pecado? -¡Y tanto que reinó! ¿Con poder? - Ciertamente. Reinó; rigió. Pues bien, de la misma forma reinará ahora la gracia. ¿Lo va a hacer tan ciertamente -con tanto poder- como sucedió con el pecado? -¡Mucho más aún! Más plenamente, de forma más abundante y con mucha mayor gloria. Tan ciertamente como el pecado reinó en nosotros, cuando estamos en Cristo, la gracia de Dios reinará

mucho más aún, "porque así como el pecado reinó para muerte, así también la gracia reinará por la justicia para vida eterna mediante Jesucristo, Señor nuestro". Y siendo así podemos avanzar de victoria en victoria hacia la perfección.

Desde esa altura a la que nos hace subir la verdad –y es propio llamarle altura-, podemos seguir gozando, leyendo con gratitud aquello que tenemos en él, y recibéndolo plenamente en el alma. Pero a menos que el Señor nos eleve a esa altura y nos sienta allí, colocándonos donde él tiene el control de la ciudadela, de forma que tengamos la seguridad de dónde está y dónde estamos nosotros, aquellas otras buenas cosas resultarán vagas, indefinidas y parecerán estar más allá de nuestro alcance –algunas veces casi a nuestro alcance, haciendo que deseemos estar allí donde podríamos tenerlas y conocer la realidad de las mismas; pero aún así quedando siempre un poco más lejos de lo que somos capaces de alcanzar, y dejándonos insatisfechos. Pero cuando nos sometemos completa, plena, absolutamente, sin reservas, dejando ir al mundo con todo lo que tiene,

entonces recibimos esa mente divina suya mediante el Espíritu de Dios que le da posesión de esa ciudadela y que nos eleva a esa altura en la que esas otras cosas no es ya que estén a nuestro alcance, sino que están en el corazón, trayendo gozo perpetuo a nuestras vidas. Entonces, en él, las tenemos como posesión, y es nuestro privilegio el saberlo, siendo el gozo que traen, como dijo Pedro, "inefable y glorioso" (1 Ped. 1:8).

Así pues, dado que el Señor nos ha elevado a esa altura, y que nos sostendrá en ella, vayamos adelante y leamos, y a medida que leemos recibamos aquello que tenemos en él. Empezamos en Romanos 6:6. Esa es la Escritura que concierne más directamente con el pensamiento particular que hemos venido considerando esta tarde. "Sabido esto" –Sabido, ¿qué? "Sabido esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él". ¡Bien! En Jesucristo, en su carne, ¿acaso no resultó la naturaleza humana -la carne pecaminosa- crucificada? ¿Cuál? ¿Quién fue él? Fue humano, fue nosotros. Entonces, ¿cuál fue la carne pecaminosa, cuál la naturaleza humana

que fue crucificada en la cruz de Jesucristo? –La mía. Por lo tanto, tan ciertamente como tengo esa bendita verdad sellada en mi corazón y mente: que Jesucristo fue hombre, naturaleza humana, naturaleza pecaminosa, y que él fue yo mismo en la carne, tan ciertamente como tenga eso, es un hecho que cuando él fue crucificado, lo fui yo. Mi naturaleza humana -yo mismo- fue allí crucificada. Por lo tanto, puedo decir con total veracidad, y con la certeza de la fe, "Con Cristo estoy juntamente crucificado" (Gál. 2:20). Es así.

Oímos frecuentemente decir: ‘Quisiera que el yo estuviera crucificado’. Bien; les leemos el texto: "Sabido esto, que vuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él". Entonces nos responden: ‘Cómo me gustaría que fuera así’. Continuamos con el texto: "Con Cristo estoy juntamente crucificado". -Dice: estoy. ¿Quién está? ¿Tú? Responden: ‘No veo que sea yo. Me gustaría que así fuera, pero no veo cómo puedo estar crucificado, y no comprendo cómo es que leyéndolo y afirmando que es así, vaya a ser verdad’. Pero la Palabra de Dios lo asegura y es

así, puesto que así lo dice, y sería cierto y efectivo por siempre si eso fuese todo cuanto hubiera. Pero en este caso es así porque es así. Dios no pronuncia esa palabra a fin de que sea así en nosotros, sino porque es así en nosotros, en Cristo.

Recordaréis que en el primer capítulo de Hebreos tenemos una ilustración de lo anterior. Dios no llamó a Cristo "Dios" a fin de hacerlo Dios. No; lo llamó "Dios" porque era Dios. Si es que no lo hubiera sido previamente, cuando Dios pronunció la palabra "Dios" sobre él, habría causado que lo fuera, puesto que se trata del poder de la palabra de Dios. Eso sería así, si no hubiera más que eso; pero es cierto también en otro sentido: Cristo era Dios, y cuando Dios lo llamó así, es porque eso es lo que era. Por lo tanto, en ese doble sentido es Dios por siempre. Es así "por dos cosas inmutables, en las cuales es imposible que Dios mienta" (Heb. 6:18).

Aquí sucede lo mismo. Nuestro viejo hombre está crucificado; pero cuando Dios envía su palabra a propósito de que es así, aceptando nosotros dicha



palabra y sometiéndonos a ella, viene a ser así para todo aquel que lo acepte, dado que la palabra tiene en ella misma el poder divino para llevar a cabo lo que dice. Y de esa forma sería eternamente así, aunque eso fuera todo cuanto hubiera. Pero no es eso todo lo que hay, puesto que en Jesucristo la naturaleza humana fue crucificada en aquella cruz de una forma real, literalmente; y se trata de mi naturaleza humana; fui yo mismo en él, el que fue allí crucificado. En consecuencia, de todo aquel que está en Cristo, Dios declara que está "juntamente crucificado". Por esas dos cosas inmutables, por partida doble, es así. Podemos pues decirlo en total libertad: no es jactancia, no es presunción de ninguna forma; es sencillamente una confesión de fe en Cristo Jesús: "Con Cristo estoy juntamente crucificado". ¿No está él crucificado? Entonces, tan ciertamente como que estoy en él, ¿acaso no estoy crucificado con él? Así lo afirma la palabra de Dios. "Nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él". Agradecemos al Señor porque así sea.

¿Qué sentido tiene entonces que procuremos,

que deseemos, que hagamos lo posible por estar crucificados, de forma que podamos entonces creer que Dios nos acepta? ¡Ya es un hecho, gracias al Señor! En él está ya cumplido. Tan ciertamente como que el alma sumerge su yo en Cristo, y mediante ese poder divino que él nos ha traído resultamos capacitados para realizarlo, con igual certeza el hecho tiene lugar como un evento divino. Decir -reconocer- el hecho divino de que "con Cristo estoy juntamente crucificado", no es otra cosa que la genuina expresión de la fe. Jesús sumergió su yo divino en nuestra naturaleza humana, resultando enteramente crucificado. Cuando nos sumergimos en él, sucede otro tanto, puesto que sólo en él queda cumplido. Es siempre en él. Llamo la atención al pensamiento que consideramos hace unas semanas al propósito de que no se trata de "en él" en el sentido de que él sea un almacén al que podemos acudir, tomar de él y aplicárnoslo a nosotros. No: es "en él" en el sentido de que todo está allí, y cuando estamos en él, cuando acudimos al almacén, cuando nos sumergimos en él, lo tenemos todo en él, puesto que estamos en él.

Por lo tanto, que nuestras almas digan por la fe de Jesucristo: "Sabido esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él"; "Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí". Cristo vive nuevamente. Y nosotros vivimos debido a que él vive. "Ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios". En el Hijo de Dios; en la fe del Hijo de Dios, esa fe divina que él trajo a la naturaleza humana, y que nos da a ti y a mí. "Vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí" (Gál. 2:20). ¡Cómo me amó! Puesto que se dio a sí mismo en toda su gloria e inconmensurable valor por mí -que no era nada-, ¿será mucho el que yo me entregue a él?

Pero hay más en el versículo. Seguimos en Romanos 6:6: "Sabido esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él, para que el cuerpo del pecado sea destruido, a fin de que no sirvamos más al pecado". ¡Magnífico! En él tenemos la victoria, la victoria de la esclavitud al

pecado. En ese conocimiento de que estamos crucificados con él, obtenemos la victoria que nos libra del servicio al pecado.

Ese bendito hecho que encontramos en él, nos eleva hasta esa altura. Sí, y el hecho nos sostiene ahí. Hay en él poder. Es un hecho. Tendremos ocasión de estudiarlo más plenamente a continuación.

Tras haber sido crucificado, ¿qué ocurrió? Cuando fue clavado en la cruz, ¿qué tuvo lugar? - Su muerte. Leed ahora el versículo ocho de ese mismo capítulo: "Si morimos con Cristo"; ¿qué otra cosa podría suceder? Tan ciertamente como que estoy crucificado con él, estaré muerto con él. Siendo crucificados con él, estamos muertos con él.

¿Muertos con él? ¿Sabemos lo que implica? Volvamos al versículo cuatro. ¿Qué sucedió a Cristo tras haber sido crucificado y tras haber muerto? -Fue sepultado. Sepultado, tal como se hace con los muertos. ¿Qué sucederá con nosotros? "Somos sepultados juntamente con él". ¿Sepultados

con él! ¿Fuimos crucificados con él? ¿Morimos con él? ¿Han traído el Padre y Cristo en la naturaleza humana la muerte del yo pecaminoso? - Sí. ¿De quién? -Del mío.

¿No veis, pues, que todo eso es un don de la fe, del que hemos de apropiarnos junto a todo lo que Dios nos da con la fe? La muerte al viejo hombre ocurre en Cristo; la encontramos en él, y damos gracias a Dios por ello. El viejo hombre fue crucificado con él, murió con él; y cuando Cristo fue sepultado, nuestro viejo hombre fue sepultado con él. Mi viejo, humano y pecaminoso yo fue crucificado, muerto y sepultado con él. Y con él continúa sepultado cuando estoy en él. Fuera de él nada tengo, por descontado. Todo aquel que esté fuera de él no posee nada de lo anterior. Todo es en él. Y lo recibimos todo por la fe en él.

Lo que estamos estudiando es sencillamente el hecho de que lo tenemos en él; estudiamos los hechos que se nos dan en él, y que debemos tomar por la fe. Se trata de hechos de fe.

Damos gracias al Señor porque todo sea un hecho literal: nuestro viejo hombre fue crucificado, muerto y sepultado con él, y en él tenemos ese don. En él tenemos el don, y el hecho de la muerte del viejo hombre: la muerte de la naturaleza humana pecaminosa, y su sepultura. Y cuando lo viejo es crucificado, muerto y sepultado, leemos en el siguiente versículo (el siete): "El que ha muerto, queda libre del pecado".

Así pues, "sabiendo... que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él", no debiéramos servir más al pecado, por haber quedado libres de esa esclavitud. Hermanos, me satisface que sea hoy tan natural como el respirar, el que demos gracias a Dios por habernos librado del servicio al pecado. Lo repito: Es adecuado, es nuestro privilegio y derecho el reclamar en Cristo -en él solamente, y sólo si creemos en él- y agradecerle por quedar libres del servicio al pecado. Es algo tan natural como que respiremos al levantarnos por la mañana.

¿Cómo podría tener la bendición y el beneficio que están ahí contenidos, si es que no lo tomara? Si

estoy siempre dubitativo y temo no haber sido librado del servicio al pecado, ¿cuánto tiempo va a tomar el que así suceda? Ese mismo dudar, ese temor, tienen su raíz en la incredulidad, que constituye en sí misma pecado. Pero en él, siendo que Dios nos ha traído libertad del servicio al pecado, tenemos el derecho a darle gracias por ella; y tan ciertamente como la reclamemos y demos gracias por ella, la disfrutaremos. "El que ha muerto, queda libre del pecado" (según versiones: "justificado del pecado"). Está en él, y lo tenemos tan pronto como estamos en él por la fe.

Leamos ahora desde el principio el capítulo seis de Romanos:

"¿Que, pues, diremos? ¿Perseveraremos en el pecado para que la gracia abunde?" ¡De ninguna manera! Porque los que hemos muerto al pecado, ¿cómo viviremos aún en él?"

¿Puede alguien vivir en aquello a lo que murió?  
-No. Así pues, cuando el hombre ha muerto por el pecado, ¿podrá vivir en pecado?, ¿podrá vivir con

pecado? Imaginad que alguien muere de delirium tremens o de fiebre tifoidea. ¿Podrá vivir en delirium tremens o en fiebre tifoidea? ¿Podrá hacerlo, aun si pudiera ser traído nuevamente a la vida, como para darse cuenta del hecho? No querría tener nada que ver con ello, ni aún oírlo mencionar, puesto que eso fue lo que le quitó la vida. Así sucede con aquel que murió al pecado. El solo pensamiento, la más mínima presencia del mismo, significa muerte para él. Si tiene conciencia y vida suficientes como para saber que está ahí, volverá a morir al pecado. No puede vivir en aquello a lo que murió.

El gran problema para muchos es que no sienten la suficiente repugnancia hacia el pecado como para morir a él. Ahí radica el problema. Desarrollan una repulsión quizá hacia cierto pecado en particular, y quieren ponerle fin: quieren "morir" a ese pecado, y creen que lo logran. Repudian algún pecado en particular, que les parece impropio de ellos: no pueden conservar el aprecio y estimación de la gente mientras aquel pecado resulte en ellos tan manifiesto; por lo tanto,



lo combaten. Pero no les repugna el pecado, el pecado en sí mismo, en su concepción, el pecado en abstracto, sea que se exprese de una u otra forma en particular. El pecado mismo no les resulta suficientemente repulsivo como para morir a él. Cuando el hombre siente auténtica repulsión hacia el pecado; no a ciertos pecados, sino al pecado, a la más mínima insinuación del mismo -al solo pensamiento de él-, entonces le resulta imposible seguir viviendo en dicho pecado. No puede vivir en él; fue una vez su asesino. No puede ya vivir en aquello a lo que murió.

Tenemos constantemente la oportunidad de pecar. Nunca nos falta la ocasión de pecar y de vivir en pecado. Pero está escrito: "Llevamos siempre en el cuerpo la muerte de Jesús" (2 Cor. 4:10). "Cada día muero" (1 Cor. 15:31). Tan ciertamente como he muerto al pecado, su sola sugerencia resulta para mí muerte. Es muerte para mí en él.

Eso queda resumido en una expresión de asombro y sorpresa: "Los que hemos muerto al

pecado, ¿cómo viviremos aún en él? ¿O no sabéis que todos los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús, hemos sido bautizados en su muerte?" (Rom. 6:2 y 3). Se trata del bautismo en su muerte.

"Porque somos sepultados juntamente con él para muerte por el bautismo, a fin de que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en vida nueva" (Rom. 6:4).

Vayamos a Colosenses. Recordad lo dicho por el hermano Durland. Col. 2:20: "Si habéis muerto con Cristo en cuanto a los rudimentos del mundo [la mundanalidad y la enemistad que trae el mundo], ¿por qué, como si vivierais en el mundo, os sometéis a preceptos..." del mundo?

Está ahí hablando de nuestra liberación de servir al pecado. Es Romanos 6:6 dicho en otras palabras: "Nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él, para que el cuerpo del pecado sea destruido, a fin de que no sirvamos más al pecado". ¿Por qué, como si viviéramos ajenos a

Cristo, seguimos haciendo esas mismas cosas? ¡No debiera ser así! Rom. 6:14: "El pecado no se enseñoreará de vosotros". Aquel que es librado del dominio del pecado, queda librado de servir al pecado. En Jesucristo eso es también un hecho. Así, seguimos leyendo en Romanos 6:6-8:

"Sabido esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él, para que el cuerpo del pecado sea destruido, a fin de que no sirvamos más al pecado, porque el que ha muerto ha sido justificado [queda libre] del pecado. Y si morimos con Cristo, creemos que también viviremos con él".

¿Vive Cristo? -Sí. ¡Gracias sean dadas al Señor! ¿Quién murió? -Jesús, y nosotros estamos muertos con él. Pero él vive, y los que creen en él viven con él. Lo estudiaremos en mayor profundidad más adelante.

"Y sabemos que Cristo, habiendo resucitado de los muertos, ya no muere; la muerte no se enseñorea más de él. En cuanto murió, al pecado

murió una vez por todas; pero en cuanto vive, para Dios vive" (vers. 9 y 10)

Aferrémonos a eso. Demos gracias a Dios, ahora y por siempre, cada día y en cada pensamiento: "Con Cristo estoy juntamente crucificado". Tan ciertamente como él fue crucificado, lo soy yo; tan ciertamente como él murió, muero yo; tan ciertamente como fue sepultado, lo soy yo; y tan ciertamente como que él resucitó, yo resucito con él; por lo tanto, no serviré al pecado. En él tenemos la libertad del dominio del pecado, y de servir al pecado. ¡Gracias al Señor por su don inefable!

## Capítulo 19

# Glorificados con Cristo

Comenzaremos comparando Hebreos 2:14 y 15 con Romanos 6:11-14. Primero leemos en Hebreos:

"Así que, por cuanto los hijos participaron de carne y sangre, él también participó de lo mismo para destruir por medio de la muerte al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo, y librar a todos los que por el temor de la muerte estaban durante toda la vida sujetos a servidumbre".

Eso es lo que Cristo hizo para librarnos. Leemos ahora en Romanos:

"Así también vosotros consideraos muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús, Señor nuestro. No reine, pues, el pecado en vuestro cuerpo mortal, de modo que lo obedezcáis en sus apetitos; ni tampoco presentéis vuestros miembros al pecado como instrumentos de iniquidad, sino presentaos vosotros mismos a Dios como vivos de

entre los muertos, y vuestros miembros a Dios como instrumentos de justicia. El pecado no se enseñoreará de vosotros, pues no estáis bajo la Ley, sino bajo la gracia".

De la misma forma en que él mismo se sometió a fin de librarnos, también nosotros nos hemos de someter para ser liberados. Y cuando hacemos así, obtenemos el fin buscado. Él se sometió para librarnos a nosotros, que habíamos estado toda la vida sujetos a esclavitud; al hacerlo nosotros quedamos libres de esa esclavitud, y el pecado deja de tener dominio sobre nosotros. Por lo tanto, Romanos 6:11-14 es la respuesta personal de fe a lo que Cristo hizo, descrito en Hebreos 2:14 y 15.

Pero el Señor hizo más que resucitar de entre los muertos, y ha hecho -en él- más por nosotros que simplemente resucitarnos de entre los muertos. Murió y resucitó. Morimos con él. ¿Fuimos después resucitados con él? ¿Tenemos en él vida de entre los muertos? Estamos crucificados con él; fuimos muertos con él; estamos sepultados con él, y él resucitó de entre los muertos. ¿Qué hay, pues,

de nosotros? -Somos resucitados con él. Pero Dios hizo con él más que resucitarlo de entre los muertos. Habiéndolo resucitado, lo hizo sentar a su diestra en los cielos. ¿Qué hay de nosotros? ¿Nos quedamos a mitad de camino? -No. ¿Acaso no estamos en él? De la forma en que estamos en él cuando estuvo viviendo en la tierra, de la forma en que estamos en él en la cruz, en la muerte y en la resurrección, así lo estamos también en su ascensión, y estamos en él a la diestra de Dios.

Esa es también la conclusión de lo estudiado anoche, pero leámoslo de la propia Escritura y tengamos la certeza de su veracidad. Habiendo considerado hasta aquí la obra de Dios en él, ¿seguiremos haciéndolo todo el tiempo? Anoche, y en los estudios precedentes, nos gozamos contemplándolo al obtener la victoria cuando fue tentado. Tuvimos el gozo de seguirlo hasta la cruz, y de encontrarnos allí a nosotros crucificados, de forma que pudiéramos decir en verdadera fe: "Con Cristo estoy juntamente crucificado". Fuimos gustosos con él a la muerte y a la sepultura, lo que hace que sea una expresión adecuada de fe el que

nos tengamos también por muertos. Nos gozamos en todo ello. Gocémonos también en resucitar de entre los muertos con él, a fin de poder vivir una vida nueva a su semejanza. Y una vez que hemos resucitado de entre los muertos con él -pues "si somos muertos con Cristo, creemos que también resucitaremos con él"-, estemos, no sólo resucitados de entre los muertos, sino estemos allá donde él está. Si es Dios quien lo dice, si es su propósito el llevarnos allí, ¿acaso no iremos? -Ciertamente. No debiera parecernos extraño que obre de ese modo; sigámoslo allí con tanta naturalidad como lo seguimos en la tentación, en la cruz y en la muerte.

Por lo tanto, en el segundo capítulo de Efesios, comenzando por el versículo 4:

"Dios, que es rico en misericordia, por su gran amor con que nos amó, aun estando nosotros muertos en pecados, nos dio vida juntamente con Cristo".

Siguiente versículo:



"Juntamente con él nos resucitó". Juntamente ¿con quién? -Con Cristo. "Y asimismo nos hizo sentar en los lugares celestiales" ¿Con quién? "Nos hizo sentar en los lugares celestiales con Cristo Jesús". La palabra "lugares" fue añadida por los traductores. No figura en el original, como tampoco en Efesios 1:3, o en 1:20.

El término griego es epouraniois, que se traduce de forma literal por "celestiales". Dios nos ha dado vida juntamente con Cristo, nos ha resucitado y nos ha hecho sentar con él allí donde él se sienta. Y sabemos dónde es: "Fue recibido arriba en el cielo, y se sentó a la diestra de Dios" (Mar. 16:19). "Habiendo efectuado la purificación de nuestros pecados por medio de sí mismo, se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas" (Heb. 1:3). "Juntamente con él nos resucitó, y asimismo nos hizo sentar en (los lugares) celestiales con Cristo Jesús".

Así pues, nos ha hecho sentar con Cristo en el cielo; en la existencia y esencia celestiales; en su

ser y en su forma de ser, en su naturaleza y carácter, disposición y conducta, en el tipo de existencia propio del orden celestial, ya que "nuestra vida está escondida con Cristo en Dios": nuestro medio de vida está en el cielo. "Danos hoy nuestro pan cotidiano". Nuestra existencia, propiedad, estado, economía, etc, pertenecen al cielo. Pertenece al cielo, al orden celestial.

Allí es donde Dios nos ha puesto en Cristo. Por lo tanto, puesto que eso es lo que ha dispuesto el Señor, ¿nos asentaremos en la existencia, disposición, y en todo lo celestial con Cristo?

¿Nos levantaremos? ¿Qué dice la Palabra? "¡Levántate, resplandece...!" (Isa. 60:1). Primeramente levántate, y luego resplandece. No podemos resplandecer sin levantarnos primero. Pero ¿qué va a hacer esa verdad por nosotros? ¿Acaso no nos levantará? ¿Y hasta qué altura? ¿No comprendéis que nos eleva por encima de este mundo y nos sitúa con Jesucristo en el reino de los cielos? ¿No resulta, pues, claro que Jesucristo ha traído el cielo a la tierra para aquel que cree? Por lo

tanto, está escrito: "Él nos ha librado del poder de las tinieblas y nos ha trasladado al reino de su amado Hijo" (Col. 1:13). 'El reino de los cielos es semejante a esto... El reino de los cielos se ha acercado...' ¿Cuál es ese reino de los cielos? El Señor nos lleva a él, nos ha trasladado a él. ¿Moraremos en él, gozando de su bendita atmósfera, junto a todo lo que pertenece al cielo, y a todo lo que nos pertenece en el cielo?

No podemos elevarnos a nosotros mismos hasta esa altura; pero sometiéndonos a la verdad, ella nos elevará. Veámoslo de nuevo. En el primer capítulo de Efesios, comenzando en el versículo 15:

"Por esta causa también yo, habiendo oído de vuestra fe en el Señor Jesús y de vuestro amor para con todos los santos, no ceso de dar gracias por vosotros, haciendo memoria de vosotros en mis oraciones [y ésta es su oración], para que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de gloria, os dé espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de él".

¿A cuántos? ¿En favor de cuántos está escrita esa oración? ¿Os apropiareis hoy esa oración, aceptando aquello por lo que el apóstol ora en favor vuestro? ¿Cuál es la palabra?, ¿oración simplemente humana? ¿No es acaso Palabra de Dios? ¿No se trata de la palabra de Jesucristo mediante su Espíritu, expresando su deseo y voluntad relativos a lo que hemos de tener? Aceptémoslo pues. Esa es su voluntad. Seguimos:

"que él alumbre los ojos de vuestro entendimiento, para que sepáis cuál es la esperanza a que él os ha llamado, cuáles las riquezas de la gloria de su herencia en los santos y cuál la extraordinaria grandeza de su poder para con nosotros los que creemos".

Él quiere que conozcamos la extraordinaria grandeza de su poder hacia nosotros que creemos. El término griego empleado aquí es uno del que derivamos nuestra palabra "dinamita".

"la extraordinaria grandeza de su poder para

con nosotros los que creemos, según la acción de su fuerza poderosa. Esta fuerza operó en Cristo, resucitándolo de los muertos y sentándolo a su derecha en los lugares celestiales".

O mejor traducido: "sentado a su diestra en el cielo". Ese poder de Dios elevó a Jesucristo, situándolo a su diestra en el cielo. Todos estamos de acuerdo en eso. Pero él quiere que vosotros y yo conozcamos en nosotros mismos la operación de ese poder que elevó a Cristo, sentándolo allí. Cuando así lo hagamos, ¿qué será lo que efectúe en nosotros? -Nos elevará de igual manera, haciéndonos sentar allí.

Lo mismo nos enseña el segundo capítulo de Colosenses, comenzando en el versículo 12:

"Con él fuisteis sepultados en el bautismo, y en él fuisteis también resucitados por la fe en el poder de Dios que lo levantó de los muertos. Y a vosotros, estando muertos en pecados y en la incircuncisión de vuestra carne, os dio vida juntamente con él, perdonándoos todos los

pecados. Él anuló el acta de los decretos que había contra nosotros, que nos era contraria, y la quitó de en medio clavándola en la cruz".

Ahora Colosenses 3:1:

"Si, pues, habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios".

Así, todo aquel que resucitó debe buscar las cosas de arriba. ¿Cuán arriba? Tan arriba como el sitio en el que Cristo está sentado. Pero ¿cómo voy a poder buscar las cosas en donde Cristo mora, a menos que esté lo suficientemente cerca de allí como para poder mirar y buscar esas cosas, fijando mi mente en ellas? Ahí radica la cuestión importante.

"Si, pues, habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios... porque habéis muerto y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios".

¿Lo vamos a tomar sin cuestionar, de la precisa manera en que el Señor lo da? Sé que es maravilloso; sé que a muchos les parece demasiado bueno como para ser cierto; pero no hay nada que el Señor haga que sea demasiado bueno para ser cierto, puesto que es Dios quien lo hace. Si se dijera de cualquier otro, sería demasiado bueno para ser cierto, puesto que sería incapaz de realizarlo. Pero cuando es Dios quien dice alguna cosa, nunca es demasiado buena como para ser cierta, sino que es buena y cierta desde el momento en que es él quien la realiza. Por lo tanto, hermanos, levantémonos, y eso nos separará del mundo; nos colocará en el lugar al que se dijo hace mucho tiempo al profeta que había de mirar, a fin de ver –más arriba- a los que transitaban el camino recto. Pero ¿acaso no lo dejaremos todo y moriremos con él, y tomaremos la muerte que tenemos en él, permitiendo que obre en nosotros esa muerte que operó en él? Entonces, esa vida que tuvo lugar en él, ese poder que en él se manifestó, hará por nosotros lo que hizo por él. Eso nos hará salir de Babilonia; no habrá en nosotros absolutamente ningún material de Babilonia.

Estaremos tan alejados de Babilonia y de cualquier manto babilónico como para estar sentados a la diestra de Dios, ataviados con vestiduras celestiales; y esas son las únicas vestiduras adecuadas hoy, ya que hemos de entrar pronto en la cena de bodas, y el lino fino con el que están vestidos la novia y los invitados es la justicia de los santos. Pero él lo provee todo. Lo tenemos todo en él.

Veámoslo de otra forma. No tengo prisa alguna en dejar ese pensamiento por hoy; al contrario, merece toda nuestra atención en esta noche. Pero observémoslo desde otro ángulo. Hemos venido estudiando durante varias lecciones el hecho de que él, en su naturaleza humana, era nosotros. Él en nosotros y nosotros en él, nos enfrentamos a la tentación y al poder de Satanás, conquistándolo de forma completa en este mundo debido a que Dios estaba con él, lo cuidaba, lo sostenía y lo guardaba. Él lo entregó todo, y Dios lo guardó; en él lo entregamos todo, y Dios nos guarda. Y la forma en que el Señor lo trató a él es la misma en que nos



trata a nosotros. Eso lo llevó a la crucifixión, es cierto: la crucifixión de su yo justo, de su yo divino; y en ello nos lleva a la crucifixión de nuestro yo depravado que causa separación de Dios. En él se destruye la enemistad. Así pues, Dios estuvo con él, estuvo con él en naturaleza humana, en toda su estancia en este mundo; pero el asunto no terminó con su naturaleza humana en este mundo.

El trato del Padre hacia Cristo no terminó en su naturaleza humana, cuando el Hijo fue clavado en la cruz. Tenía algo más que hacer con la naturaleza humana, que llevarla simplemente a la cruz; la llevó hasta la misma muerte, pero no terminó ahí. La llevó a la cruz y a la muerte, pero hizo más. No la dejó allí: de la tumba tomó consigo la naturaleza humana, inmortalizada. Hizo todo lo anterior, pero aún no había terminado con la naturaleza humana, puesto que tomó esa naturaleza humana que había sido resucitada de entre los muertos – inmortalizada-, la elevó y la puso a su diestra, en el cielo mismo, glorificada con la plenitud de la radiante gloria de Dios. Por lo tanto, la mente de

Dios en lo que concierne a la naturaleza humana, a vosotros y a mí, no llega a alcanzar su propósito, no llega a realizarse plenamente hasta habernos colocado a su diestra, glorificados.

Hay poder vivificante en esa bendita verdad. En Jesucristo, el Padre ha expuesto ante el universo cuál es el pensamiento de su mente con respecto a la humanidad. ¡Cuán alejado queda del propósito de su existencia aquel que se conforma con menos de lo que Dios ha provisto para él! ¿Os dais cuenta, hermanos, que nos hemos contentado con demasiado poco, que nos hemos sentido satisfechos, siendo que nuestra mente quedaba muy lejos del propósito divino? Es innegable. Pero ahora, al venir el Señor y llamarnos, vayamos allá donde él nos guíe. Es la fe la que lo efectúa; no la presunción. Es la única actitud correcta. Quien se niegue a responder será dejado tan atrás, que pronto perecerá. El Pastor celestial nos está aquí conduciendo; nos está llevando a verdes pastos y a aguas de reposo que proceden del trono de Dios: las aguas de vida. Bebamos de ellas y vivamos.

Podemos avanzar aún más en esto. Repito que el Señor, con el objeto de mostrar a la humanidad lo que ha preparado para nosotros; a fin de mostrar cuál es su propósito para cada persona, nos ha dado un ejemplo de forma que cada uno pueda ver el propósito de Dios para él, y pueda verlo desarrollado en su plenitud. El propósito de Dios para nosotros en este mundo es guardarnos de pecar, a pesar de todo el poder del pecado y de Satanás. Su propósito con respecto a él mismo y a nosotros en este mundo es que Dios se manifieste en carne pecaminosa. Es decir, se ha de manifestar él mismo en su poder, y no nosotros. Ello implica que nuestro yo depravado sea crucificado, muerto y enterrado, y que seamos resucitados desde la muerte del pecado y la incircuncisión de la carne a la novedad de vida en Jesucristo y en Dios, sentándonos a su diestra y siendo glorificados. Tal es el propósito de Dios para vosotros y para mí. Ahora leámoslo en Romanos 8:28:

"Sabemos que todas las cosas obran para el bien de los que aman a Dios".

¿Cómo podemos saberlo? No es sólo que él lo diga, sino que lo ha cumplido ante nuestros ojos; nos ha dado una demostración viviente de ello. Por lo tanto, ahora nos pone en ese camino. "Sabemos que todas las cosas obran para el bien de los que aman a Dios, de los que han sido llamados según su propósito". ¿Qué propósito? Su propósito eterno para toda criatura, para el ser humano y para los demás, según se propuso en Cristo Jesús Señor nuestro. Ese fue su propósito desde la eternidad en Jesucristo, y cuando estamos en él, ese propósito nos incluye a nosotros. Cuando nos sometemos a Cristo sumergiéndonos en él, venimos a ser parte de ese propósito eterno; entonces, tan ciertamente como que va a triunfar el propósito de Dios, triunfaremos con él, pues somos una parte de él. Tan ciertamente como que Satanás no puede hacer nada contra el propósito de Dios, no podrá tampoco hacerlo contra nosotros, quienes formamos parte de él. Tan ciertamente, pues, como que todo lo que hace Satanás, y todo lo que los enemigos de la verdad pueden hacer obrando contra Dios y su divino propósito... tan ciertamente como que eso no puede malograr o anular el propósito eterno,

tampoco podrá malograrnos o anularnos a nosotros que formamos parte de dicho propósito. Todo es en él, y Dios nos ha creado de nuevo en él.

Leed con atención: Dios afirma que sabemos que todas las cosas ayudan a bien a los que son llamados conforme a su propósito. ¿Por qué lo sabemos? Porque Dios ha consumado cierto acto demostrativo, permitiendo que podamos saberlo. Y lo podemos saber porque "a los que antes conoció, también los predestinó para que fueran hechos conformes a la imagen de su Hijo". ¿En qué consiste, pues, la predestinación de Dios? ¿Cuál es el designio que determinó de antemano para todo ser humano en el mundo? Porque él los ha conocido a todos; los ha llamado a todos. "¡Mirad a mí y sed salvos, todos los términos de la tierra!" (Isa. 45:22).

¿Cuál es el destino que ha preparado de antemano para todos y cada uno? –Ser hecho conforme a la imagen de su Hijo. ¿Dónde? Mientras estamos en este mundo, conformados a la imagen de su Hijo, tal como su Hijo fue en este

mundo. Ahora bien, no terminó su obra con su Hijo en este mundo: lo sacó de aquí. Así, tan ciertamente como que su propósito eterno sacó a Cristo de este mundo, ese propósito que él dispuso nos concierne más allá de este mundo, y nos saca de este mundo. Y tan ciertamente como que su propósito predestinó que seamos hechos conforme a la imagen de Jesucristo en este mundo, tal como él fue en este mundo; así también lo es el que seamos conformados a la imagen de Jesucristo en ese otro mundo, tal como él es en ese otro mundo.

El eterno propósito de Dios, preparado de antemano para cada uno de nosotros, para vosotros y para mí, es que seamos como Jesucristo, tal como él es en su estado glorificado, y a la diestra de Dios, hoy. En Cristo lo ha demostrado. En él, desde el nacimiento hasta el trono celestial, ha mostrado que ese es su propósito para todo ser humano. Ha demostrado así ante el universo que ese es su gran propósito para los seres humanos.

El ideal de Dios para el hombre no es que permanezca como está en este mundo. Imaginad al

ser humano más excelente de este mundo en su estado más elevado; imaginad al de porte más regio, al más equilibrado, al más educado, al mejor en todo respecto, al más completo en todo. ¿Es ese el ideal de Dios para el hombre? –No. Recordaréis cómo en uno de los temas precedentes vimos que el ideal de Dios para el hombre es Dios y el hombre unidos en ese nuevo hombre que es creado en Jesucristo, al ser destruida la enemistad (Bulletin, p. 193, 194, 216, 217). Ese nuevo hombre constituido por la unión de Dios y el hombre es el ideal de Dios para el hombre.

Pero considerad a ese hombre tal como está en este mundo, en la perfecta simetría de la perfección humana y unido a Dios con él de forma que sólo Dios se manifieste en él: eso aún no cumpliría la plenitud del ideal de Dios para el hombre, puesto que ese hombre permanece todavía en este mundo. El ideal de Dios para el hombre no queda cumplido hasta no haberlo situado a su diestra en los cielos, glorificado. ¡Grandes cosas son las que el Señor ha preparado para nosotros, y quiero gozarme en ellas! Sí, me propongo dar libre curso a la obra de

ese maravilloso poder, y gozar a cada paso.

Sigamos leyendo: "A los que antes conoció, también los predestinó para que fueran hechos conformes a la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos"; "No se avergüenza de llamarlos hermanos"; "El que santifica y los que son santificados, de uno son todos"; "Y a los que predestinó, a estos también llamó; y a los que llamó [aquellos en quienes se cumple el propósito del llamado, aquellos en quienes se hace efectivo. Él Señor llama fielmente a toda alma, pero su llamado no cumple su propósito en todos, sino solamente en aquellos que responden de acuerdo con el propósito del llamado], a estos también justificó; y a los que justificó [observad: no se trata de los que se justifican a sí mismos, sino de aquellos a quienes él justifica], a estos también glorificó" (Rom. 8:29 y 30; Heb. 2:11).

Podéis ver que el propósito de Dios para el hombre no queda realizado hasta tanto no se haya producido su glorificación. Jesús vino a este



mundo tal como lo hacemos nosotros: tomó nuestra naturaleza humana como nosotros, mediante el nacimiento; estuvo en este mundo en naturaleza humana –Dios tratando con naturaleza humana-; fue a la cruz y murió –Dios tratando con naturaleza humana en la cruz y en el sepulcro, y Dios resucitándolo y sentándolo a su diestra, glorificado-. Ese es su propósito eterno. Esa es la predestinación eterna de Dios, es el plan que él ha diseñado y preparado para vosotros. ¿Permitiréis que lo lleve a cabo? No está en nuestra mano el hacerlo; sólo él puede realizarlo. Ha demostrado que es capaz de hacerlo; nadie lo podrá negar. Demostró su capacidad para tomarnos y cumplir su propósito en relación con la naturaleza humana, en relación con la carne pecaminosa que hay en este mundo. Y me alegra que sea así.

Pero observad: "A los que llamó, a estos también justificó; y a los que justificó..." [¿qué fue lo siguiente que hizo?] –Los glorificó. Ahora una pregunta: Glorifica a aquellos a quienes justifica; no puede glorificarlos hasta no haberlos justificado. ¿Qué significa entonces ese mensaje especial de

justificación que el Señor ha estado enviando estos años a la iglesia y al mundo? Significa que el Señor se dispone a glorificar a su pueblo. Pero sólo en la venida del Señor seremos glorificados, por lo tanto ese mensaje especial de justificación que Dios nos ha estado enviando tiene por objeto prepararnos para la glorificación en la venida de Cristo. Dios nos está dando en esto la evidencia más inconfundible de que lo siguiente ha de ser la venida del Señor.

Él nos preparará; no podemos prepararnos a nosotros mismos. Por mucho tiempo hemos estado intentando justificarnos, hacernos justos a nosotros mismos a fin de estar preparados para la venida del Señor. Lo hemos procurado con todo el tesón necesario para poder aprobarnos a nosotros mismos y sentirnos satisfechos diciendo: ‘Ahora puedo recibir al Señor’. Pero jamás hemos alcanzado dicha satisfacción. No; no es de esa manera como se logra. A aquellos a quienes justifica, también los glorifica. Puesto que es Dios quien justifica, se trata de su propia obra; y cuando haya completado el proceso, todo estará a punto para que

encontremos al Señor, puesto que fue él quien nos preparó. Por lo tanto, confiamos en él, nos sometemos a él y tomamos su justificación; y dependiendo solamente de eso, estaremos preparados para encontrarnos con el Señor sea cuando sea que él decida enviarlo.

Así, él se está disponiendo ahora a glorificarnos. Lo repito: nos hemos estado conformando con vivir muy por debajo de los maravillosos privilegios que Dios ha preparado para nosotros. Que la preciosa verdad pueda elevarnos hasta ese lugar en el que nos quiere el Señor.

Ningún maestro tejedor contempla la pieza en la que está trabajando cuando está aún a medio terminar, para criticarla y encontrar en ella toda clase de defectos. Puede haber imperfecciones, pero todavía no está terminada, y mientras trabaja en ella para eliminar todos sus defectos, la contempla, viendo logrado en ella su propósito final según el ideal que su mente planeó.

Sería terrible si el supremo Maestro Tejedor nos mirara mientras estamos a medio camino en el proceso y dijera: ‘Esto no vale para nada’. No; no hace eso. Nos ve tal cual somos en su propósito eterno en Cristo, y avanza en su maravillosa obra. Vosotros y yo podemos mirarla y exclamar: ‘No sé de qué forma el Señor va a poder hacer de mí un cristiano, ni cómo va a prepararme para el cielo’. Puede ser así, tal como lo vemos nosotros, y si el Señor nos viera de la forma en que hacemos nosotros, si fuera un obrero deficiente como lo somos nosotros, no habría más que eso. Nunca podríamos tener valor alguno. Pero ciertamente él no es un obrero como nosotros, y por lo tanto, no nos mira tal como nos vemos nosotros. No; nos ve tal cual somos en el cumplimiento de su propósito. Aunque podamos parecer rudos, deformes y con cicatrices, tal como somos ahora y en nosotros mismos, él nos ve tal cual somos allá, en Cristo.

Él es el Operario. Al confiarnos a él le permitimos que desarrolle su obra, y a medida que avanza en ella, la verá tal como es propio en él. ¿Acaso no nos ha dado un ejemplo de su habilidad

al respecto? Dios ha puesto ante nosotros, en Cristo, la perfección de su obra en carne pecaminosa. En Cristo la ha completado, colocándola a su diestra, en su presencia. Nos dice ahora: 'Míralo. Eso es lo que soy capaz de hacer con la carne pecaminosa. Pon en mí tu confianza, permíteme obrar y observa lo que haré. Confía en mi labor, permíteme que la realice, y la llevaré a cabo'. Es el Señor quien todo lo realiza. No se trata de nuestra obra.

Podéis salir de este templo y mirar esa ventana (refiriéndose a la que había tras el púlpito) desde el exterior: sólo veréis una mezcla oscura y poco atractiva de cristales. Pero observadla desde dentro y os deleitaréis en su bella y luminosa artesanía, y ahí aparece escrito en claros caracteres: "Justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús", estando escrita la ley de Dios, y las palabras: "Aquí están los que guardan los mandamientos de Dios y la fe de Jesús".

De la misma forma, vosotros y yo podemos

mirarnos, como tan a menudo hacemos, desde el exterior, y todo parece ser deforme, oscuro y desgarrado, con la apariencia de una materia desordenada. Pero Dios nos mira desde el interior, tal como somos en Jesús. Y cuando estamos en él y miramos a través de la luz que nos ha dado; cuando miramos desde el interior, tal como estamos en Cristo Jesús, veremos también, escrito en letras claras por el Espíritu de Dios: "Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo". Veremos toda la ley de Dios escrita en el corazón y brillando en la vida, y también las palabras: "Aquí están los que guardan los mandamientos de Dios y la fe de Jesús". Todo eso lo veremos a la luz de Dios, tal como es reflejada y tal como brilla en Jesucristo.

Quiero que sepáis que eso es exactamente así. En el Bulletin –página 182, hacia el final-encontramos esta frase: "Quisiera que toda alma que aprecie las evidencias de la verdad acepte a Jesucristo como a su salvador personal". ¿No hay evidencias suficientes para que seamos salvos? ¿Las apreciáis? ¿Lo aceptáis como a vuestro

salvador personal en la plenitud en la que se ha revelado a sí mismo en el lugar en que está, y a nosotros en él? Entonces escuchad esto:

"Los que aceptan a Cristo de esa forma están guardados en Dios, no tal como están en Adán, sino tal como están en Jesucristo, como hijos e hijas de Dios" (Id., E. White)

Él nos ve tal cual estamos en Cristo, ya que en él ha perfeccionado su plan con respecto a nosotros. ¿Os alegra que así sea? Recibámoslo, hermanos. ¡Cuánto bien trae a mi alma día tras día, a medida que el Señor hace ver esas cosas! Es tan bueno para mí, como deseo que lo sea para vosotros. Recibámoslo pues en la plenitud de esa fe abnegada que Jesucristo nos ha traído. Tomémoslo y demos gracias a Dios cada día. Que obre en nosotros el poder que eso encierra, que nos resucite de los muertos y nos haga sentar a la diestra de Dios en los lugares celestiales en Jesucristo, allí donde él está sentado. ¿No debiéramos tener una reunión de oración por lo que Dios ha hecho por nosotros? Es sábado. ¿No debiéramos gozarnos en

ello? ¿Qué decís?



## Capítulo 20

# Cómo dar gloria a Dios

La primera parte de la oración de Jesús en nuestro favor, según Juan 17:4, es: "Yo te he glorificado en la tierra". En el tema precedente tratamos el propósito de Dios con respecto al ser humano -su propósito eterno-, que queda plenamente consumado en Jesucristo, en carne humana. El propósito de la existencia del hombre es la gloria de Dios, y eso se ha demostrado ante el universo en Jesucristo, puesto que ese fue el eterno propósito de Dios en Cristo, obrado en Cristo para cada uno desde la caída del hombre en el pecado. Cristo dijo: "Yo te he glorificado en la tierra". Eso muestra que el propósito en la creación del hombre es que glorifique a Dios. Lo que hoy vamos a estudiar es cómo hemos de glorificar a Dios, cómo resulta Dios glorificado en el hombre, y en qué consiste glorificar a Dios.

Cuando estudiamos a Cristo, si vemos lo que él hizo y lo que Dios hizo en él, sabremos en qué

consiste glorificar a Dios. En él encontramos el propósito de nuestra creación, de nuestra existencia, y más aún: cuál es el propósito de la creación y existencia de toda criatura inteligente en el universo.

Hemos visto en temas precedentes que sólo Dios fue manifestado en Cristo, cuando estuvo en el mundo. No fue el propio Cristo quien fue manifestado, sino que él se anonadó, vaciándose de sí mismo y viniendo a hacerse nosotros en lo concerniente a su humanidad. En él se manifestó Dios, y solamente Dios. ¿Qué es, pues, glorificar a Dios? Es estar en la situación en la que Dios -y solamente Dios- se manifieste en la persona. Y ese es el propósito de la creación y existencia de cada uno de los ángeles y de los seres humanos.

A fin de glorificar a Dios es necesario estar en la condición según la cual nadie, excepto Dios, sea manifestado, y así sucedió con Jesucristo. En consecuencia dijo: "Las palabras que yo os hablo, no las hablo por mi propia cuenta" (Juan 14:10); "He descendido del cielo, no para hacer mi

voluntad, sino la voluntad del que me envió" (Juan 6:38); "El Padre, que vive en mí, él hace las obras" (Juan 14:10); "No puedo yo hacer nada por mí mismo" (Juan 5:30); "Nadie puede venir a mí, si el Padre, que me envió, no lo atrae" (Juan 6:44); "El que me ha visto a mí ha visto al Padre; ¿cómo, pues, dices tú: 'Muéstranos al Padre'?" (Juan 14:9); "El que habla por su propia cuenta, su propia gloria busca; pero el que busca la gloria del que lo envió, este es verdadero y no hay en él injusticia" (Juan 7:18).

En consonancia con eso, afirmó: "Las palabras que yo os hablo, no las hablo por mi propia cuenta". Según acabamos de leer, el que habla por sí mismo busca su propia gloria. Pero Cristo no procuró su propia gloria, sino la del que le envió, y por eso afirmó: "Las palabras que yo os hablo, no las hablo por mi propia cuenta". Al hacer así estaba procurando la gloria del que le envió, y sabemos que él "es verdadero y no hay en él injusticia" (Juan 7:18). Hasta tal punto se vació de sí mismo, evitando toda manifestación de él en cualquier circunstancia, que la única influencia que ejerció

fue la del Padre. Fue tan literalmente cierto, que nadie podía venir a él a menos que el Padre lo atrajera. Eso muestra cuán completamente se mantuvo anonadado, vacío de sí mismo. Tanto, que nadie podía acudir a él –nadie podía sentir atracción o influencia alguna de él- a menos que fuera el Padre quien lo atrajera. La manifestación del Padre era lo único que podía llevar la persona a Cristo.

Eso ilustra el gran asunto que estamos estudiando: en qué consiste glorificar a Dios. Consiste en estar hasta tal punto vacío del yo como para que sólo Dios se manifieste, y en no ejercer influencia alguna que no sea la de Dios; consiste en vaciarse de tal modo, que toda palabra, todo cuanto se manifieste, venga únicamente de Dios y hable sólo del Padre.

"Yo te he glorificado en la tierra". Cristo estuvo en la tierra en nuestra carne humana pecaminosa; y cuando se vació de sí mismo y se anonadó, el Padre estuvo y se manifestó en él de tal forma que todas las obras de la carne resultaron negadas; y la

envolvente gloria de Dios, su carácter, su bondad, se manifestaron en lugar de cualquier rasgo humano.

Llegamos a la misma conclusión que en un tema precedente: que Dios manifestado en la carne, en carne pecaminosa, es el misterio de Dios –no es Dios manifestado en carne impecable, sino en carne pecaminosa. Eso significa que Dios morará hoy de tal modo en nuestra carne pecaminosa, que aunque se trate de carne de pecado, su pecaminosidad no va a sentirse o notarse, ni ejercerá influencia alguna sobre los demás. Significa que Dios va a morar aún en carne pecaminosa, de forma que a pesar de la pecaminosidad de esa carne, se manifestará la influencia, gloria, justicia, y carácter de Dios allí donde vaya esa persona.

Tal fue precisamente el caso con Jesús en la carne. Y Dios nos ha demostrado así a todos nosotros cómo debemos glorificarle. Ha demostrado al universo de qué forma hay que darle gloria: Dios, y Dios solamente ha de manifestarse

en toda inteligencia en el universo. Tal fue el propósito divino desde el principio, su propósito eterno en Jesucristo Señor nuestro.

Podemos ahora leerlo, aunque más adelante nos referiremos a ello de nuevo. Leeremos un texto que lo dice todo en pocas palabras. Efesios 1:9 y 10: "Él nos dio a conocer el misterio de su voluntad, según su beneplácito, el cual se había propuesto en sí mismo..." ¿Cuál es esa voluntad que se propuso en sí mismo? Siendo él el Dios eterno, habiendo dispuesto en sí mismo ese propósito, se trata de lo mismo que está expresado en otro lugar como su "propósito eterno". ¿Cuál es el propósito eterno de Dios, que se propuso en Jesucristo el Señor? "...reunir todas las cosas en Cristo, en el cumplimiento de los tiempos establecidos, así las que están en los cielos como las que están en la tierra".

Prestad atención a lo anterior y observad cómo hace Dios para "reunir todas las cosas en Cristo". ¿A quién se refiere la expresión "en sí mismo"? -A Dios. ¿Quién estaba en Cristo? -"Dios estaba en

Cristo" (2 Cor. 5:19). Sólo Dios se manifestó en Cristo. Dios moraba en él. Dios se propuso "reunir todas las cosas en Cristo... así las que están en los cielos como las que están en la tierra". Por consiguiente, su propósito "en el cumplimiento de los tiempos establecidos" es reunir en él mismo todas las cosas en Cristo. Todas las cosas que están en los cielos y en la tierra resultan reunidas en Dios, mediante Cristo -y en Cristo-, de forma que solamente Dios sea manifestado en todo el universo; así, al darse el cumplimiento de los tiempos establecidos y al consumarse el propósito eterno de Dios ante la vista del universo, se mire a donde se mire y se mire a quien se mire, se verá reflejada la imagen de Dios. Él será "todo en todos" (1 Cor. 15:28). Eso es lo que vemos en Jesucristo.

2 Cor. 4:6:

"Porque Dios, que mandó que de las tinieblas resplandeciera la luz, es el que resplandeció en nuestros corazones, para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo".

Miramos a la faz de Jesucristo. ¿Qué es lo que vemos? –Vemos a Dios, vemos al Padre. No es a Cristo, a quien vemos reflejado "en la faz de Jesucristo". Se vació de sí mismo a fin de que Dios resultara reflejado, brillando allí para el bien de los seres humanos, quienes en su carne humana jamás habrían podido resistir su presencia. La carne humana que Jesucristo tomó, a modo de velo, modificó los brillantes rayos de la gloria de Dios permitiendo que pudiéramos mirarla y vivir. No podemos mirar al rostro descubierto de Dios más de lo que podían los hijos de Israel mirar al rostro glorioso de Moisés. Por lo tanto, Jesús toma en sí mismo la carne humana y vela la resplandeciente y consumidora gloria del Padre, de forma que nosotros, mirando a su rostro, podamos ver reflejado a Dios, y podamos verlo y amarlo tal cual es, recibiendo así la vida que hay en él.

2 Cor. 3:18 expresa ese pensamiento. Por ahora me limitaré a citarlo. Antes de terminar el estudio volveremos sobre él. "Nosotros todos, mirando con el rostro descubierto y reflejando como en un



espejo la gloria del Señor..." ¿Dónde vemos la gloria del Señor? -En el rostro de Jesucristo. Pero leemos que lo vemos como a través de un espejo. ¿Cuál es la función de un espejo? El espejo no es en sí mismo una fuente de luz: lo que hace es reflejar la luz que brilla sobre él. Nosotros todos, con rostro descubierto, contemplamos en el rostro de Jesucristo, como si de un espejo se tratara, la gloria del Señor; por lo tanto, es mediante Cristo como el Padre se refleja en todo el universo.

Sólo él podía reflejar en su plenitud al Padre, puesto que "sus salidas son desde el principio, desde los días del siglo" (Miq. 5:2), y como leemos en Proverbios 8:30, "con él estaba yo ordenándolo todo". Era uno con Dios, igual a Dios, y su naturaleza es la naturaleza de Dios. Por lo tanto, una de las grandes razones por las que sólo él podía venir al mundo a salvar al hombre, es porque el Padre se quería manifestar a sí mismo plenamente a los hijos de los hombres; y nadie en el universo podía manifestar la plenitud del Padre excepto su Hijo unigénito, quien es la expresa imagen del Padre. Ningún ser creado posee la condición

necesaria para poder realizar algo así. Sólo Aquel cuyas salidas son desde los días de la eternidad puede; por consiguiente, vino, y Dios moró en él. ¿En qué medida? –En Cristo resulta reflejada "corporalmente toda la plenitud de la divinidad" (Col. 2:9). Y no lo es solamente para el bien del hombre en la tierra, sino para que en el cumplimiento de los tiempos establecidos pueda reunir en Cristo todas las cosas de los cielos y de la tierra. En Cristo, Dios se manifiesta a los ángeles y se refleja a los hombres en el mundo, de la única forma en que pueden verlo.

Así, es mucho lo que tenemos en cuanto al significado de glorificar a Dios, y en cuanto a cómo tiene lugar. Implica vaciarse de tal forma de uno mismo, que sólo Dios se manifieste en su justicia –o carácter-, que constituye su gloria. En Cristo queda revelado el propósito del Padre concerniente a nosotros. Todo cuanto sucedió con Cristo tenía por objeto dar a conocer lo que sucederá en nosotros, puesto que él era nosotros. Por lo tanto, debiéramos mantener siempre ante nosotros el gran pensamiento de que hemos de

glorificar a Dios en la tierra.

En él, y por medio de él, encontramos esa mente divina que en Cristo vació su justo yo. Mediante esa mente divina resultamos vaciados de nuestra injusticia a fin de que Dios pueda ser glorificado en nosotros, haciendo cierto en cada uno: "yo te he glorificado en la tierra" (Juan 17:4).

Leamos ahora esos dos versículos de Corintios en relación con nosotros. Los leímos con anterioridad en relación con él: "Dios, que mandó que de las tinieblas resplandeciera la luz, es el que resplandeció en nuestros corazones, para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo" (2 Cor. 4:6). Miremos ahora hacia nosotros. ¿Qué ha hecho Dios en primer lugar? -Brillar en nuestros corazones. ¿Con qué propósito? El de dar la luz del "conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo". ¿Podéis ver la manera en que Dios, a partir de la faz de Cristo, manifiesta su gloria, la cual, reflejada en nosotros, brilla también en otros? Es así como "vosotros sois la luz del mundo" (Mat. 5:14). Lo

somos debido a que la luz de la gloria de Dios, brillando a partir de Jesús en nuestros corazones, resulta reflejada –resplandece- hacia otros, de forma que quienes nos rodean, viendo nuestras buenas obras, glorifiquen a Dios en "el día de la visitación" (1 Ped. 2:12), para que "glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos" (Mat. 5:16).

Estudad el proceso. El Padre mora en luz inaccesible para cualquier ser humano. Nadie lo vio jamás, ni puede verlo. Mora en una gloria tal, en un fulgor de tal santidad consumidora, que ningún ser humano puede mirarlo y seguir vivo. Pero el Padre quiere que lo miremos y vivamos; por lo tanto, el Unigénito del Padre se ofreció voluntariamente como un don, viniendo a ser nosotros en carne humana, de forma que en él el Padre pudiera velar su gloria consumidora y los rayos de su esplendor, y permitiendo que pudiéramos mirar y vivir. Cuando miramos allí y vivimos, brilla en nuestros corazones esa gloria resplandeciente desde la faz de Jesucristo, siendo reflejada al mundo.

Leamos una vez más el último versículo del capítulo tercero: "Por lo tanto, nosotros todos, mirando con el rostro descubierto y reflejando como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en su misma imagen..." ¿La imagen de quién? –La de Jesucristo. "Somos transformados de gloria en gloria en su misma imagen, por la acción del Espíritu del Señor". Jesucristo reflejaba la imagen de Dios; nosotros, transformados a su misma imagen, reflejaremos la imagen de Dios.

Así dice la traducción de ese texto en la Biblia en alemán: "Pero ahora resulta reflejada en nosotros toda la gloria del Señor". Ambas ideas son correctas. Vemos la gloria en la faz de Cristo, y somos transformados en la misma imagen de gloria en gloria, siendo reflejada igualmente en nosotros la gloria del Señor.

Ahora leeré el resto del versículo en la versión alemana de la Biblia: "Pero ahora resulta reflejada en nosotros toda la gloria del Señor a rostro descubierto; y somos glorificados en la misma

imagen de gloria en gloria, como por el Señor, quien es Espíritu". El Señor es el Espíritu, tal como afirma el versículo precedente.

Podéis ver que todo consiste en que Dios sea glorificado en nosotros; que seamos glorificados por esa gloria, y que pueda ser reflejada a todo ser humano por doquier, a fin de que creyendo, pueda glorificar a su vez a Dios.

Observad ahora nuevamente Juan 17:22, que vuelve a referirse a lo mismo. Leeré los versículos 4 y 5:

"Yo te he glorificado en la tierra; he acabado la obra que me diste que hiciera. Ahora pues, Padre, glorifícame tú al lado tuyo, con aquella gloria que tuve contigo antes que el mundo existiera"

Y a continuación el 22: "Yo les he dado la gloria que me diste, para que sean uno, así como nosotros somos uno". Nos la ha dado. Es nuestra posesión. Pertenece a todo aquel que cree en Jesús. Cuando nos entregamos a él, nos proporciona esa

mente divina que nos vacía de nosotros mismos, de forma que es Dios –en Cristo- quien brilla en nuestros corazones: resulta reflejada su propia gloria, su propia imagen divina. Y eso se ha de cumplir con una perfección tal, que cuando regrese se verá a sí mismo en cada uno de los creyentes. "Se sentará para afinar y limpiar la plata" (Mal. 3:3).

Recurramos a los fenómenos naturales, a fin de comprenderlo mejor. El sol brilla en el firmamento. Nos gustaría poder mirar al sol, y verlo tal como es. Pero si lo miramos directamente, aunque sea por un instante, cegará nuestra vista de tal forma que nos tomará tiempo recuperar la visión normal. No podemos, pues, mirar al sol y ver sin más las glorias que contiene. El sol posee gloria y belleza que alumbra los cielos. Si tomáis un prisma de cristal, con sus tres caras y aristas, y lo sometéis a la luz solar, sus rayos, atravesándolo, se reflejarán en la pared o el objeto que sea, de forma que podréis apreciarlos. En ese reflejo estaréis viendo al sol tal como es. ¿Cómo llamamos al espectro de color resultante? –Arco iris. ¿Conocéis algo más

bello que el arco iris? No cabe imaginar una combinación más sublime que el fundido de colores en que se descompone la luz blanca. Pero ese arco iris no es realmente otra cosa que el propio sol, con su gloria dispuesta de una forma en que podemos mirarla, apreciando su belleza. El sol posee en él mismo toda su gloria, pero no podemos apreciarla allí. No está a nuestro alcance mirarlo y verla. Su brillo excede en mucho las capacidades de nuestro órgano visual. Pero el prisma capta esa gloria y la traduce en rayos que sí podemos apreciar, lo que nos permite ver el sol como no podríamos hacer de otra manera. Pero observad: al contemplar el arco iris, no estamos viendo el prisma, sino el sol. Vemos la gloria que hay en él, la que esparce en brillantes rayos por el cielo. Mirándolo directamente no podemos verlo tal cual es, pero mirando a sus reflejos vemos la gloria del sol de forma que deleita nuestra vista.

Pues bien, Dios resplandece infinitamente más que el sol. Si el sol nos deslumbra, aún en una mirada fugaz, ¿qué no haría la inmensa gloria del Señor con nuestros ojos mortales y pecaminosos?



Ciertamente nos consumiría. Por lo tanto, no podemos verlo tal cual es, en la plenitud de su gloria no velada; nuestra naturaleza es incapaz de resistir esa visión. Pero él quiere que veamos su gloria. Es su deseo que la vea todo el universo; por lo tanto, Jesucristo se coloca entre el Padre y nosotros, y el Padre hace que se manifiesta en él toda su gloria; y al brillar desde su rostro, su gloria resulta reflejada de tal forma que podemos mirarla, y es tal su belleza que nos deleitamos en ella. Somos así capacitados para ver a Dios tal cual es. En Jesucristo no vemos nada que no esté en Dios en el pleno resplandor de su gloria descubierta.

El sol brilla día tras día en los cielos, dando a conocer sus glorias a los hijos de los hombres. Todo cuanto el sol necesita para mostrar ante nosotros sus glorias en su singular belleza, es un prisma -un medio en el que el brillo de su gloria sufra una transformación llamada refracción-, y una superficie en donde se puedan reflejar los rayos resultantes de la refracción producida por ese prisma. Si disponéis del prisma y de la superficie adecuada, podréis ver el arco iris en el sol de cada

día.

Podéis tener igualmente la manifestación de la gloria de Dios cada día del año, siempre que mantengáis a Jesucristo ante vuestra vista, a modo de bendito prisma que refracta los brillantes rayos de la gloria de Dios, y a vuestro "yo" presentado ante Dios de la forma en que él desea, a fin de que resulten reflejados esos rayos. Al suceder así, no solamente vosotros, sino también otros, verán constantemente la gloria de Dios. Todo cuanto necesita Dios a fin de que el hombre pueda ver y conocer su gloria, es un prisma a través del cual brille. En Jesucristo eso queda plenamente garantizado. Necesita también algún material en donde puedan caer y ser reflejados esos rayos que atravesaron el prisma, a fin de hacerlos visibles para las personas. ¿Os prestaréis para que brillen sobre vosotros esos rayos de la gloria de Dios, tal como resplandecen a través del bendito prisma que es Jesucristo? Permitid que esos rayos de la gloria de Dios caigan sobre vosotros a fin de que los hombres, mirándoos, puedan ver reflejada la gloria de Dios. Eso es lo que se requiere de nosotros.

Otro pensamiento: Tomad el prisma y mantenedlo frente al sol, de forma que los rayos refractados caigan sobre una pared de la casa. Contemplad entonces el bello reflejo del arco iris resultante. Pues bien, esa pared no es más que barro, yeso, piedra, etc. ¿Puede el barro manifestar la gloria del sol? ¿Es posible que el sol resulte glorificado en ese barro? -¡Ciertamente! ¿Puede el barro reflejar los brillantes rayos del sol, haciendo que se manifiesten en su belleza? ¿Cómo puede el barro lograr eso? No porque haya en él virtud alguna: ¡la virtud está en la propia gloria! Podéis sostener el prisma ante el sol, permitiendo que los rayos sean reflejados en tierra. Esa tierra manifestará entonces la gloria del sol, no porque posea en ella misma gloria alguna, sino en virtud de la gloria del sol.

¿No podemos, pues, ver que carne pecaminosa como la nuestra, indignos polvo y ceniza que somos, podemos manifestar la gloria del Señor recibida a través de Jesucristo –la gloria del Señor brillando de la faz de Jesucristo? Es bien cierto que

somos polvo; podemos ser los últimos de la tierra, y tan pecadores como cualquier ser humano; pero poneos simplemente allí y dejad que brille en vosotros esa gloria, tal como Dios ha dispuesto que suceda, y entonces glorificaréis a Dios. ¿Cuántas veces no se ha formulado la desesperanzada pregunta: ‘¿Cómo es posible que alguien como yo glorifique a Dios?’ Querido hermano y hermana: no está en ti, sino en la gloria. No es en ti donde se encuentra la virtud que la hace brillar, como tampoco es el barro quien hace brillar el arco iris. Nuestra asignación consiste en proveer el lugar en que se haga visible esa gloria, brillando en bellos rayos reflejados de la gloria de Dios. La virtud no está en nosotros, sino en la gloria. Es así como glorificamos a Dios.

El que Dios sea glorificado en Cristo demanda la negación del yo. La mente de Cristo efectúa eso, y Dios resulta glorificado. Aunque hayamos sido pecaminosos toda nuestra vida, y aunque la nuestra sea carne de pecado, Dios resulta glorificado, no por mérito alguno que haya en nosotros, sino por el mérito que hay en la gloria. Y ese es el propósito

por el cual Dios creó a todo ser en el universo: para que toda criatura sea un medio de reflejar, y dé a conocer el resplandor de la gloria del carácter de Dios tal como es revelada en Jesucristo.

En cierta ocasión hubo uno que resplandecía tan brillantemente con la gloria del Señor, que comenzó a atribuirse a sí mismo el mérito, y se propuso brillar por y para sí mismo, glorificándose de esa forma a sí mismo y reflejando su propia luz. Pero desde entonces no ha vuelto jamás a brillar con auténtica luz. Todo han sido tinieblas. De hecho, ese fue el origen de las tinieblas en el universo. Y el resultado ha sido, desde el principio hasta el final, simplemente el fruto de aquel esfuerzo por manifestar el yo, por glorificarse a sí mismo. El final de todo eso es perecer y terminar en la nada.

Glorificar el yo significa terminar en la nada, dejar de existir. Glorificar a Dios significa permanecer por la eternidad. El propósito por el que creó a los seres humanos es para que lo glorifiquen. Aquel que así lo hace, seguirá

existiendo por toda la eternidad. Dios quiere seres como esos en el universo. A todo ser humano se presenta el dilema: 'Ser, o no ser; esa es la cuestión'. ¿Será nuestra opción la de existir y glorificar a Dios por la eternidad? ¿O bien elegiremos glorificar al yo por un breve tiempo, y desaparecer después en las tinieblas eternas? A la vista de lo que Dios ha hecho, no habría de ser difícil elegir lo correcto, ¿no os parece? ¿No será nuestra elección, hoy y por siempre, seguir solamente el camino de Dios, eligiendo glorificarlo a él, y sólo a él?

Consideremos más sobre lo que implica. Leemos en Juan 12:23:

"Jesús les respondió diciendo: -Ha llegado la hora para que el Hijo del hombre sea glorificado"

Versículo 27:

"Ahora está turbada mi alma, ¿y qué diré? ¿Padre, sálvame de esta hora? Pero para esto he llegado a esta hora"

¿Qué dijo a continuación? "Padre, glorifica tu nombre". Se encontraba a la sombra del Getsemaní. Sabía que había llegado la hora, y no ignoraba lo que eso implicaba. Un gran pesar oprimía y torturaba su alma divina: "¿Qué diré? ¿Padre, sálvame de esta hora?" ¡Había venido precisamente para esa hora!, por lo tanto, lo único que debía decir al llegar esa hora para la que había venido, es: "Padre, glorifica tu nombre". Vino a continuación su agonía en Getsemaní, la cruz, y la muerte. Pero en esa entrega demostrada por la expresión: "Padre, glorifica tu nombre", estaba el paso decisivo que le dio la victoria en Getsemaní, en la cruz, y también sobre la muerte.

Allí estuvo su victoria, y vosotros y yo nos vamos a encontrar en ese lugar en más de una ocasión. De hecho ya hemos estado allí, cada vez que se ha requerido de nosotros que tomemos esa decisión. Es una experiencia por la que hemos de pasar, y al venir de la forma en que vendrá, y visto desde nuestra óptica, nos sentiremos tentados a exclamar: '¡Oh!, ¿tengo que soportar todo eso?,

¿no es más de lo que Dios requiere del ser humano?’ ‘Ahora está turbada mi alma, ¿y qué diré? ¿Padre, sálvame de esta hora?’ ¿Quién os ha conducido a esa hora? ¿Quién os ha enfrentado cara a cara con la dificultad? ¿Cómo llegasteis hasta allí? El Padre nos conduce; él nos llevó a ese lugar. Por lo tanto, cuando bajo su mano llegamos al punto en el que parece que soportar eso haya de significar algo así como arrancarle a uno el alma, ¿qué diré? ‘¿Padre, sálvame de esta hora’, siendo que he llegado a esta hora por su voluntad? Él me ha conducido aquí con un propósito. No puedo saber cuál es la experiencia que me tiene reservada, más allá de lo dicho. Puedo no saber cuál es el divino propósito en esa prueba, pero una cosa sé: he elegido glorificar a Dios. He decidido que en mí sea glorificado Dios, y no yo mismo; que voy a seguir su camino y no el mío. Así pues, no podemos decir: ‘Padre, sálvame de esta hora’. Lo único que podemos hacer es inclinarnos en sumisión; lo único que podemos decir es: "Padre, glorifica tu nombre". Es posible que inmediatamente después tenga lugar el Getsemaní y también la cruz; pero hay victoria en ese



Getsemaní, hay victoria en la cruz, y en todo cuanto pueda venir.

Es ciertamente así, pues Dios no nos deja sin su palabra. Leed ahora conmigo:

"¿Qué diré? ¿Padre, sálvame de esta hora? Pero para esto he llegado a esta hora. Padre, glorifica tu nombre. Entonces vino una voz del cielo: ‘Lo he glorificado, y lo glorificaré otra vez’"

Esa palabra está ahí para vosotros y para mí en cada prueba, puesto que "Yo les he dado la gloria que me diste" (Juan 17:22). Nos pertenece. Él va a ver cómo se refleja en -y a través- de nosotros, a fin de que los hombres sepan que Dios se manifiesta aún en la carne. ¿Cuál va a ser, pues, nuestra elección? Tomadla de una vez y para siempre. Se trata de ser, o de no ser. ¿Cuál elegiréis? ¿Ser –existir-? Eso significa glorificar a Dios. El único propósito de la existencia en el universo es glorificar a Dios. Por lo tanto, la elección de existir es la elección de glorificar a Dios, y esa elección es la de vaciarse y deshacerse

del yo, de forma que sólo Dios aparezca y se manifieste.

Así, cuando todo queda cumplido, el capítulo 15 de 1ª de Corintios presenta la gran consumación (vers. 24-28):

"Luego el fin, cuando entregue el Reino al Dios y Padre, cuando haya suprimido todo dominio, toda autoridad y todo poder. Preciso es que él reine hasta que haya puesto a todos sus enemigos debajo de sus pies. Y el postrer enemigo que será destruido es la muerte, porque todas las cosas las sujetó debajo de sus pies. Y cuando dice que todas las cosas han sido sujetadas a él, claramente se exceptúa aquel que sujetó a él todas las cosas. Pero, luego que todas las cosas le estén sujetas, entonces también el Hijo mismo se sujetará al que le sujetó a él todas las cosas, para que Dios sea todo en todos"

Dios lo será todo en vosotros, lo será en mí; será todo en todos mediante Jesucristo. Vemos ahí la consumación del plan. Consiste en que todo el universo, con todo lo que contiene, refleje a Dios.

Tal es el privilegio que Dios ha concedido a todo ser humano y criatura en el universo. Lucifer y multitudes que lo siguieron, rehusaron ese privilegio. Los hombres lo rehusaron. ¿Qué vamos a hacer vosotros y yo? ¿Aceptaremos el privilegio?

Veamos si podemos hacernos una idea de su magnitud. ¿Cuál fue el precio requerido para otorgarnos ese privilegio? ¿A qué costo se logró? – El precio infinito del Hijo de Dios.

Pregunto ahora: ¿Fue ese don solamente por treinta y tres años y medio? Dicho de otra manera: Habiendo habitado en la eternidad desde antes de venir a este mundo, ¿vino Jesús a este mundo de la forma en que lo hizo solamente por treinta y tres años, regresando después de la forma en que existía con anterioridad para continuar así durante toda la eternidad? ¿Se trató de un sacrificio limitado a treinta y tres años, o se trató de un sacrificio eterno? Cuando Jesucristo dejó el cielo, se vació de sí mismo y se sumergió en nosotros. ¿Por cuánto tiempo fue? Esa es la cuestión importante. Y la

respuesta es que lo hizo por la eternidad. El Padre nos dio a su Hijo, y Cristo se nos dio a nosotros por la eternidad. Nunca jamás volverá a ser en todos los respectos como fue antes. Se dio a sí mismo a nosotros.

No voy a intentar definir ese concepto. Me limitaré a leer un párrafo del "Espíritu de Profecía" al respecto, a fin de que podáis saber que es así, y que estamos sobre terreno firme. Tomadlo como la bendita verdad que es, y dejad a Dios y a la eternidad las explicaciones. Esta es la palabra:

"'Porque de tal manera amó Dios al mundo que dio a su Hijo unigénito'. Lo dio, no sólo para que viviese entre los hombres, llevase los pecados de ellos y muriese para expiarlos, sino que lo dio a la raza caída. Cristo debía identificarse con los intereses y las necesidades de la humanidad. El que era uno con Dios se vinculó con los hijos de los hombres mediante lazos que jamás serán quebrantados" (El Camino a Cristo, p. 14).

¿Dónde se vinculó con nosotros? –En nuestra

carne, en nuestra naturaleza. ¿En qué medida se vinculó con nosotros? "Mediante lazos que jamás serán quebrantados". ¡Agradezcamos por ello al Señor! Sumergió la naturaleza de Dios que poseía desde antes que existiera el mundo, y tomó nuestra naturaleza para llevarla ya por siempre jamás. Tal es el sacrificio que gana el corazón de los seres humanos. Si su sacrificio hubiera consistido, tal como muchos pretenden, en un hecho confinado al período de treinta y tres años, para morir entonces sobre la cruz y regresar a la eternidad en todo respecto tal como era antes, se podría argüir que en vista de la eternidad precedente y de la subsiguiente, algo que dure treinta y tres años no es al fin y al cabo ningún sacrificio infinito. Pero cuando consideramos que sumergió su naturaleza en nuestra naturaleza humana por toda la eternidad, ahí tenemos un auténtico sacrificio. Así es el amor de Dios, y ningún corazón podrá ponerle objeciones. Nada cabe argumentar en su contra. Sea que el corazón lo acepte o que no, sea que lo crea o no el ser humano, el hecho encierra un poder que subyuga, y demanda del corazón el silencio reverente que caracteriza lo sublime.

Tal es la naturaleza de su sacrificio. Sigo leyendo:

"El que era uno con Dios se vinculó con los hijos de los hombres mediante lazos que jamás serán quebrantados. Jesús 'no se avergüenza de llamarlos hermanos' (Heb. 2:11). Es nuestro sacrificio, nuestro Abogado, nuestro Hermano, que lleva nuestra forma humana delante del trono del Padre, y por las edades eternas será uno con la raza a la cual redimió: es el Hijo del hombre" (Id.)

Ese fue el costo: el sacrificio eterno de Aquel que era uno con Dios. Tal fue el costo de otorgar al ser humano el privilegio de glorificar a Dios.

Otra pregunta en este punto: ¿Era ese privilegio digno del sacrificio requerido?, ¿o bien se pagó el precio a fin de crear el privilegio? Consideradlo con atención. ¿Cuál es el privilegio? Hemos visto que lo que se puso al alcance de toda persona es la capacidad de glorificar a Dios. ¿Qué se requirió para obtener ese privilegio? El sacrificio infinito

del Hijo de Dios. ¿Hizo el sacrificio para crear el privilegio, o bien existía ya el privilegio y era digno del sacrificio?

Sé que es una reflexión nueva para muchos de vosotros, pero no la temáis. Es una sana reflexión. Prestadle atención y consideradla. Lo repetiré una vez más, pues vale sobradamente la pena. Desde que descubrí el bendito hecho de que el sacrificio del Hijo de Dios es un sacrificio eterno, y de que todo fue por mí, tengo siempre en mi mente la necesidad de caminar ante el Señor humildemente, en actitud de profunda e incesante reverencia.

Repito la pregunta: ¿Creó por primera vez el privilegio al realizar el sacrificio, o bien había existido ya previamente dicho privilegio, lo perdimos, y fue digno del sacrificio que hizo para poder restaurarlo en nuestro favor?

¿Quién es capaz de cuantificar la magnitud del privilegio que Dios nos otorga en la bendición de poder glorificarlo? No hay mente capaz de abarcarlo. Se trata de un privilegio que sólo cabe

medir a la luz del sacrificio sublime y eterno que lo hizo posible. Como bien exclamó David, asombrado ante esas maravillas: "Tal conocimiento es demasiado maravilloso para mí; ¡alto es, no lo puedo comprender!" (Sal. 139:6), y "En la multitud de mis pensamientos íntimos, tus consolaciones alegraban mi alma" (Sal. 94:19).

"Indiscutiblemente, grande es el misterio de la piedad: Dios fue manifestado en carne" (1 Tim. 3:16). El Hijo del hombre fue recibido en gloria, y eso significa nosotros. En ello nos trajo el privilegio infinito de glorificar a Dios.

El privilegio es digno del precio infinito que pagó para obtenerlo. Jamás habríamos podido comprender la magnitud de ese privilegio, pero Dios lo consideró; Jesucristo consideró el privilegio de darle gloria. Y viéndolo, y considerando la situación en la que nos encontrábamos, dijo: 'Es digno del precio', y añadió: 'Yo pagaré ese precio'. Y Dios amó al mundo de tal manera, que dio a su Hijo unigénito, y con ello obtuvo en nuestro favor el privilegio de



que podamos glorificar a Dios.

## Capítulo 21

# Sin secretos

Seguimos con el estudio de aquello que es nuestro en Cristo. No debemos olvidar que el Señor nos ha resucitado, y que en Cristo nos ha hecho sentar a su diestra en la existencia celestial. Gracias a Dios por morar allí, en su glorioso reino. Continuamos estudiando lo que tenemos en él, allí donde él está, y cuáles son los privilegios y bendiciones que en él nos pertenecen.

Esta tarde comenzamos el estudio en Efesios 2:11, 12 y 19:

"Por tanto, acordaos de que en otro tiempo vosotros, los gentiles en cuanto a la carne, erais llamados incircuncisión por la llamada circuncisión hecha con mano en la carne. En aquel tiempo estabais sin Cristo, alejados de la ciudadanía de Israel y ajenos a los pactos de la promesa, sin esperanza y sin Dios en el mundo.

Por eso, ya no sois extranjeros ni forasteros, sino conciudadanos de los santos y miembros de la familia de Dios"

Se nos ha cambiado radicalmente de lugar y condición. Me alegra que así sea. Todo se realiza en Cristo. Ese cambio en nosotros, tiene lugar en Cristo, puesto que "él es nuestra paz" (Efe. 2:14).

"Pero ahora en Cristo Jesús, vosotros que en otro tiempo estabais lejos, habéis sido hechos cercanos por la sangre de Cristo. Él es nuestra paz, que de ambos [Dios y nosotros] hizo uno, derribando la pared intermedia de separación, aboliendo en su carne las enemistades... para crear en sí mismo de los dos un solo y nuevo hombre, haciendo la paz... porque por medio de él los unos y los otros [vosotros que estabais lejos y los que estáis cerca] tenemos entrada por un mismo Espíritu al Padre. Por eso [porque en él tenemos acceso al Padre], ya no sois extranjeros ni forasteros, sino conciudadanos de los santos y miembros de la familia de Dios".

En Cristo no somos ya más extranjeros ni forasteros, ni siquiera somos huéspedes; nuestra relación es más próxima que esa.

Leemos de nuevo Efesios 2:19:

"ya no sois extranjeros ni forasteros, sino conciudadanos de los santos y miembros de la familia de Dios"

Un huésped visitante no pertenece a la familia; es bienvenido, pero viene y se va. En contraste, el que pertenece a la familia viene y se queda. No viene como huésped visitante, sino como el que pertenece a la casa o familia.

Hasta aquí el texto presenta el contraste entre lo que fuimos y lo que somos; pero hay otros pasajes que nos acercan todavía más. En Gálatas 4, comenzando con el versículo 1, podéis ver la diferencia:

"Entre tanto que el heredero es niño, en nada difiere del esclavo, aunque es señor de todo, sino

que está bajo tutores y administradores hasta el tiempo señalado por el padre. Así también nosotros, cuando éramos niños estábamos en esclavitud bajo los rudimentos del mundo. Pero cuando vino el cumplimiento del tiempo, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer y nacido bajo la Ley, para redimir a los que estaban bajo la Ley, a fin de que recibiéramos la adopción de hijos. Y por cuanto sois hijos, Dios envió a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo, el cual clama: ‘¡Abba, Padre!’ Así que ya no eres esclavo"

No estamos en la casa como esclavos. Somos siervos de Dios, eso es cierto, y rendimos servicio al Señor. Pero lo que ahora estamos considerando es nuestra relación con Dios, y el lugar que nos asigna en la familia.

El Señor nos concede una relación consigo mismo más cercana que la de un siervo en una casa. No estamos en la familia celestial como siervos, sino como hijos.

"Así que ya no eres esclavo, sino hijo; y si hijo,

también heredero de Dios por medio de Cristo". La noción que aquí se nos da es la de hijo, incluso la de hijo único. Todas las propiedades incluidas en la herencia pasarán de los padres a él de forma natural; ahora bien, siendo todavía niño, está sujeto a tutores y administradores, y se lo guía y educa de acuerdo con la voluntad del padre hasta haber alcanzado una edad en la que éste lo llame a una relación más íntima con él en los asuntos de la familia, y en los negocios y asuntos de estado. Mientras que el heredero permanece en su niñez, nada sabe de los asuntos y negocios del estado. Tiene otras cosas que aprender, antes de ser llevado a esa relación más próxima con su padre; pero una vez que ha recibido la preparación que su padre dispuso, y una vez que ha alcanzado la edad adecuada, el propio padre lo trae a una relación más próxima consigo mismo, comunicándole todo lo relativo a sus negocios. Puede hacerlo participante en el negocio, permitiéndole que administre junto a él mismo.

Consideremos ahora Juan 15:13-15. Es Cristo quien habla: "Nadie tiene mayor amor que este,

que uno ponga su vida por sus amigos. Vosotros sois mis amigos si hacéis lo que yo os mando. Ya no os llamaré siervos". "El esclavo no queda en la casa para siempre; el hijo sí queda para siempre" (Juan 8:35). Existe una buena razón por la que Jesús ya no nos llama siervos: hemos de morar en su casa por siempre. Pertenece a ella; allí está nuestro lugar. "Ya no os llamaré siervos", 'os llamo hijos, pues el hijo permanece en la casa para siempre. Anteriormente fuimos extranjeros y forasteros. Nos hizo más cercanos que a un huésped, y mucho más que a un extranjero. Y nos hizo más cercanos incluso que a un siervo, quien puede esperar permanecer en la casa por tanto tiempo como viva. Nos hizo aún más cercanos que al niño heredero que espera hasta alcanzar la edad viril. Nos acerca mucho más, hasta la categoría de amigos e hijos en edad de posesión, trayéndonos a los concilios que él mismo preside como dueño y cabeza de toda la propiedad.

Leamos el resto del versículo: "Ya no os llamaré siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor; pero os he llamado amigos". No nos

llama siervos, pues un siervo ignora lo que hace su amo. Nos llama amigos, pues no nos excluye de nada. Jesús dice: 'No os llamo siervos, puesto que un siervo no sabe lo que hace su amo; os llamo de otra forma: os llamo amigos'. ¿Por qué? "Porque todas las cosas que oí de mi Padre, os las he dado a conocer".

Veis, pues, cuál es su propósito al traernos hasta los propios concilios de su casa. No tiene secretos hacia nosotros. No es su propósito el ocultarnos nada. Ahora bien, eso no significa que vaya a hacérselo saber todo en un solo día. No puede hacer eso, pues carecemos de la capacidad para asimilarlo en tales condiciones, pero permanece su afirmación de habernos manifestado todas las cosas que oyó de su Padre. Nos da la bienvenida al conocimiento de todas ellas, pero nos concede tiempo para que podamos recibir su verdad. ¿Cuánto tiempo? –La eternidad, una vida eterna. Le respondemos: 'Adelante, Señor; tómate el tiempo que dispongas. Haznos saber tu voluntad; estamos deseosos de aprender de ti'.



Volvamos ahora a Efesios. Leamos en el capítulo 1, versículos 3 al 9:

"Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo, según nos escogió en él antes de la fundación del mundo, para que fuéramos santos y sin mancha delante de él. Por su amor, nos predestinó para ser adoptados hijos suyos por medio de Jesucristo, según el puro afecto de su voluntad, para alabanza de la gloria de su gracia, con la cual nos hizo aceptos en el Amado. En él tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados según las riquezas de su gracia, que hizo sobreabundar para con nosotros en toda sabiduría e inteligencia. Él nos dio a conocer el misterio de su voluntad, según su beneplácito, el cual se había propuesto en sí mismo".

"Nos dio a conocer el misterio de su voluntad". "Misterio" tiene el significado de algo oculto, encubierto o secreto. Pero queremos profundizar y descubrir de qué secreto se trata. José de Arimatea era discípulo del Señor, pero lo era secretamente –

por temor a los judíos-. Toda familia posee sus secretos. Pertenecen exclusivamente a aquel hogar. El extraño no tiene acceso a ellos. El visitante puede ir y venir, pero no le es dado acceder al conocimiento de tales intimidades. Son esos secretos entre esposo, esposa e hijos; aquello que los concierne de forma particular, y que está contenido dentro de ese sagrado círculo. Pues bien, Jesús nos ha traído a su hogar y nos ha hecho conocer los secretos de su voluntad, las intimidades de su hogar celestial. El Señor nos lleva a una relación tan íntima como para compartir con nosotros los secretos de familia. Ni siquiera de eso nos excluye.

Hay otro versículo que podemos leer. Observad: Hay asuntos en esa divina familia, hay secretos, que vienen desde muy antiguo, desde mucho antes que ingresáramos en la familia. Éramos extraños a esa familia, no teniendo relación alguna con ella. Pero el Señor nos llamó, y vinimos; y ahora nos ha adoptado en la familia, trayéndonos a esa estrecha relación consigo en la que se propone hacernos participantes de todos los

secretos de la familia. A fin de poder realizarlo, como ya vimos anteriormente, necesitamos mucho tiempo de permanencia allí, y él necesita mucho tiempo debido a nuestra limitada capacidad, en contraste con su gran riqueza.

Más aún: necesitamos que nos lo haga saber uno que esté perfectamente familiarizado con todos los asuntos de familia desde el principio. ¿Hay alguien en la familia que conozca plenamente todos los asuntos internos desde el principio, y que esté en disposición de hacérselos saber? Leamos en Proverbios 8, desde el versículo 22:

"Jehová me poseía en el principio, ya de antiguo, antes de sus obras. Eternamente tuve la primacía, desde el principio, antes de la tierra. Fui engendrada antes que los abismos, antes que existieran las fuentes de las muchas aguas. Antes que los montes fueran formados, antes que los collados, ya había sido yo engendrada, cuando él aún no había hecho la tierra, ni los campos, ni el principio del polvo del mundo. Cuando formaba los cielos, allí estaba yo; cuando trazaba el círculo

sobre la faz del abismo, cuando afirmaba los cielos arriba, cuando afirmaba las fuentes del abismo, cuando fijaba los límites del mar para que las aguas no transgredieran su mandato, cuando establecía los fundamentos de la tierra, con él estaba yo ordenándolo todo"

Pues bien, ese es el mismo que os ha dicho a vosotros y a mí: 'No os llamo siervos, sino amigos; ya que el siervo no sabe lo que hace su Señor, y yo os he dado a conocer todas las cosas que el Padre me hizo conocer'. Y se trata de Aquel que estuvo junto a él desde los días de la eternidad. Nos dice ahora: 'Os llamo amigos, puesto que os he manifestado todo lo que el Padre me mostró'. No es solamente que nos conceda el tiempo necesario para hacernos saber esas cosas, y no es sólo que él se tome el tiempo para que pueda ser así; además, es él quien está perfectamente calificado para comunicarlas a nosotros, por haber estado allí desde el principio. Conoce todos esos asuntos, y afirma que no quiere retener nada de nuestro conocimiento. Hermanos, eso significa que tiene una gran confianza en nosotros. Os voy a leer algo

que me llegó desde Australia en el último correo, y sin duda reconoceréis a qué pluma corresponde:

"El ser humano no sólo es perdonado por el sacrificio expiatorio, sino que mediante la fe es acepto en el Amado. Regresando a su lealtad a Dios, cuya ley transgredió, no es meramente tolerado, sino honrado como un hijo de Dios y miembro de la familia celestial. Es heredero de Dios, y coheredero con Jesucristo"

Pero ¿nos resulta tan natural el pensar que simplemente nos tolera, cuando creemos en Jesús! Nos parece como si forzándose a sí mismo pudiera llegar a soportar nuestros caminos un poco más de tiempo, en la esperanza de que mejoremos hasta el punto de poder agradarle, permitiendo así que confíe en nosotros. Nos resulta muy fácil pensar de esa manera. Y Satanás está más que dispuesto a procurar que esa sea nuestra mentalidad.

Pero el Señor no quiere que vacilemos en la duda acerca de nuestra posición ante él. De ninguna forma. Nos dice: 'Siendo que habéis

creído en mí y que me habéis aceptado, sois aceptos en mí. No es mi propósito simplemente el toleraros, o sufriros. No. Confiaré en vosotros como en verdaderos amigos, haciéndoos entrar en los concilios de mi voluntad y dándoos participación en todo lo relativo a la herencia. Nada hay que me vaya a ocultar de vuestro conocimiento'. Eso es confianza.

He oído a algunos expresar cuán agradecidos están por la confianza que tienen en el Señor. Nada tengo que objetar a ello, pero el que yo tenga confianza en un ser como el Señor no tiene nada de meritorio, ni me hace digno de alabanza alguna. No hay nada de qué jactarse, teniendo en cuenta quién soy yo y quién es él. Pero en contraste, ¡es absolutamente admirable que el Señor ponga en mí su confianza! ¡Eso sí que es maravilloso! A la vista de lo que él es y de lo que fui yo, el que él me enaltezca y me haga saber claramente lo que se propone hacer conmigo, cuán estrechamente me trae hasta sí y cuánta confianza pone en mí, eso sí que es extraordinario. Se lo vea de la forma que sea, el hecho de que Dios confíe en mí es algo

grandioso, algo que me hace estarle infinita y continuamente agradecido. Ya es maravilloso que el Señor deposite en nosotros su confianza en el grado que sea, pero lo cierto es que lo hace de forma ilimitada.

A partir de los textos comentados podéis ver que no hay límite a la confianza que él pone en nosotros. ¿Cuál es el límite de la confianza que un hombre pone en un amigo a quien trae a su casa, convirtiéndolo en uno de la familia y haciéndolo participante de los secretos de esa familia? Observaréis que el que alguien sea bienvenido y se le de libre acceso a los secretos de familia constituye el grado mayor de confianza y amistad posibles hacia un ser humano. Es la demostración de que la confianza en él depositada es ilimitada. Bien; pues esa es precisamente la forma en que el Señor trata a quien cree en Jesús.

La persona puede traicionar esa sagrada confianza, pero eso no altera el hecho de que se confió en ella de forma ilimitada. Así pues, podemos fallar en apreciar la confianza que Dios

ha puesto en nosotros. El hombre puede ciertamente traicionar esa sagrada confianza; pero el punto a destacar es que Dios no pregunta si vamos o no a proceder así. No nos trata con sospecha y desconfianza; no es simplemente que nos tolere. No. Dice: "Venid a mí". 'Eres acepto en el Amado. Confío en ti. Ven, seamos amigos. Ven a casa; es tu casa. Siéntate a la mesa y come en ella. A partir de ahora eres uno de la familia, en igualdad con los que siempre estuvieron aquí'. No te va a tratar como a un siervo, sino como a un rey, haciéndote saber todo lo que hay por saber.

Hermanos, ¿no despertará eso nuestra gratitud y amistad hacia el Señor? ¿No vamos a tratarlo a él en correspondencia? ¿No permitiremos que esa confianza que pone en nosotros nos subyugue y nos haga rendir a él, haciendo que nuestro comportamiento honre esa confianza? De hecho, nada tiene mayor poder de atracción en el ser humano, que la demostración de que se confía en él. La sospecha tiene el efecto contrario.

"Vosotros sois mis amigos si hacéis lo que yo



os mando. Ya no os llamaré siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor; pero os he llamado amigos, porque todas las cosas que oí de mi Padre os las he dado a conocer" (Juan 15:14 y 15)

Leemos ahora en Juan 16:12: "Aún tengo muchas cosas que deciros". ¿A quién? No volvamos a dirigir esas palabras de nuevo a aquellos discípulos. Se refieren a vosotros y a mí, aquí y ahora. ¿Acaso no nos ha resucitado de entre los muertos? ¿No nos ha vivificado juntamente con Jesucristo? ¿No nos ha hecho sentar "con él" a su diestra, en los lugares celestiales? "Aún tengo muchas cosas que deciros..." ¿Quién tiene muchas cosas aún que deciros? –Jesús. "...pero ahora no las podéis sobrellevar". Muy bien. La eternidad me dará la ocasión para crecer en comprensión y entendimiento, de manera que pueda sobrellevarlas entonces. No debemos precipitarnos.

"Pero cuando venga el Espíritu de verdad, él os guiará a toda la verdad". Eso es debido a que "no hablará por su propia cuenta" (vers. 13). Es decir:

no hablará de sí mismo. No se trata de que no vaya a hablar sobre sí mismo. No es esa la idea, si bien también es cierto que no hablará acerca de él mismo. Lo que el versículo dice es que no hablará por él mismo. No lo hará, como no lo hizo cuando vino al mundo. Jesús dijo: "Las palabras que yo os hablo, no las hablo por mi propia cuenta, sino que el Padre, que vive en mí, él hace las obras" (Juan 14:10). "Yo no he hablado por mi propia cuenta; el Padre, que me envió, él me dio mandamiento de lo que he de decir y de lo que he de hablar" (12:49). Y de igual forma en que Jesús no habló por sí mismo, sino que habló lo que oyó del Padre, el Espíritu Santo tampoco habla por sí mismo, sino que habla aquello que oye.

"No hablará por su propia cuenta, sino que hablará todo lo que oiga y os hará saber las cosas que habrán de venir"

Bien. Somos de la familia celestial. Jesús es quien ha estado en la familia desde el principio, y hemos sido puestos a su cuidado. Es él quien va a decirnos todas esas cosas. Está escrito [de los

144.000] que "siguen al Cordero por dondequiera que va". Es porque él tiene algo que explicarnos, algo que mostrarnos. Nos envía el Espíritu Santo como su representante, trayéndonos con él su propia presencia personal a fin de poder revelarnos esas cosas, a fin de comunicarnos lo que tiene que decirnos.

"Os hará saber las cosas que han de venir. Él me glorificará, porque tomará de lo mío y os lo hará saber" (Juan 16:13 y 14)

¿Cuál es, pues, la función del Espíritu Santo? – Recibir esas cosas de la familia celestial, y mostrárnoslas a nosotros. Seguimos leyendo:

"Todo lo que tiene el Padre es mío; por eso dije que tomará de lo mío y os lo hará saber"

¿Cuál es la razón por la que Jesús dice que tomaría de lo suyo y nos lo haría saber? Porque "Todo lo que tiene el Padre es mío; por eso dije que tomará de lo mío y os lo hará saber" (Juan 16:15). ¿Cuántas cosas hay que el Espíritu Santo

nos tenga que hacer saber? ¡Todas! "Todo lo que tiene..." ¿Quién? "Todo lo que tiene el Padre". No hay nada que vaya a retener.

Leamos ahora 1 Cor. 2:9-12:

"Como está escrito: 'Cosas que ojo no vio ni oído oyó ni han subido al corazón del hombre, son las que Dios ha preparado para los que le aman'"

Somos herederos de Dios y coherederos con Cristo, a quien Dios constituyó "heredero de todo" (Heb. 1:2). Así pues, lo que Dios preparó para los que le aman es "todo" lo que contiene el universo. Eso debiera motivarnos a amarle. Pero, ¿cómo podemos llegar a conocer esas grandes cosas que ojo no vio ni oído oyó ni han subido al corazón del hombre? "Dios nos las reveló a nosotros por el Espíritu, porque el Espíritu todo lo escudriña, aun lo profundo de Dios" (1 Cor. 2:10).

¿Con qué objeto escudriña el Espíritu lo profundo de Dios? Para traérmolo a nosotros. Son cosas demasiado profundas para nosotros. Si el

Señor nos dijera: 'Entrad aquí y encontrad por vosotros mismos todo lo que hay', nunca lo hallaríamos. Pero él no nos deja en ese punto; se propone revelárnoslo; por lo tanto, lo pone todo en las manos de Jesús, quien ha estado con él desde el principio, y quien es uno con nosotros, y él nos lo revela mediante su Espíritu.

"Porque ¿quién de entre los hombres conoce las cosas del hombre, sino el espíritu del hombre que está en él? Del mismo modo, nadie conoció las cosas de Dios, sino el Espíritu de Dios. Y nosotros no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el Espíritu que proviene de Dios, para que sepamos lo que Dios nos ha concedido" (vers. 11 y 12)

Observad: Dice que lo hemos recibido. Agradecemosle por ello. El otro día leí en el Testimonio de Jesús que algunos están esperando un tiempo futuro en el que haya de derramarse el Espíritu Santo, cuando en realidad ese tiempo es "ahora". Es ahora cuando se espera que lo pidamos y lo recibamos.

"El descenso del Espíritu Santo sobre la iglesia es esperado como si se tratara de un asunto del futuro: pero es el privilegio de la iglesia tenerlo ahora mismo. Buscadlo, orad por él, creed en él" (El Evangelismo, p. 508)

Nos dice: "Recibid el Espíritu Santo". "Como me envió el Padre, así también yo os envío" (Juan 20:21 y 22). Hemos recibido "el Espíritu que proviene de Dios". ¿No nos hemos entregado a él? ¿No nos hemos dado completamente a él? ¿No hemos abierto nuestros corazones para recibir la mente de Jesucristo, a fin de conocer al que es la verdad, y estar en Aquel que es la verdad –en su Hijo Jesucristo? Él es el Dios verdadero, y es vida eterna. Siendo así, es decir, "por cuanto sois hijos, Dios envió a vuestros corazones el Espíritu de su Hijo" (Gál. 4:6). Dios ya lo ha enviado. Así lo afirma. Por lo tanto, dadle gracias porque así sea y "Recibid el Espíritu Santo". Recibidlo con agradecimiento y permitid que el Espíritu os utilice, en lugar de permanecer a la expectativa de alguna demostración externa prodigiosa que nos proporcione ese sentimiento que creemos necesitar

para poder afirmar: ‘Ahora tengo el Espíritu de Dios; ahora puedo hacer grandes cosas’... Nunca os llegará de esa manera. Si el Espíritu Santo se hubiera de derramar esta noche sobre nosotros como lo hizo en Pentecostés, quien albergara la idea que acabo de expresar no recibiría nada de él.

Hemos de revolucionar nuestras expectativas sobre el particular, y abandonar toda idea relativa a una demostración externa que podamos apreciar con nuestros ojos, o que nos proporcione el sentimiento tangible por el que podamos saber que tenemos el Espíritu de Dios, sintiéndonos entonces capaces de hacer grandes cosas.

Dios ha pronunciado la palabra; ha hecho la promesa. Nos ha resucitado y nos ha hecho sentar a su diestra en Cristo Jesús, y ahora nos dice: ‘Todo está a vuestra disposición, y el Espíritu está ahí para mostrároslo todo, y deciros todo lo que debéis saber’. ¿Qué más podemos pedirle? ¿Qué más podemos pedir a quien nos ha mostrado su mente y disposición a que tengamos ahora el Espíritu de Dios?

El cielo está deseoso de concederlo. ¿Qué se requiere para que nos sea otorgado? "Buscadlo, orad por él, creed en él". Si hacemos así, nada habrá que lo impida. Tras haber procedido así, todo cuanto nos pide es: "Recibid el Espíritu Santo". Nos dice cómo recibirlo: hemos de pedirlo, orar por él y creer en él. Y el que cree, recibe. Si pedimos conforme a su voluntad, él nos oye; y si sabemos que nos oye, sabemos que tenemos lo que le hemos pedido.

El Espíritu de Dios nos está conduciendo; el Señor nos ha conducido a su verdad; mediante ella nos ha elevado a alturas que nunca antes conocimos. ¿Con qué objeto nos ha elevado de ese modo? Nos ha mostrado lo que es esencial, y lo ha hecho para que abandonemos por siempre al mundo, y a todo lo que no sea Dios. Renunciad a todos los planes y programas, a todo aquello que haya podido ocupar antes vuestra mente; sed vacíos del yo, del mundo, de todo, y recibid a Dios. No os atéis a nada que no sea a Dios. Entonces estaremos en Jesucristo a la diestra de Dios, y se abre ante



nosotros todo el universo por la eternidad; nos es dado el Espíritu de Dios para enseñarnos todas esas cosas, y para dar a conocer los misterios de Dios a todo aquel que cree.

"Y nosotros no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el Espíritu que proviene de Dios, para que sepamos lo que Dios nos ha concedido"

Hagamos nuestro ese texto, tomémoslo como nuestro texto de agradecimiento, como nuestra oración a la que digamos: 'Amén'. Efesios 3:14-21:

"Por esta causa doblo mis rodillas ante el Padre de nuestro Señor Jesucristo [¿lo haremos?] (de quien toma nombre toda familia en los cielos y en la tierra)... que habite Cristo por la fe en vuestros corazones, a fin de que, arraigados y cimentados en amor, seáis plenamente capaces de comprender con todos los santos cuál sea la anchura, la longitud, la profundidad y la altura"

¿Con qué objeto? A fin de que podamos

conocer lo que nos ha dado; para que podamos comprender, asirnos, aferrarnos y gozarnos por siempre en todo aquello que nos ha dado gratuitamente en Cristo.

"Y de conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento, para que seáis llenos de toda la plenitud de Dios. Y a Aquel que es poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos, según el poder que actúa en nosotros, a él sea la gloria en la iglesia de Cristo Jesús por todas las edades, por los siglos de los siglos. Amén"

Digamos todos por siempre: 'Amén'.

## Capítulo 22

# Victoria en Cristo

Hoy comenzaremos en Efesios 1, versículos 18 al 21. Continuamos en el estudio de aquello que es nuestro en Cristo, allí donde él está. Constituye una parte de esa oración elevada "para que sepáis... cuál [es] la extraordinaria grandeza de su poder para con nosotros los que creemos, según la acción de su fuerza poderosa. Esta fuerza operó en Cristo, resucitándolo de los muertos y sentándolo a su derecha en los lugares celestiales", o en la existencia celestial, como vimos en el capítulo 2, versículo 6. Y lo mismo encontramos en Filipenses 3:8-10:

"Estimo todas las cosas como pérdida por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor. Por amor a él lo he perdido todo y lo tengo por basura, para ganar a Cristo y ser hallado en él, no teniendo mi propia justicia, que se basa en la Ley, sino la que se adquiere por la fe en Cristo, la justicia que procede de Dios y se basa en la fe.

Quiero conocerlo a él y el poder de su resurrección"

Se trata de aquello que el Señor quiere que conozcamos, como hemos leído en el texto: "para que sepáis... cuál [es] la extraordinaria grandeza de su poder para con nosotros los que creemos, según la acción de su fuerza poderosa. Esta fuerza operó en Cristo, resucitándolo de los muertos". Y ahora dice Pablo: "Quiero conocerlo a él y el poder de su resurrección". Ved que no se trata simplemente del poder que habría de resucitar a Pablo de entre los muertos, una vez que hubiera muerto y descendido al sepulcro. No se trata de eso, sino del poder de la resurrección de Cristo ahora, mientras vivimos. Se trata del poder que en él nos es otorgado, el poder por el que somos crucificados con él, por el que somos muertos y enterrados con él, y también resucitados y sentados con él a la diestra de Dios en los cielos. Tal es el poder al que se refería el apóstol. Continuemos leyendo, y veréis como es así:

"Quiero conocerlo a él y el poder de su

resurrección, y participar de sus padecimientos hasta llegar a ser semejante a él en su muerte, si es que de alguna manera logro llegar a la resurrección de los muertos"

Pablo quiere conocer el poder de la resurrección de Cristo, a fin de alcanzar él mismo la resurrección de entre los muertos. Aquel que no conoce en esta vida el poder de la resurrección de Cristo, no lo conocerá en ninguna vida venidera. Es cierto que resucitará de entre los muertos [Hech. 24:15], pero sin conocer el poder que lo resucitó, de forma que cualquiera que no esté familiarizado con el poder de la resurrección de Cristo antes de morir, no conocerá jamás el poder que tiene la resurrección de Cristo sobre dicha muerte.

Tenemos ahí esa inspirada plegaria al objeto de que conozcamos la sobreabundante grandeza de su poder para todo el que cree, de acuerdo con la operación de su poder prodigioso, que fue el que actuó en Cristo cuando resucitó de entre los muertos y lo sentó allí. En Cristo conocemos el poder que nos eleva juntamente con él a partir de la

posición de muertos en delitos y pecados, para sentarnos con él en la existencia celestial. Leemos ahora Efesios 1:20 y 21:

"Esta fuerza operó en Cristo, resucitándolo de los muertos y sentándolo a su derecha en los lugares celestiales, sobre todo principado y autoridad, poder y señorío, y sobre todo nombre que se nombra, no solo en este siglo, sino también en el venidero"

Ese poder de Dios que nos elevó en Cristo sobre todo principado, autoridad, poder y señorío de este mundo, es hoy el objeto de nuestro estudio. Hemos de comenzar por saber en qué consisten dichos principados y autoridades en este mundo. Antes de ello, no obstante, recordemos una vez más el hecho de que en Cristo encontramos -y hemos de conocer- ese poder que nos eleva en él y con él sobre todo principado y autoridad de este mundo. Hay una separación entre iglesia y estado; hay una separación del mundo; eso nos coloca en una posición en la que gozamos de una protección mucho mayor que la que pueden prestar los

poderes de este mundo. Permanece ese hecho de fe.

Para saber más a propósito de esos poderes, leamos en el segundo capítulo:

"Él os dio vida a vosotros, cuando estabais muertos en vuestros delitos y pecados, en los cuales anduvisteis en otro tiempo, siguiendo la corriente de este mundo, conforme al príncipe de la potestad del aire, el espíritu que ahora opera en los hijos de desobediencia"

Hay un espíritu que obra en este mundo en los hijos de desobediencia, que es el espíritu de ese príncipe del poder del aire. Es de ese término, "príncipe", de donde deriva el concepto de "principado". En las formas monárquicas de gobierno hay principados, ducados, reinos e imperios. Se entiende por principado el territorio, jurisdicción o dominio de un príncipe; ducado el de un duque, reino el de un rey e imperio el de un emperador. El texto afirma que Cristo nos ha elevado por sobre todo principado y poder que hay en este mundo, o que sea de este mundo. Nos ha

situado más allá del mando de ese espíritu que rige en los hijos de desobediencia.

Podemos, por lo tanto, sentirnos dichosos y agradecer al Señor por habernos elevado –en Cristo- por encima de ese príncipe, por encima de toda su jurisdicción y de todo su poder. Esa es la idea, puesto que en Cristo nos ha colocado por encima de todo principado, autoridad, poder y señorío existentes en este mundo.

Leamos ahora en Efesios 6:10 y siguientes:

"Por lo demás, hermanos míos, fortaleceos en el Señor y en su fuerza poderosa. Vestíos de toda la armadura de Dios, para que podáis estar firmes contra las asechanzas del diablo"

¿Contra quién ha de contender el cristiano en este mundo? En relación con los principados, potestades, dominios e imperios de este mundo, ¿contra quién ha de contender el cristiano? –Contra el diablo. "Para que podáis estar firmes contra las asechanzas del diablo".



Por lo tanto, cuando el gobierno que sea se dispone en contra de un cristiano e interfiere con él persiguiéndolo, ¿está realmente el cristiano en lucha con ese gobierno? –No. Es contra el diablo con quien está en conflicto. Quisiera llamar vuestra atención a ese particular. Hemos de comprender que cuando los gobiernos, reinos, emperadores y administradores persiguen a los cristianos –cuando nos persiguen-, nada tenemos que hacer con ellos como tales. No estamos guerreando contra ellos. No estamos midiendo nuestras fuerzas contra ellos. Luchamos y guerreamos contra el diablo.

Esto recuerda un testimonio que nos llegó esta primavera, afirmando que los pastores debían mantener siempre ante las personas en todo tiempo y lugar, que las contiendas, luchas, conmociones y conflictos que afloran al exterior en este mundo, no proceden simplemente de este mundo -de las cosas que vemos- sino que son el resultado o manifestación exterior de los poderes espirituales invisibles; que todos esos elementos del mal que están en acción y que vemos venir tan prestamente,

son simplemente las manifestaciones de ese poder, de ese espíritu que está detrás de ellas. Y los instrumentos que vemos esparcir por doquier el mensaje del Señor y llevar su obra adelante, demuestran igualmente ser las manifestaciones externas del Espíritu y poder de Dios, quien está detrás de ellas. Se nos dio palabra al efecto de que nosotros, los pastores, llamemos la atención de la gente al hecho de que todos esos conflictos, conmociones y contiendas entre el bien y el mal son en realidad el conflicto entre Cristo y Satanás – el conflicto de los siglos [ver ese Testimonio al principio del próximo tema, el 23].

¡Nos resulta tan fácil centrar la atención en personas, gobernantes y poderes, pensando que estamos conteniendo contra ellos! No; no tenemos lucha alguna contra los gobiernos. Nada hemos de hacer en contra de ellos, pues está escrito: "Sométase toda persona a las autoridades superiores" (Rom. 13:1). No debemos contender contra ninguna autoridad. Todo cristiano estará siempre en armonía con toda ley justa que un gobierno pueda establecer. No se preguntará a sí

mismo en cuanto a qué ley se va a elaborar, en si será de una forma o de otra, con tal que el gobierno legisle dentro de la jurisdicción que le corresponde. No le preocupa la ley que se pueda proclamar, puesto que su vida cristiana, en el temor de Dios, jamás estará en conflicto con ley alguna que se establezca; con toda ley que "César" pueda promulgar en la jurisdicción que Dios le ha asignado.

Si "César" pasa de ese límite e invade la jurisdicción del reino de Dios, entonces toda ley que proclame estará en conflicto con el cristiano, dado que él camina en rectitud, y dicha ley es inicua. Pero no es que el cristiano haya cambiado su actitud: es el otro poder quien cambió. Por lo tanto, nuestras mentes no deben estar puestas en si luchamos o no contra el gobierno. Nada tenemos que ver con eso. Hemos de pensar en el hecho de que si el gobierno se aparta de la rectitud, entrando en un curso de acción que entre en conflicto con nosotros, no estamos para nada luchando contra él: nuestra lucha es siempre contra el diablo. Los gobiernos son sangre y carne; los hombres, los

jueces, los legisladores, son sangre y carne, y

"No tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este mundo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes" (Efe. 6:12)

Esas "regiones celestes" se refieren a los "lugares celestiales", o jurisdicción en la que sólo Jesucristo rige. Se trata de los mismos "lugares celestiales" a los que Dios nos ha elevado juntamente con él, habiéndonos establecido allí por sobre todo principado, potestad y dominio de esta tierra.

No tenemos, pues, lucha contra carne y sangre, sino contra el dios de este mundo, contra Satanás, quien gobierna en las tinieblas de este mundo.

Es contra el señor de este mundo contra quien luchamos; contra el príncipe de este mundo.

Sabemos, o al menos debiéramos saber, que no

va a pasar mucho tiempo antes de que todo dominio de esta tierra pase a manos del señor de este mundo, quien reina en las tinieblas; y todos van a venir a formar parte de un solo ente que va a luchar contra la verdad de Dios y contra aquellos que la representan en este mundo. ¡Cuánto me gustaría que todos supieran en qué situación vamos a encontrarnos muy pronto! Quisiera que todo adventista del séptimo día conociera el hecho de que estamos a punto de que todos los reinos y dominios de la tierra, como tales, se dispongan en contra de la verdad de Dios. Pero si hubiera (no digo que los haya) aquellos que no sepan esto, en vista de la rapidez con que están desarrollándose los acontecimientos, no pasará mucho tiempo antes de que se vean obligados a reconocerlo.

Como ya he mencionado antes, los Estados Unidos se han tenido siempre ante el mundo como el estandarte de la libertad de los derechos y la libertad de conciencia. Y la pequeña nación de Suiza, esa pequeña república, ha venido siendo el lugar en donde la libertad ha sido más plena, en Europa. Pues bien, Estados Unidos y Suiza son

ahora las dos naciones de entre toda la tierra que están obrando más eficazmente en contra del remanente y la simiente de la iglesia que guarda los mandamientos de Dios y tiene el testimonio de Jesucristo. Inglaterra se ha sumado activamente a los dos citados. Cuando esos países, que han sido en el mundo como un ejemplo, en lo relativo a los derechos humanos y a la libertad de conciencia, se dispongan en contra de Dios y de su verdad, ¿no es acaso el tiempo de que nos demos cuenta de que todo el mundo se está poniendo bajo el mando de Satanás, presto a ser arrastrado en contra de la verdad de Dios y del poder de Jesucristo?

A la vista de todo lo anterior, es un hecho que en Cristo estamos seguros, pues en él obra ese poder que nos resucita de entre los muertos juntamente con él, y que nos ha hecho sentar a la diestra de Dios en la existencia celestial, muy por encima de cualquier potestad, dominio y principado que haya en esta tierra, y que esté en las manos de Satanás. Y ahora, cuando hemos de hacer frente a ese conflicto, ¿no es maravilloso que el Señor venga con su bendita verdad brillando ante

nosotros, elevándonos hasta el lugar en donde él está sentado, de forma que podamos saber que estamos en todo momento por encima de esas cosas terrenas, triunfando sobre ellas?

Estudiemos estas cosas en mayor profundidad. Lo anterior se refería a los principados. Pero hemos leído que nos ha puesto por sobre todo principado y poder.

El original griego emplea una palabra para "poder" que podréis comprobar idiomáticamente que se refiere a un poder o autoridad ejercidos en contra del derecho. La traducción literal es "autoridad". Es cierto que hay acepciones secundarias, aparte de su significado absoluto. En un empleo más libre del término, el carácter de ese poder viene determinado por el contexto en el que se ejerce. Por ejemplo, referido al poder de Cristo y la autoridad del Señor, tendría una connotación legítima y apropiada, pues a él pertenece en todo derecho el poder y la autoridad. Pero si se refiere a los poderes de este mundo, adquiere necesariamente la connotación mundana y el

espíritu que en él rige, retornando a su significado absoluto, que es el ejercicio del poder o autoridad en contra del derecho.

¿Dónde comenzó en el universo la asunción de poder o autoridad en contra del derecho? Se originó con la rebelión de Lucifer, en su exaltación de sí mismo. Satanás trajo ese poder a nuestro mundo y lo introdujo aquí mediante el engaño, al tomar posesión de este mundo. Por lo tanto, el término es usado con total propiedad para mostrar que cuando Dios nos elevó en Cristo por encima de todo principado y poder en este mundo, lo hizo precisamente por encima de ese poder que ejerce su autoridad en contra del derecho, y que no es otro que el poder de Satanás, de la forma en que obra en este mundo.

Eso no hace sino enfatizar el punto que acabamos de mencionar: que nuestro conflicto es en realidad el que se ha venido dando desde el principio entre los dos poderes espirituales: entre los poderes legítimos y los ilegítimos, entre el poder del derecho contra la fuerza y el de la fuerza



contra el derecho. Jesucristo nos trajo el conocimiento del poder del derecho contra la fuerza, que es el poder del amor. Nosotros abandonamos el dominio y poder de la fuerza en contra del derecho, y nos hemos alistado con el poder del derecho contra la fuerza, que es el poder del amor. El conflicto tiene ahora lugar entre esos dos poderes, y nos concierne a nosotros. Se trata siempre de una lucha entre esos dos poderes espirituales. Sean cuales sean los instrumentos que utilice este mundo como manifestación externa de ese poder, la contienda tiene siempre lugar entre esos dos poderes espirituales: Jesucristo, y el príncipe caído.

Avancemos algo más en el tema y veamos dónde está nuestra victoria, y la forma en que el Señor nos ha traído esa victoria sobre los poderes ilegítimos, o poder de la fuerza en contra del derecho. Leamos en Colosenses 2, a partir del versículo 9:

"En Cristo habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad. Y vosotros estáis completos

en él, que es la cabeza de todo principado y potestad. En él también fuisteis circuncidados con una circuncisión hecha sin mano, al despojaros del cuerpo de los pecados, mediante la circuncisión hecha por Cristo. Sepultados con él en el bautismo, fuisteis también resucitados con él, mediante la fe en el poder de Dios, que lo levantó de los muertos. A vosotros, que estabais muertos en pecados y en la incircuncisión de vuestra carne, os dio vida con Cristo, y perdonó todos vuestros pecados"

Os dio vida juntamente con Cristo. Es lo que leímos en el segundo capítulo de Efesios el otro día: que nos ha dado vida, nos ha resucitado y hecho sentar allí donde él está. Pero ahora nos llega la clave de cómo nos fue otorgada esa victoria en él. "Despojó a los principados y potestades, los exhibió en público, y triunfó sobre ellos en la cruz" (Col. 2:15). La palabra griega traducida como "potestades" es esa que ya hemos analizado anteriormente, y que hace referencia al poder de la fuerza en contra del derecho. Acude a la mente aquella parábola que Jesús presentó: "Mientras el hombre fuerte y armado guarda su palacio, en paz

está lo que posee. Pero cuando viene otro más fuerte que él y lo vence, le quita todas las armas en que confiaba y reparte el botín" (Luc. 11:21 y 22). Satanás es quien originó la autoridad de la fuerza en contra del derecho. Mediante el engaño se apoderó del dominio de este mundo, viniendo a ser su poder controlador, es decir, vino a ser la cabeza de aquel que era la cabeza de este mundo. Y habiendo puesto bajo su control a Adán y a su domino, se erigió él mismo en cabeza de este mundo, y de toda principalidad y poder que hay en el mundo.

Pero a este mundo vino alguien más poderoso que él. Sabemos que es más poderoso, porque que peleó y ganó la batalla. Llegó el segundo Adán, no de la forma en que vino el primero, sino de la condición en que el primer Adán había hecho que fueran sus descendientes en el momento de llegar el segundo Adán. El segundo Adán vino en el punto de degeneración de la raza a la que ésta había llegado como consecuencia de la caída del primer Adán. El segundo Adán vino así, y disputó el dominio a aquel que había tomado posesión.

Entre ellos dos ha venido teniendo lugar la contienda en esta tierra. Se trataba de ver si el botín sería repartido, o bien si debía quedar íntegramente en las manos de aquel que lo había arrebatado mediante la fuerza en contra del derecho. El que vino a este dominio rebelde, demostró ser más poderoso que el que había tomado posesión, vencéndolo a cada paso mientras vivió aquí. Entonces, a fin de mostrar a todo el universo cuánto más poderoso es que su enemigo, Jesús no sólo venció a Satanás a cada paso mientras vivió aquí, sino que después se puso, una vez muerto, en las manos del poder de aquel otro que había usurpado la posesión. Éste se apresuró a encerrarlo en su prisión-fortaleza. Pero Jesús, aun estando muerto, saqueó el poder de Satanás. Ha demostrado así, no sólo que es más poderoso que Satanás cuando está vivo, sino que aun estando muerto es más poderoso que Satanás. Se levantó de la tumba, y proclamó ante el universo: "Yo soy el primero y el último, el que vive. Estuve muerto, pero vivo por los siglos de los siglos, amén. Y tengo las llaves de la muerte y del Hades" (Apoc. 1:17 y 18). ¡El Señor vive hoy! ¡Alabado sea su nombre!

Bien, teniendo presente que cuando Cristo estuvo muerto fue más poderoso que todo el poder del diablo, ¿qué no será capaz de hacer el Cristo viviente, el que está ahora sentado a la diestra de Dios? ¿Qué motivo podríamos tener para el desánimo? ¿Os parece que deberíamos estar temerosos, aun en presencia de todos los principados, poderes y dominios que el diablo pueda convocar en esta tierra? -No ciertamente, pues Aquel que está ahora vivo con nosotros, cuando estuvo muerto fue más poderoso que Satanás con todo su poder. Pero Cristo vive por los siglos de los siglos; nosotros vivimos en él, y todo su poder está dispuesto en favor nuestro, todo su poder viviente. Bastaría con su poder estando muerto, pero no se detiene ahí, se trata de su poder viviente. Cobrad ánimo, alegraos y sed en él vencedores.

Jesús irrumpió en el dominio del enemigo y descendió finalmente hasta la propia sede de la fortaleza, y hasta la fortaleza de la sede de ese poder ilegítimo, el de aquel que ejerce la fuerza en

contra del derecho en este mundo. El que es más poderoso que él, entró y tomó posesión, teniendo las llaves entonces y ahora. ¡Gracias sean dadas al Señor! Por lo tanto, si ese poder ilegítimo nos llevara a algunos de nosotros a esa misma prisión-fortaleza, a ese cautiverio, no hay ningún problema; no podrá retenernos allí, pues nuestro Amigo posee las llaves. Cuando él quiera hacernos regresar, dará vuelta a la llave, la puerta se abrirá de par en par, y saldremos felizmente. Para mostrar cuán completamente había tomado posesión de las llaves, cuando Cristo ascendió, las llevó consigo, siendo su segura y eterna posesión. Es por eso que declara:

"A cada uno de nosotros fue dada la gracia conforme a la medida del don de Cristo. Por lo cual dice: 'Subiendo a lo alto, llevó cautiva la cautividad, y dio dones a los hombres'" (Efe. 4:7 y 8).

Despojó a los principados y potestades. Cuando ascendió llevó consigo una multitud de cautivos que habían estado en ese dominio de la muerte y de

Satanás. En referencia al tiempo de la crucifixión de Cristo, leemos en Mateo 27:51-53:

"La tierra tembló, las rocas se partieron, los sepulcros se abrieron y muchos cuerpos de santos que habían dormido, se levantaron; y después que él resucitó, salieron de los sepulcros"

En la crucifixión de Cristo, los sepulcros se abrieron. ¿Cuándo salieron de ellos? –Después de la resurrección de Jesús. Ciertamente, cuando ascendió repartió "el botín". Llevó una multitud de cautivos, y al ascender a lo alto ellos también ascendieron, de forma que aquella comitiva de cautivos fue rescatada del territorio del enemigo. Tal es la escena que aquí se invoca, habiendo despojado a los principados y potestades, exponiéndolos públicamente y haciendo patente su triunfo. El término "triunfo", en Col. 2:15, se refiere al triunfo tal como lo entendían los romanos. Se reconocía ese triunfo al general que había incursionado en un país enemigo, lo había combatido, había tomado el botín y también cautivos de aquel territorio, exhibiéndolos a su

regreso. En el caso de haber ciudadanos romanos cautivos en el país enemigo, los liberaba y traía de regreso a casa. Y una vez que la victoria era completa y había retornado, el senado le reconocía el triunfo sentándolo en un magnífico carro tirado por entre seis y ocho de los mejores caballos, todos de un mismo color. Llevando tras de sí el botín y los cautivos, se paseaba de una parte a otra de la ciudad, exhibiéndolos por las calles de Roma y recibiendo de la gente los honores propios de un gladiador triunfante.

Jesucristo, nuestro Conquistador, el que venció en nuestro favor, vino a esta tierra del enemigo y peleó nuestras batallas. Nosotros estábamos prisioneros bajo ese poder ilegítimo; nuestro Amigo vino aquí, nuestro General disputó nuestras luchas, llegó hasta la ciudadela del enemigo, demolió su fortaleza dejándola abierta de par en par, tomó las llaves y el botín, liberó a los cautivos y los condujo triunfante a lo alto, a su gloriosa ciudad. "Gracias a Dios, que nos lleva siempre en triunfo en Cristo Jesús" (2 Cor. 2:14). En él somos triunfadores de ese poder ilegítimo, ejercido como



fuerza en contra del derecho. Y en ese triunfo sobre Satanás queda manifiesto ante el universo expectante el poder del derecho sobre la fuerza.

Observad bien: el poder del derecho contra la fuerza no puede nunca recurrir a dicha fuerza. ¿Podéis ver ahí el principio de la no-resistencia por parte del cristiano, que es el propio espíritu de Jesucristo? ¿Podía Jesús recurrir a la fuerza, para demostrar el poder del derecho contra la fuerza? – No.

Para mantener el poder de la fuerza contra el derecho, es necesario que dicha fuerza se ejerza en toda oportunidad, puesto que es su único recurso para vencer. El derecho recibe, en el mejor de los casos, una consideración secundaria.

En contraste, el poder del derecho contra la fuerza radica en el derecho, y no en la fuerza. El poder está en el propio derecho. Aquel que se alista con el poder del derecho en contra de la fuerza, no puede evocar ninguna clase de fuerza. No puede recurrir a la fuerza para defender el derecho. Al

contrario, en su lucha contra el poder de la fuerza que pueda ejercerse en su contra, dependerá del poder del derecho mismo. Ahí se encuentra la clave.

Lo anterior explica por qué el comportamiento de Cristo fue como el de un cordero, en presencia de esos poderes y de esa fuerza ejercidos contra él. De modo alguno tenía que hacerles frente mediante la fuerza. Cuando Pedro desenvainó la espada y la empleó en su defensa, Jesús le dijo: "Vuelve tu espada a su lugar; porque todos los que tomaren espada, a espada perecerán" (Mat. 26:52).

Una vez comprendemos eso, todas las cosas se aclararán en cuanto a la conducta que debemos observar aquí, allí y en cualquier lugar. Estamos comprometidos fielmente con el poder del derecho en contra de la fuerza, que es el poder del amor. Jesucristo murió como un malhechor, fue vilipendiado, fue zarandeado, se lo insultó y fue objeto de burla, se le escupió en el rostro y se le colocó una corona de espinas, acumulando sobre él cuanto encontraron de ofensivo y despectivo, y

murió bajo esa dolorosa carga, fiel al poder del derecho en contra de la fuerza. Y ese poder en fidelidad al cual murió Cristo, ha revolucionado desde entonces al mundo, y lo tiene que revolucionar en nuestros días como nunca antes lo hiciera. Tan pronto como Dios pueda tener un pueblo comprometido de corazón con ese principio, que esté dispuesto a no apoyarse en ninguna cosa que no sea el principio absoluto del derecho y el sólo poder de éste -que es el santo y seña con el que estamos comprometidos-, veremos, y todo el mundo verá, a ese poder obrando como nunca antes lo hiciera.

## Capítulo 23

# Cuerpo a cuerpo

En el tema precedente hice referencia a un Testimonio relativo a esa lucha entre los poderes espirituales. Lo vamos a leer ahora, dado que no sólo se refiere a dicho conflicto, sino particularmente a un aspecto de nuestro estudio: la necesidad que tenemos de obtener la victoria dependiendo exclusivamente del poder del derecho. No debemos excitarnos, actuar con desmesura ni cosa similar. Al contrario, debemos aferrarnos al principio y dejar que permanezca, confiando en él para obtener la victoria.

"En estos tiempos de especial interés, los guardianes del rebaño de Dios debieran enseñar que los poderes espirituales se hallan en controversia. No son seres humanos los que están creando la intensidad de sentimientos existente en el mundo religioso. El poder de la sinagoga espiritual de Satanás está inspirando a los elementos religiosos del mundo, haciendo que

hombres tomen acciones decididas para imponer los avances que Satanás ha obtenido, dirigiendo al mundo religioso en decidida lucha contra aquellos que hacen de la Palabra de Dios su guía y único fundamento de doctrina. Los esfuerzos maestros de Satanás tienen ahora por objeto convocar a todo principado y poder que pueda emplear para controvertir las demandas obligatorias de la ley de Jehová, especialmente el cuarto mandamiento, que define quién es el Creador de los cielos y la tierra.

El hombre de pecado ha intentado cambiar los tiempos y la ley; pero ¿lo ha logrado? Esa es la gran cuestión. Roma, junto a todas las iglesias que han bebido de su copa de iniquidad al procurar cambiar los tiempos y la ley, se han exaltado por encima de Dios y han derribado el gran memorial de Dios, el sábado del séptimo día. El sábado debía representar el poder de Dios en su creación del mundo en seis días, y en su reposar en el séptimo. ‘Por tanto, Jehová bendijo el sábado y lo santificó’ (Éx. 20:11), debido a que en él reposó Dios de todas las obras que había creado y hecho. El objetivo de la obra maestra del gran engañador ha

sido suplantar a Dios. En sus esfuerzos por cambiar los tiempos y la ley, ha estado obrando para mantener un poder en oposición a Dios, y por encima de él.

Esa es la gran cuestión. Ahí están los dos grandes poderes confrontados entre sí: el Príncipe de Dios, Jesucristo; y el príncipe de las tinieblas, Satanás. Aquí está el conflicto declarado. Sólo hay dos bandos en el mundo, y cada ser humano se alistará bajo una de estas dos banderas: la bandera del príncipe de las tinieblas o la bandera de Jesucristo" (E. White, General Conference Bulletin, 4 marzo 1895).

Pero si recurrimos a cualquier forma de fuerza a fin de lograr el derecho, significa ponernos ¿de qué lado, en el conflicto? Del lado del poder de la fuerza contra el derecho. Y se trata del lado equivocado, al margen de cuál sea nuestra profesión. Pero adherirse firmemente al principio del derecho en contra de la fuerza, al principio del derecho en sí mismo para el logro de la victoria, eso es estar del lado de la divinidad.

"Dios inspirará con su Espíritu a sus hijos leales y verdaderos. El Espíritu Santo es el representante de Dios, y será el poderoso agente en nuestro mundo para ligar a los leales y verdaderos en fardos para el granero del Señor. También Satanás se halla en intensa actividad, reuniendo sus fardos de cizaña, de entre medio del trigo.

La enseñanza de todo verdadero embajador de Cristo es ahora el asunto más serio y solemne. Estamos implicados en una contienda que no ha de cesar hasta que se haya tomado la decisión final por la eternidad. Recuerde todo discípulo de Cristo que 'no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este mundo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes' (Efe. 6:12). En ese conflicto hay implicados intereses eternos, y ninguna obra superficial o experiencia barata deben tener ahí lugar. 'El Señor sabe librar de tentación a los piadosos, y reservar a los injustos para ser castigados en el día del juicio... mientras que los

ángeles, que son mayores en fuerza y en poder, no pronuncian juicio de maldición contra ellos delante del Señor' (2 Ped. 2:9-11)."

Veis aquí el principio de que no tenemos reproche alguno, ninguna acusación que presentar contra nadie, o contra cualquier oposición que se ejerza en nuestra contra. Creemos en la verdad que predicamos. El poder está en ella, no en nosotros. No provee solamente su defensa, sino la nuestra. Y para nada debemos defenderla condenando a otros.

"El Señor quiere que toda inteligencia humana puesta a su servicio se abstenga de la severa acusación y de la amarga queja. Se nos instruye a que caminemos prudentemente para con los de fuera. Dejad a Dios la obra de condenar y juzgar".

Se trata siempre de lo mismo: la propia verdad ha de ser su defensa; el propio derecho ha de sustentarse a sí mismo, y a nosotros.

"Cristo nos invita: 'Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré



descansar. Llevad mi yugo sobre vosotros y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis descanso para vuestras almas' (Mat. 11:28 y 29). Todo aquel que oye esta invitación tomará su yugo con Cristo. Hemos de manifestar en todo tiempo y lugar la mansedumbre y humildad de Cristo. Entonces el Señor asistirá a sus mensajeros y los hará sus portavoces, y aquel que es portavoz de Dios no pondrá jamás en labios de seres humanos palabras que la Majestad del cielo no emplearía en su contienda con el diablo. Nuestra única seguridad está en recibir divina inspiración del cielo. Sólo eso puede calificar a los hombres para ser colaboradores con Cristo".

Avancemos ahora algo más en el estudio de ese principio. Como vimos en el tema precedente, el poder de la fuerza en contra del derecho tomó posesión de este mundo mediante el engaño, sometiendo a su poder a aquel bajo cuyo dominio había sido puesto el mundo. El Señor, el Dios de los cielos, no ha querido recurrir al poder de la fuerza para quitar ese dominio de las manos de Satanás, a pesar de que éste lo ostenta de forma

ilegítima. No habría habido injusticia en caso de recuperarlo por la fuerza. Pero esa no es la forma de proceder de Dios, y ese es el tema de nuestro estudio.

Voy a hacer una afirmación en la que se podrá meditar por la eternidad: El universo de Dios se fundamenta en el principio del sacrificio propio. El soporte, la columna vertebral del universo mismo, es el principio del sacrificio del yo como medio de victoria. Es decir, vencer sin ofrecer resistencia, mediante el puro ejercicio del poder del derecho en sí mismo. Eso es lo que mantiene integrado al universo. Tal es la esencia del evangelio. Se puede decir con toda propiedad que el evangelio mantiene en orden al universo. Pero el principio del evangelio es el principio del sacrificio de Jesucristo y del carácter abnegado de Dios, quien se da en su Hijo.

Por lo tanto el Señor, en la recuperación del dominio perdido, se abstiene de emplear cualquier clase de poder que no sea justo en sí mismo. Así, cuando se dispuso a recuperar la totalidad del

dominio y de la raza humana, lo hizo con una justicia tal, que ni el mismo Satanás y sus huestes pueden alegar en contra.

Se perdió por el hombre, y se recupera mediante el Hombre. Eso es lo que vimos al inicio de nuestro estudio, en el segundo capítulo de Hebreos:

"Dios no sujetó a los ángeles el mundo venidero, acerca del cual estamos hablando. Al contrario, alguien testificó en cierto lugar, diciendo: '¿Qué es el hombre para que te acuerdes de él, el ser humano para que lo visites? Lo hiciste un poco menor que los ángeles, lo coronaste de gloria y de honra y lo pusiste sobre las obras de tus manos. Todo lo sujetaste bajo sus pies'. En cuanto le sujetó todas las cosas, nada dejó que no le sea sujeto, aunque todavía no vemos que todas las cosas le sean sujetas. Pero vemos a... Jesús" (vers. 5-9).

Vemos a Jesús en el lugar del hombre, y como el hombre. Dios no ha sujetado el mundo venidero

a los ángeles, sino al hombre. Y Jesucristo es ese Hombre. Hay un segundo Adán. Así pues, por el hombre se perdió, y por el Hombre se recupera. El Adán que lo recupera no lo hace a partir del lugar en donde estaba el primer Adán cuando lo perdió, sino a partir del lugar al que habían llegado los descendientes del primer Adán en su degeneración bajo la influencia y el poder del pecado, en el momento en que entró en el campo de batalla para disputarle a Satanás el derecho.

Me refiero a cuando entró en el combate abierto cuerpo a cuerpo. De hecho, entró en el combate antes de que fuese creado el universo; y entró también cuando el hombre pecó. Pero no había tomado la carne ni había entrado plenamente en la contienda hasta que vino al mundo en carne humana. El Señor Jesús entró en combate abierto con Satanás en carne humana, en el punto de degeneración que había alcanzado dicha carne en el momento en que él nació en este mundo. Peleó la batalla en la debilidad de la naturaleza humana tal como existía al venir en la carne.

La naturaleza humana nunca será más débil, el mundo no será peor en sí mismo, la naturaleza humana no alcanzará una condición más baja que la que tenía cuando Jesucristo vino a este mundo. La única forma en la que la naturaleza humana pueda empeorar aún más, es si ese mismo grado de iniquidad hace profesión de cristianismo. Una persona puede no ser más que iniquidad, tal como lo era el mundo cuando Cristo nació en él; mientras la tal no haga profesión de cristianismo, si no pretende estar sujetándose a los principios del evangelio, Dios puede alcanzar la perdida condición de esa persona mediante el evangelio, salvándola de ese modo.

Pero si esa persona en su condición inicua profesa el evangelio, y se atiene a dicha profesión únicamente como una forma, como una cobertura para disimular su iniquidad, desprovee a Dios del único medio que tiene el Señor de salvar al hombre, pervirtiéndolo al convertirlo en apoyo de su maldad. Eso lo convierte en peor en ese sentido, destituyéndose a sí mismo de la salvación al tomar el método divino de salvación y convertirlo en una

tapadera y apoyo para su maldad. Pero en sí mismo, en la carne, su propia maldad carnal práctica no es en realidad mayor: se trata sólo de que ahora, además de inicuo es hipócrita. En los últimos días el mundo no será en sí mismo peor de lo que fue cuando Cristo nació en él. Será peor en el sentido de que tendrá la apariencia de piedad, pero habiendo negado la eficacia de ella, puesto que utiliza la profesión de cristianismo para cubrir su iniquidad, pervirtiendo así el único medio de salvación de Dios, lo que implica su destrucción irremediable.

Jesucristo vino al mundo en ese estado de máxima debilidad de la carne humana, y en esa carne, como hombre, peleó la batalla con Satanás.

Así, ni el propio Satanás puede presentar queja alguna respecto a la justicia del plan de la salvación. Satanás engañó y venció al hombre, tal como éste estaba a gloria e imagen de Dios, con toda bendición, poder y bondad divinas de su parte. Cuando ese segundo Adán viene en carne humana, en el punto al que Satanás había llevado a toda la

raza humana mediante el pecado, entrando en la contienda en esa situación de debilidad, Satanás no puede objetar injusticia alguna. No puede decir: 'Has tomado una ventaja injusta. Has venido rodeado de un despliegue colosal; has traído demasiados salvaguardas como para que sea una contienda justa'. No lo puede decir, puesto que Cristo se tuvo en la debilidad misma de la carne a la que el propio Satanás había conducido al hombre. Cristo vino en la debilidad que Satanás había traído sobre la raza; y en esa debilidad dijo: "Aquí estamos para la contienda". ¡Y nuestro Hermano venció! ¡Alabado sea su nombre!

Veamos ahora otra fase del mismo hecho: Recordaréis que uno de los temas en "Lecturas para la semana de oración", tenía que ver con la lealtad a Dios, y estudiaba el pasaje en el que los hijos de Dios comparecieron ante el Señor, y entre ellos vino también Satanás (Job 1:6).

Se comentó que esos hijos de Dios venían de otros mundos –de las diferentes partes del universo-, en correspondencia con lo que fue Adán

cuando se tenía a la cabeza de este mundo en la creación, cuando se le dio señorío y dominio. La Escritura declara que Adán era el hijo de Dios. Cuando Satanás vino a este mundo y asumió el poder, enseñoreándose sobre él como cabeza, tomó el lugar en el que debió haber permanecido Adán. Por lo tanto, cuando vinieron los hijos de Dios desde otros mundos a presentarse ante el Señor, Satanás vino también con ellos y se presentó ante el Señor como representante de este mundo, que está bajo su dominio. Os lo recuerdo simplemente para llamar vuestra atención a ese tema como objeto de posterior estudio.

Desde que Satanás obtuvo su dominio aquí, Dios ha estado llamando a las personas de este mundo a sí mismo. Desde que Satanás tomó el control de este mundo y Dios dijo: "Pondré enemistad entre ti y la mujer, y entre tu simiente y la simiente suya" (Gén. 3:15), Dios ha estado llamando a personas, de entre las filas de Satanás, a su dominio. Y muchos han respondido. Pero Satanás no ha cesado de hacer la acusación de injusticia en ello. Esta ha sido su continua protesta:



‘Estos son mi legítima conquista, y tú los estás llevando a ti. ¿Con qué derecho lo haces, siendo que fui yo quien ganó?’ Así, cuestiona el derecho de Dios a obrar de ese modo, tanto como a aquellos a quienes Dios llama de este mundo a sí mismo. Los acusa día y noche delante de Dios, diciendo: ‘Son míos; me pertenecen en justicia; están cargados de pecados y su maldad es evidente. Sin embargo tú los llamas, los justificas y los sostienes ante el universo, pretendiendo presentarlos como si hubiesen sido buenos todo el tiempo. No es justo. Son pecadores; son inicuos; son exactamente igual que el resto de nosotros’. Es, pues, el acusador de los hermanos, acusando noche y día ante Dios a todo aquel que se volvió de su autoridad a la de Dios.

Jesús vino a este mundo a demostrar que tenía el derecho para hacer así, que era justo en sus caminos. Y vino en ese punto de debilidad que ya hemos considerado antes, entrando en el conflicto con Satanás para recuperar, por el derecho, el señorío de este dominio perdido. Observad: Satanás había obtenido, no por derecho, sino por la

fuerza en contra del derecho, el señorío de este dominio del primer Adán, a quien le había sido dado en derecho. Viene el segundo Adán, no por el derecho de la fuerza, sino por la fuerza del derecho, y recupera la dirección de este mundo y su dominio. Por lo tanto, cuando resucitó de los muertos, resucitó a la cabeza de todo principado, poder y dominio, no sólo de este mundo sino también del venidero.

Vayamos ahora al capítulo 12 de Apocalipsis; ahí está el pasaje del que deriva todo cuanto os he venido diciendo. La visión comienza con el nacimiento de Cristo en este mundo, y allí estaba Satanás dispuesto a devorarlo tan pronto como naciera. Versículo 7:

"Entonces hubo una guerra en el cielo: Miguel y sus ángeles luchaban contra el dragón. Luchaban el dragón y sus ángeles"

Versículos 9 y 10:

"Y fue lanzado fuera el gran dragón, la

serpiente antigua, que se llama Diablo y Satanás, el cual engaña al mundo entero. Fue arrojado en tierra, y sus ángeles fueron arrojados con él. Entonces oí una gran voz en el cielo que decía: 'Ahora ha venido la salvación, el poder y el reino de nuestro Dios y la autoridad de su Cristo, porque ha sido expulsado el acusador de nuestros hermanos, el que los acusaba delante de nuestro Dios día y noche'.

La palabra "acusador" se refiere en griego a aquel que acusa judicialmente a alguien. En los tribunales de este mundo es frecuente que uno acuse a otro con falsedad, contando mentiras sobre él. Por supuesto, en eso no hacen más que seguir el camino de Satanás. Pero el texto no trata de eso. El "acusador" se refiere más bien al papel que en los tribunales oficia el fiscal o abogado acusador. Ved la situación: Tenemos aquí a Satanás, quien tenía este dominio. Dios ha estado llamando y recibiendo a aquellos que acudieron a él, abandonando el poder de Satanás. Pero éste reclamaba su dominio sobre todos ellos. Imaginadlo entrando en el tribunal de Dios, como

abogado acusador, persiguiéndolos como corresponde a esclavos que se fugaron, según las leyes de la esclavitud que regían en los Estados Unidos de hace años. Los persigue judicialmente en ese tribunal, reclamando que vuelvan a serle restituidos bajo su autoridad, pues no le fueron arrebatados en derecho, sino de forma injusta.

Y tenía cierta plausibilidad presentando esa acusación, tenía un aparente viso de verdad debido a que no se había producido aún la confrontación; aún no se había librado la batalla ni ganado la victoria tan plenamente como para que su argumento y supuesto derecho como abogado acusador resultaran aniquilados. La promesa era cierta, la victoria segura y la promesa divina inamovible; pero tenían aún que ser probadas en abierto conflicto en la carne. Así, cuando Cristo vino en la carne, Satanás lo tentó tan poderosamente como si nunca hubiera habido promesa alguna de redención. ¿Podemos afirmar eso? ¿Podemos afirmar que cuando Cristo vino en la carne tuvo que afrontar tentaciones tan poderosas y reales como si nunca hubiera habido

promesa alguna de redención? –Ciertamente, podemos. En caso contrario habría sido resguardado contra la tentación, y el conflicto no hubiera tenido realidad alguna; habría sido imaginario.

Cristo vino al mundo para exponer la injusticia de esa acusación que Satanás estaba presentando ante el tribunal divino, como abogado acusador de este mundo. Ese es el pensamiento. Es legítimo de principio a final. Jesús vino aquí, al territorio de Satanás, y tomó la naturaleza humana en el punto al que el propio Satanás la había llevado. En esa naturaleza humana se enfrentó a Satanás en el propio terreno de éste, y a pesar de su poder, lo derrotó totalmente confiando sólo en el poder del derecho contra la fuerza. No amparó en derecho alguno procedente de sí mismo, a fin de ayudarse o protegerse. Confió plenamente en ese poder divino del derecho en contra de la fuerza, con todo lo que conlleva. Y venció, volviendo a ser en todo derecho la cabeza de este dominio y de todos cuantos fueran redimidos de él, tanto como artífice de la redención del dominio mismo.

El texto griego, cuando afirma que el acusador de los hermanos "ha sido expulsado", expresa la idea de que el abogado acusador es repudiado al haber perdido toda oportunidad de presentar su acusación. ¿Por qué es así? Porque ahora tenemos un Abogado en el tribunal, a Jesucristo el justo. ¡Gracias sean dadas al Señor!

Antes que Jesús viniese en la carne, comparecía el acusador de los hermanos como abogado acusador en el tribunal, alegando sus derechos legales sobre los súbditos de su dominio que decidían abandonarlo para pasarse al otro. Podía entonces esgrimir el argumento con cierto viso de credibilidad, puesto que su dominio y autoridad aún no le habían sido positivamente disputados. Pero vino Cristo y se lo disputó en toda justicia y buena lid a cada paso, y de forma tan consistente que el propio Satanás no puede aducir injusticia alguna en ello. Habiendo vencido, Cristo ocupa ahora el lugar en el tribunal, no como abogado acusador, sino como abogado defensor. Y al comparecer ante el tribunal como abogado en

derecho, el otro, el acusador, es expulsado. No tiene acusación alguna que presentar. Es así de maravilloso.

"Estas cosas os escribo para que no pequéis. Pero si alguno ha pecado", puede actuar todavía el acusador, puede intervenir aún como abogado acusador. Ahora bien, ahora "abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo, el justo", y mediante su oficio en el tribunal, resulta repudiado y expulsado aquel abogado acusador. Me alegro de que sea así. Tal es el valor de nuestro Abogado en el tribunal. Expulsa al acusador, tomando el caso en sus manos. ¡Alabado sea el Señor!

Llegamos ahora a otro punto, a propósito de la cuestión que se ha suscitado en las mentes de algunos cuando la otra noche afirmamos que el Señor Jesús no volverá a ser en el cielo en todo respecto igual que antes. La cuestión es la siguiente: Dice la Escritura –la leímos la otra noche-: "Padre, glorifícame tú al lado tuyo, con aquella gloria que tuve contigo antes que el mundo existiera" (Juan 17:5). Eso se cumplirá. Esa gloria

que tuvo antes que el mundo existiera es ahora suya, y lo será por la eternidad. En las páginas 331 y 332 del Bulletin encontraréis el Testimonio que os leí acerca de la humillación de Cristo. El que era en forma de Dios tomó la forma de hombre. "Fue todo el tiempo Dios en la carne, pero no se manifestó como Dios". "Se despojó de su forma de Dios, y en su lugar tomó la forma y apariencia de hombre". "Depuso temporalmente la forma de las glorias de Dios".

Observad la distinción: Depuso temporalmente la forma de las glorias de Dios. Sin embargo, se despojó por la eternidad de su propia forma de Dios. Ese es también el contraste que encontramos en las Escrituras. Siendo en forma de Dios, tomó la forma de hombre. Más adelante en el Bulletin, en su página 382, leemos estas palabras del Testimonio: "Llevando nuestra forma humana ante el trono del Padre por las edades eternas". ¿Lo comprendéis? La diferencia no está en la gloria, sino en la forma sobre la que se manifiesta y reposa esa gloria, y mediante la cual resulta reflejada.



Hay algo más que viene junto a ese pensamiento. Cristo era en la forma de Dios. Eso lo depuso: se vació de ello. Lo abandonó para siempre. Nunca más aparecerá en esa forma. Llevará nuestra forma humana ante el trono del Padre por las edades eternas. Y la gloria que tuvo cuando estuvo en la forma de Dios, la trae a nuestra forma humana. "Yo les he dado la gloria que me diste" (Juan 17:22). Nos ha concedido la gloria de Dios por la eternidad a nosotros, a la forma humana, a la carne humana.

No significa rebajar a Cristo, sino exaltarnos a nosotros. La divinidad no resulta rebajada, sino que la humanidad queda exaltada y glorificada. Lejos de traerlo a él a la humanidad allí en donde estamos, nos eleva por la eternidad hasta donde él está. Lejos de privarlo de su gloria y de situarlo donde estamos nosotros –sin gloria de ninguna clase-, él dejó su gloria por un tiempo y vino a ser nosotros, tomando nuestra forma para siempre a fin de que él, en esa forma, y nosotros en él, seamos exaltados a la gloria que tuvo antes que el mundo existiera.

Todavía hay algo más: ¿Cómo se llevó a cabo la controversia con Satanás? En nuestra forma humana, en mi forma, en mi naturaleza, en la vuestra. ¿En favor de qué parte del universo de Dios tuvo lugar esa controversia? ¿Cuánto de él estaba implicado? –La totalidad del mismo. Así, en este mundo, y en nuestra forma y carne, es como se desarrolló el conflicto y peleó la batalla. Así fue como se ganó la victoria que afecta a todo el universo. Todo el universo estaba ahí implicado. De una forma u otra habría de ser afectado por sus resultados.

Por consiguiente, a fin de llevar a cabo el eterno propósito de Dios, tenía que venir a este mundo y tomar nuestra forma y naturaleza, ya que es en este mundo, y en nuestra forma y naturaleza donde se había desafiado el propósito y centrado el debate. El que era uno con Dios se vació de sí mismo, tomó nuestra forma y naturaleza, y peleó la batalla en esa forma y naturaleza, obteniendo en ellas la victoria. ¿A qué forma y naturaleza pertenece la victoria? –A las nuestras. Pertenece a

nuestra forma y naturaleza en Jesucristo, junto a él. Podéis pues ver que esa controversia, esa victoria, no sólo nos devuelve al universo en el que estaba Adán, o al que hubiera podido alcanzar, sino a aquel en el que está Jesucristo por derecho divino. Es así de maravilloso, y así de cierto.

Demasiado a menudo perdemos de vista la gloria de lo anterior, concentrándonos solamente en la desgraciada entrada del pecado. Fue ciertamente una desgracia que el pecado irrumpiera en el universo. Y en el mismo sentido lo fue que afectara a este mundo, de manera que la batalla a favor de todo el universo hubiera de pelearse en este mundo. Pero habiendo afectado a este mundo, os afectó a vosotros y a mí, de forma que tuvo que pelearse en favor del universo aquí, en nuestra naturaleza. Y podemos agradecer a Dios por la victoria obtenida, y por lo que compartimos en ella. Podéis, pues, ver que no es todo una desgracia, puesto que Dios es poderoso para convertir nuestros grandes infortunios en las mayores victorias. Habría constituido la peor desgracia para nosotros si no hubiera habido redención. Pero cuando Dios

interviene, convierte nuestras peores desgracias en las mayores victorias. Y esa gran desgracia para el universo, Dios la convierte en la mayor victoria en su favor. ¡La convierte en el más absoluto y eterno triunfo del universo!

Cristo se vació a sí mismo de la forma de Dios, y tomó nuestra forma humana. Se vació de la naturaleza de Dios, y tomó nuestra naturaleza humana. En ello trajo la divinidad a la humanidad, propició que la humanidad conquistara a Satanás y al pecado. En contra de todo el poder de Satanás, Cristo obtuvo la victoria en nuestra naturaleza humana, por lo tanto, no sólo dice: "Padre, glorifícame tú al lado tuyo, con aquella gloria que tuve contigo antes que el mundo existiera" (Juan 17:5), sino también: "Yo les he dado la gloria que me diste" (vers. 22). En lugar de llevarlo a él por la eternidad al lugar en que estábamos, lo que hizo fue llevarnos por la eternidad al sitio en donde él está.

"¡Gracias a Dios por su don inefable!" (2 Cor. 9:15). Tenemos un Abogado en el santuario

celestial que actúa allí en pleno derecho en favor nuestro, expulsando al abogado acusador que de otra forma nos acusaría ante Dios día y noche. Gana nuestras causas debido a que ganó ya. Siendo en forma de Dios, se anonadó a sí mismo y tomó forma de siervo, y "hallándose en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. Por eso Dios también lo exaltó sobre todas las cosas y le dio un nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, en la tierra y debajo de la tierra; y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre" (Fil. 2:8-11).

Es ahora nuestra delicia arrodillarnos ante él; lo será ciertamente en aquel día, para gloria suya. Pero sea que lo haga ahora, o que no, en aquel día en que a Jesucristo le sea colocada su triunfal corona ante todo el universo y en favor del mismo, toda rodilla, desde la de Lucifer hasta la del último ser humano que lo haya rechazado, se doblarán igualmente y confesarán que Jesucristo es el Señor, y lo harán para gloria de Dios Padre. En aquel día

toda lengua confesará en el universo la divinidad de la verdad y la eterna justicia del principio del derecho en contra de la fuerza.

## Capítulo 24

# Destruyendo barreras nacionales

El texto para esta noche lo encontramos en Hechos 10:28: “Les dijo: -Vosotros sabéis cuán abominable es para un judío juntarse o acercarse a un extranjero”.

Lo que se ha traducido “extranjero”, en el original es literalmente: “uno de otra raza o nación”. Y no se trata sólo de que sea algo prohibido, sino que “vosotros sabéis cuán abominable es” hacer algo así.

¿Lo era? ¿Le estaba permitido a un judío acompañar o asociarse con alguien de otra raza? Los judíos lo consideraban prohibido, pero ¿lo era realmente? Los judíos eran el pueblo de Dios. Desde hacía años habían venido profesado serlo. Por aquel tiempo debían haber aprendido ya que cualquier cosa que Dios diga, y solamente si Dios

la dice, es legítima. Nada de lo que algún otro pueda decir tiene fuerza como ley, motivo por el cual no merece en propiedad el calificativo de legítimo; en consecuencia, nunca podrá llamarse ilegítima la violación de una asección como esa. Debieran haber aprendido eso, pero en su lugar aprendieron todo lo contrario, y hasta tal punto, que llegaron a considerar los dichos del hombre como de cumplimiento más obligatorio que los de Dios mismo. Los mandamientos humanos, las costumbres y los caminos del hombre anularon la propia palabra de Dios, tal como Jesús declaró: “Habéis invalidado el mandamiento de Dios por vuestra tradición” (Mat. 15:6).

Cristo, en la obra que desarrolló en el mundo, y en la que ha realizado en sí mismo a favor de todos los que están en él, significó exactamente lo contrario a ese orden de cosas que hemos descrito. Se esforzó para que los hombres vieran que los dichos humanos, o los de cualquier colectivo de personas, no pueden jamás definir lo legítimo, y no tienen lugar para el cristiano en la categoría de lo legítimo, como tampoco en lo ilegítimo si se obra



contrariamente a ellos. Por el contrario, sólo lo que Dios dice define la legitimidad; y sólo la transgresión de lo que él dice define la ilegitimidad.

Ese es el principio que queremos examinar en uno o dos estudios –quizá más-. Interesa que lo hagamos ahora, pues hemos llegado al final de los tiempos, y pronto hemos de encontrarnos en ese tiempo cuando el mundo va a estar enteramente bajo mandamientos, tradiciones y prejuicios humanos que invalidarán la ley de Dios, tal como sucedió a su pueblo cuando Cristo vino al mundo. Por lo tanto, si es que hemos de serle leales, y ciertamente lo debemos ser, habremos de atenernos tan estrechamente a lo que Dios dice, que esa sea nuestra única regla y norma de conducta. Esa será nuestra única guía, y eso en Cristo, tal como estuvo en su vida y experiencia.

Cuando suceda así, estando el mundo entregado a formas, ceremonias y tradiciones que invalidarán la ley de Dios, tratará de igual forma en que trató a Cristo, a quienes acepten las tradiciones del mundo

como Cristo las aceptó. Así pues, nunca fue el propósito de Dios que se tuviera por ilegítima la asociación o trato con alguien de otra raza o nación. Sólo cerrando voluntariamente sus ojos y dando la espalda desde el principio a la enseñanza divina, pudieron llegar a una situación como aquella.

Prestad atención por un momento a la posición de los judíos, tal como Pedro expresa en ese texto que representa la posición global de la nación judía al respecto. Según ellos, Dios había desechado a todas las naciones y no tenían ningún lugar junto a él. No obstante, el Señor no había cesado de mostrarles que eso no era de ningún modo así.

En los días de Jonás y de la gloria del reino de Asiria, antes de que irrumpiera en la historia el imperio de Babilonia, Dios llamó a uno de su pueblo –Jonás– para que fuera a esa nación pagana a fin de advertir acerca de la condenación que sobre ella se cernía y de su pronta destrucción, con el objeto de que esa advertencia pudiera llevarla al arrepentimiento, escapando así a la ruina. Jonás

dijo al Señor: ‘De nada sirve que lleve el mensaje, puesto que eres un Dios misericordioso y te arrepientes del mal. Si voy allí y les digo lo que me has encargado que les diga, si se arrepienten del mal y se vuelven de su maldad, no destruirás la ciudad. ¿De qué sirve, pues, que haga ese viaje y les anuncie que la ciudad va a ser destruida? Tú no la vas a destruir si se vuelven de sus malos caminos’.

Pero el Señor insistió en que debía ir a Nínive. No obstante, el profeta, aferrándose a sus objeciones, se dirigió a Jope con la intención de huir a Tarsis. El Señor le hizo recapacitar, llevándolo al convencimiento de que tenía que ir a Nínive. Atravesó aquella ciudad –por tres días– predicando: “¡Dentro de cuarenta días Nínive será destruida!” (Jonás 3:4). La noticia llegó al rey de Nínive, quien dio palabra a fin de que todos se volvieran de sus malos caminos; se puso en saco y ceniza, y decretó un ayuno que incluía hasta a los animales, ordenando a los ciudadanos que clamaran a Dios. El Señor dio oído a la súplica de ellos, aceptó su arrepentimiento y salvó la ciudad.

Jonás se apartó, sentándose en un lugar elevado para divisar la ciudad y ver si Dios la destruía. Para gran disgusto de Jonás no sucedió tal cosa. El profeta se lamentó: ‘Eso es justamente lo que te dije desde el principio que iba a pasar. Ya sabía que si venía a la ciudad y le decía lo que me has comisionado, se arrepentirían del mal y los perdonarías, no destruyendo la ciudad. Eso es lo que ha sucedido. ¡Cuánto mejor si me hubiera quedado en casa!’

“Vio Dios lo que hicieron, que se convirtieron de su mal camino, y se arrepintió del mal que había anunciado hacerles, y no lo hizo.

Pero Jonás se disgustó en extremo, y se enojó. Así que oró a Jehová y le dijo: -¡Ah Jehová!, ¿no es esto lo que yo decía cuando aún estaba en mi tierra? Por eso me apresuré a huir a Tarsis, porque yo sabía que tú eres un Dios clemente y piadoso, tardo en enojarte y de gran misericordia, que te arrepientes del mal. Ahora, pues, Jehová, te ruego que me quites la vida, porque mejor me es la muerte que la vida” (Jonás 3:10-4:4).

Sigue a continuación el relato de cómo Jonás se construyó una cabaña al Este de la ciudad para contemplar qué sucedería. El Señor le preparó una calabacera, e hizo luego que se secase, para gran enfado en Jonás, quien oró pidiendo su muerte.

“Pero Dios dijo a Jonás: -¿Tanto te enojas por la calabacera? –Mucho me enoja, hasta la muerte - respondió él. Entonces Jehová le dijo: -Tú tienes lástima de una calabacera en la que no trabajaste, ni a la cual has hecho crecer, que en espacio de una noche nació y en espacio de otra noche pereció, ¿y no tendré yo piedad de Nínive, aquella gran ciudad donde hay más de ciento veinte mil personas que no saben discernir entre su mano derecha y su mano izquierda, y muchos animales?” (vers. 9-11).

Es de suponer que el propio Jonás aprendió por fin la lección. Su libro quedó registrado y fue preservado como uno de los libros sagrados a partir del cual el pueblo habría de recibir instrucción. Y debieran haber aprendido la lección que el libro contiene: que el Señor se cuidaba de las otras

naciones, y que esperaba que su pueblo cuidara asimismo de ellas.

Jonás sabía, y dijo que sabía, “que tú eres Dios clemente y piadoso, tardo a enojarte, y de grande misericordia, y que te arrepientes del mal” (Jonás 4:2). Sabiendo tal cosa debiera haber estado en mucha mejor disposición de ir a esas naciones y predicarles el mensaje del Señor, a fin de que pudieran arrepentirse y ser liberadas. Pero a pesar de disponer de ese libro, a pesar de esa lección que positivamente enseñaba, a partir de ese día fueron en la dirección opuesta. Pensaron que Dios no se preocupaba de los paganos, excepto que vinieran a ser como los judíos; y el Salvador dijo a quienes pensaban así, que el “prosélito” por el cual habían recorrido “mar y tierra” venía a ser “dos veces más hijo del infierno” que ellos mismos. Tal era la situación.

Habiendo transitado por ese camino desviado y alejado de la idea de Dios concerniente a ellos y a las naciones a su alrededor, vinieron a ser tan egoístas, tan cerrados en ellos mismos y tan

malvados como para convertirse en peores que los paganos que los rodeaban. El Señor los esparció entonces entre todas las naciones que estaban a su alrededor, y se vieron obligados a asociarse con otras gentes. Y Pedro afirma: “Sabéis cuán abominable es para un judío juntarse o acercarse a un extranjero” –a un incircunciso (Hech. 10:28). En el capítulo 11 los hermanos en Jerusalem acusaron así a Pedro: “¿Por qué has entrado en casa de hombres incircuncisos y has comido con ellos?”

Daniel y sus tres hermanos habían comido en la pagana mesa del rey, y lo habían hecho junto a paganos, diariamente durante años. Y Dios había estado siempre con ellos, haciendo de Daniel uno de los mayores profetas y librando a los tres jóvenes del horno ardiente. ¿Cuál era el propósito de que eso quedara registrado, y dispusieran de ese libro a fin de que lo estudiaran constantemente? Podéis ver que era para enseñarles precisamente lo contrario de aquello que estaban diciendo y haciendo.

Más aún. Vayamos al capítulo 4 del libro de

Daniel:

“Nabucodonosor, rey, a todos los pueblos, naciones y lenguas que moran en toda la tierra: Paz os sea multiplicada. Conviene que yo declare las señales y milagros que el Dios Altísimo ha hecho conmigo. ¡Cuán grandes son sus señales y cuán potentes sus maravillas! Su reino, reino sempiterno; su señorío, de generación en generación” (vers. 1-3).

Encontramos aquí a Nabucodonosor predicando la verdad acerca del verdadero Dios, la grandeza de su bondad y de sus maravillas, a todas las naciones, pueblos y lenguas. Eso lo tenían los judíos en sus manos. Lo tenían en sus propios registros; el que Dios había dado un sueño a Nabucodonosor y había proporcionado a Daniel la interpretación de aquel sueño del rey, y que de esa forma Dios había llevado a Nabucodonosor a la situación en la que haría una proclamación dirigida a todas las naciones y lenguas acerca de la gran bondad y grandeza del verdadero Dios, y de cuán bueno es confiar en él. Veamos los últimos



versículos del capítulo. Nabucodonosor viene de narrar su experiencia; cómo se había rebelado contra Dios y se había descarriado; y cómo el Señor lo había traído de nuevo en el momento en que consideró oportuno:

“En el mismo tiempo mi razón me fue devuelta, la majestad de mi reino, mi dignidad y mi grandeza volvieron a mí, y mis gobernadores y mis consejeros me buscaron; fui restablecido en mi reino, y mayor grandeza me fue añadida. Ahora yo, Nabucodonosor, alabo, engrandezco y glorifico al Rey del cielo, porque todas sus obras son verdaderas y sus caminos justos; y él puede humillar a los que andan con soberbia”

Había, pues, una lección constantemente ante ellos, mediante la cual el Señor intentaba enseñarles que todas aquellas nociones que tenían estaban en directa oposición con la verdad. Les estaba enseñando que estaba dispuesto a alcanzar a los gentiles, y que había apartado al pueblo de Israel de entre las naciones a fin de que pudiera conocer más sobre él para comunicarlo a todas las

naciones. Si desde el principio hubieran permanecido en el lugar en el que Dios quería que hubiesen estado, esa tarea jamás habría recaído sobre un rey pagano, puesto que el propio pueblo de Dios habría proclamado su gloria a todas las naciones. Pero cuando se apartaron de Dios, y también de las naciones, entonces Dios se vio obligado a emplear a los dirigentes de tales naciones paganas para difundir el conocimiento de sí mismo.

Veamos también el capítulo 6. Nos habla de Darío, de la persecución de Daniel y de su liberación. Leamos el decreto de Darío en el versículo 25:

“Entonces el rey Darío escribió a todos los pueblos, naciones y lenguas que habitan en toda la tierra: ‘Paz os sea multiplicada. De parte mía es promulgada esta ordenanza: “que en todo el dominio de mi reino, todos teman y tiemblen ante la presencia del Dios de Daniel”. Porque él es el Dios viviente y permanece por todos los siglos, su reino no será jamás destruido y su dominio

perdurará hasta el fin. Él salva y libra, y hace señales y maravillas en el cielo y en la tierra; él ha librado a Daniel del poder de los leones””

Una vez más se da a conocer a todos los pueblos, naciones y lenguas el conocimiento del verdadero Dios, por parte de uno que para los judíos era un paria, por demás desechado y repudiado por Dios. Pero ahí lo tenían, en su propio lenguaje, a su alcance, año tras año, indicándoles siempre el camino opuesto a lo que estaban enseñando y haciendo.

Leeremos un último episodio del primer capítulo de Esdras, en relación con los dos últimos versículos del último capítulo de segunda de Crónicas:

“En el primer año de Ciro, rey de los persas, para que se cumpliera la palabra de Jehová, dada por boca de Jeremías, Jehová despertó el espíritu de Ciro, rey de los persas, el cual hizo pregonar de palabra y también por escrito, por todo su reino, este decreto: ‘Así dice Ciro, rey de los persas:

Jehová, el Dios de los cielos, me ha dado todos los reinos de la tierra, y me ha mandado que le edifique Casa en Jerusalén, que está en Judá. Quien de entre vosotros pertenezca a su pueblo, que sea Jehová, su Dios, con él, y suba allá””

Leamos ahora los primeros tres versículos de Esdras 1:

“En el primer año de Ciro, rey de Persia, para que se cumpliera la palabra de Jehová anunciada por boca de Jeremías, despertó Jehová el espíritu de Ciro, rey de Persia, el cual hizo pregonar de palabra y también por escrito en todo su reino, este decreto: ‘Así ha dicho Ciro, rey de Persia: Jehová, el Dios de los cielos, me ha dado todos los reinos de la tierra y me ha mandado que le edifique una casa en Jerusalén, que está en Judá. Quien de entre vosotros pertenezca a su pueblo, sea Dios con él, suba a Jerusalén, que está en Judá, y edifique la casa a Jehová, Dios de Israel (él es el Dios), la cual está en Jerusalén””

Lo anterior es evidencia suficiente, si bien las

Escrituras están repletas de pasajes al objeto de ilustrar hasta qué punto los judíos habían cerrado sus ojos y dado sus espaldas al Señor, hasta llegar a la situación en la que estaban cuando Cristo vino al mundo, y en la que él los encontró.

Es cierto que según los libros de Moisés y otras Escrituras, cuando el Señor sacó de Egipto a los hijos de Israel les ordenó que se mantuvieran separados de todas las naciones. También les había indicado cómo debía llevarse a cabo dicha separación. En Éxodo 33, versículos 14-16 leemos:

“Mi presencia te acompañará y te daré descanso. Moisés respondió: -Si tu presencia no ha de acompañarnos, no nos saques de aquí. Pues, ¿en qué se conocerá aquí que he hallado gracia a tus ojos, yo y tu pueblo, sino en que tú andas con nosotros, y que yo y tu pueblo hemos sido apartados de entre todos los pueblos que están sobre la faz de la tierra?”

Así debiéramos también nosotros ser separados. ¿Cómo? -“Tú andas con nosotros”.

Fueron, pues, instruidos en cuanto a la forma en la que debían estar separados de todas las demás naciones.

Si hubieran buscado su presencia y la hubieran tenido entre ellos, habrían estado realmente separados de todos los pueblos. Sin embargo, habrían estado asociados con todos los pueblos de la tierra. Habrían ido a todo pueblo, nación y lengua para hablarles de las glorias de Dios, de su bondad y poder, tal como hicieron Nabucodonosor, Darío y Ciro.

Pero no desearon su presencia, ni tenerlo siempre con ellos a fin de que los santificara – puesto que estar separados del mundo para el Señor es lo mismo que estar santificados. Si hubieran tenido la presencia del Señor para santificarlos, podrían haber ido a cualquier parte en la tierra, y seguir estando separados de todos los pueblos.

Pero careciendo de lo único que podría haberlos mantenido separados, si es que tenían que permanecer separados del mundo, ¿cómo habría de

realizarse?, ¿de qué única forma habría de tener lugar? Sabemos que no tenían a Aquel cuya presencia es la única que puede efectuarlo. La única forma, pues, en que podía suceder, era si ellos mismos lo efectuaban. Y es lo que hicieron: se separaron a sí mismos de acuerdo con sus propias ideas al respecto de lo que Dios quería, al decirles que debían estar separados. Pero las ideas humanas acerca de lo que Dios quiere, sabemos qué proximidad guardan con la verdad de Dios: “Mis pensamientos no son vuestros pensamientos ni vuestros caminos mis caminos, dice Jehová. Como son más altos los cielos que la tierra, así son mis caminos más altos que vuestros caminos y mis pensamientos más que vuestros pensamientos” (Isa. 55:8 y 9). Es decir, tan lejos de la verdad como sea posible imaginar.

No teniendo la presencia de Dios para obrar esa separación a favor de ellos y en ellos, la asumieron por sí mismos, y sólo de esa forma podían hacer si es que querían estar separados.

Pero no teniendo la presencia de Dios, que es la

única que puede lograrlo, su esfuerzo por separarse a ellos mismos, ¿qué es lo único que podía conseguir? Pensad. ¿Cuál había de ser el único resultado posible? No podía terminar de otra forma que no fuese en la afirmación, el sobrecrecimiento, el ensanchamiento del yo. La confianza propia, el orgullo, la auto-exaltación, la justicia propia –toda clase de egoísmo auto-alimentándose más y más. Y todo en su vano esfuerzo por cumplir ellos mismos las Escrituras, en las que el Señor les había dicho que debían estar separados de todas las naciones.

Cuando alcanzaron el punto de llegar a ser peores que los paganos que los rodeaban, el Señor hubo de sacarlos de la tierra y esparcirlos por doquier entre todas las naciones. Y habiendo sido de esa forma esparcidos, estuvieron más separados de las naciones de lo que jamás hubieran estado con anterioridad, desde el día en que llegaron a aquella tierra. Eso fue así debido a que cuando fueron esparcidos por entre las naciones buscaron al Señor como no lo habían hecho en su propia tierra; confiaron en él como no lo habían hecho en



su propia tierra; lo apreciaron como no habían hecho en su propia tierra, y su presencia con ellos los separó de los paganos cuando estuvieron esparcidos entre los paganos.

El Señor intentaba enseñarles de todas esas maneras que no estaban andando por el camino correcto, a fin de llevarlos al único modo en el que podrían conseguirlo. Pero a pesar de ello, tomaron el camino equivocado. Y aún más: No gozando de la presencia de Dios que diera sentido a todo lo que había dicho y dispuesto que observaran en sus servicios y adoración, ese camino de procura del yo les llevó a pervertir las formas de adorar ordenadas por el Señor. Les llevó a convertirlas en medios de salvación. Tras haberlas practicado, sostenían que los hacían justos; y dado que las otras gentes no las poseían, no podían ser justas. Afirmaban que Dios les había dado aquellas formas con ese propósito, pero no las había prescrito para el resto de naciones; por lo tanto deducían que Dios les tenía una consideración superior a la de todos los demás.

De esa forma, no sólo se pusieron en el lugar de

Dios, sino que pervirtieron todos los servicios que él había instituido con un propósito distinto, terminando en el servicio de la justicia propia, de la exaltación de ellos mismos y del exclusivismo.

Si hubieran tenido su presencia, tal como Dios había dispuesto, todas esas formas que él ordenó habrían tenido para ellos un significado divino, una vida divina en cada fase de los servicios ordenados por Dios. Hubieran encontrado de ese modo al propio Jesucristo con su presencia viviente y su poder para convertir; y eso les habría proporcionado energía viviente para cada una de las formas y símbolos puestos ante ellos. Todas esas cosas habrían entonces cobrado para ellos un interés viviente, pues habrían representado al propio Cristo vivo y presente con ellos.

Así pues, la falta de la presencia de Cristo en la vida mediante un corazón convertido, los llevó a engrandecerse ellos mismos en lugar de a Dios, y a convertir las divinas formas que Dios había señalado en meras formas y ceremonias exteriores mediante las cuales esperaban obtener la vida. Les

llevó a poner esas cosas en el lugar de Cristo, como medios de salvación.

Creo que disponemos ahora del tiempo necesario para leer algunos pasajes relativos a lo que habían llegado a hacer en el tiempo de Cristo. Os pido que les prestéis cuidadosa atención.

Dispongo de algunos de los capítulos del nuevo libro “Life of Christ”, de E.G. White, y en ellos se dedica mucha atención al tema que nos ha estado ocupando esta noche. Creo que será valioso, especialmente para todos nuestros pastores y obreros, y también para los demás, el que traigamos aquí estas declaraciones, de forma que podamos tenerlas juntas ante nosotros en el Bulletin y las podamos emplear en lo futuro.

Así pues, las he traído y voy a leer pasajes de ellas, sin añadir comentario alguno por esta noche, si bien la predicación siguiente será la consecuencia lógica de dicha lectura, y todos esos puntos serán necesarios para nuestro estudio posterior. Dado que “Life of Christ” no está

todavía impreso, sino que está aún en forma de manuscrito, es imposible daros referencia alguna.

“Los dirigentes judíos se abstuvieron de asociarse con ninguna otra clase, fuera de la suya propia. Se mantuvieron apartados, no sólo de los gentiles, sino de la mayoría de su pueblo, no procurando beneficiarlos ni ganar su amistad. Sus enseñanzas llevaron a los judíos de todas las clases a separarse del resto del mundo, de una forma en que tendía a llenarlos de justicia propia, egoísmo e intolerancia. Ese fanatismo y riguroso aislamiento de los fariseos había mermado su influencia y había creado un prejuicio que el Salvador deseaba quitar a fin de que todos pudieran sentir la influencia de su misión. Tal fue el propósito de Jesús al asistir a aquella fiesta de bodas: comenzar la obra de derribar el exclusivismo de los dirigentes judíos y abrir el camino de la libre asociación con el pueblo común.

Los judíos habían caído de las antiguas enseñanzas de Jehová hasta el punto de sostener que serían justos a los ojos de Dios y recibirían el

cumplimiento de sus promesas si observaban estrictamente la letra de la ley que les había sido dada mediante Moisés. El celo con el que seguían las enseñanzas de los ancianos les confería una apariencia de gran piedad. No contentos con la realización de esos servicios que Dios había especificado para ellos mediante Moisés, se esforzaban por idear obligaciones estrictas y difíciles. Medían su santidad según el número y multitud de sus ceremonias, mientras que sus corazones estaban llenos de hipocresía, orgullo y avaricia. Mientras que profesaban ser la única nación justa de la tierra, la maldición de Dios pesaba sobre ellos debido a sus iniquidades.

Habían acogido interpretaciones profanas y confusas acerca de la ley que les había dado Moisés; habían añadido una tradición a la otra; habían restringido la libertad de pensamiento y acción hasta que los mandamientos, ordenanzas y servicios de Dios se perdieron en una exhibición incesante de ritos y ceremonias sin sentido. Su religión era un yugo de servidumbre. Vivían en el continuo temor de resultar contaminados. La

continua ocupación en esos temas había empequeñecido sus mentes y estrechado el campo de acción de sus vidas”.

Pregunto: ¿Cuál fue la raíz de todo lo anterior?  
–El yo; el egoísmo todo el tiempo.

“Jesús inició la obra de reforma poniéndose en estrecha simpatía con la humanidad. Él era judío, y era su propósito vivir el perfecto ejemplo de quien es judío en lo interior. Si bien demostró la mayor reverencia hacia la ley de Dios y enseñó la obediencia a sus preceptos, reprendió a los fariseos por su piedad pretendida, y luchó por liberar al pueblo de las estipulaciones carentes de sentido que los ataban.

Jesús reprendió la intemperancia, la indulgencia del yo y la insensatez; sin embargo su naturaleza fue social. Aceptó las invitaciones para ir a comer con los nobles e instruidos, tanto como con los pobres y afligidos. En tales ocasiones su conversación fue elevada e instructiva. No dio licencia a escenarios de disipación y desenfreno,

sin embargo se complacía en la alegría inocente. El casamiento entre los judíos era una ocasión solemne e impresionante, cuya alegría no desagradaba al Hijo del hombre. El milagro realizado en la fiesta tenía por expreso propósito derribar los prejuicios de los judíos. De él aprendieron los discípulos de Jesús una lección de simpatía y de humildad”.

En otro capítulo dedicado a la visita que Nicodemo hizo a Jesús, encontramos lo siguiente:

“Durante todo ese tiempo los israelitas habían llegado a ver el sistema de los sacrificios como poseyendo en sí mismo virtud para hacer expiación por el pecado. De esa forma perdieron de vista a Jesús, que es a quien señalaban. Dios quería enseñarles que todos sus servicios eran tan carentes de valor en ellos mismos como lo era la serpiente ardiente; pero lo mismo que ella, tenían el propósito de llevar sus mentes a Cristo, la gran ofrenda por el pecado”.

A propósito de la mujer junto al pozo de

Samaria:

“Pecaminosa como era, esa mujer estaba en una posición más favorable para venir a ser hecha heredera del reino de Cristo, que los judíos que hacían una gran profesión de piedad, mientras que confiaban su salvación a la observancia de formas y ceremonias exteriores. No se sentían en necesidad de Salvador ni de instructor, pero esta pobre mujer anhelaba ser librada de la carga del pecado...

Jesús era judío, sin embargo se mezclaba libremente entre los samaritanos, dejando a un lado las costumbres y fanatismo de su nación. Había comenzado ya a derribar la pared intermedia de separación entre los judíos y los gentiles, y a predicar la salvación al mundo. En el comienzo mismo de su ministerio reprendió abiertamente la moralidad superficial y la piedad ostentosa de los judíos...

En el templo de Jerusalén había una pared intermedia que separaba el patio exterior del



recinto del templo propiamente dicho. A los gentiles se les permitía acceder al patio exterior, pero sólo los judíos estaban legitimados para entrar en el interior del recinto. Si un gentil hubiera atravesado esa frontera sagrada, el templo habría resultado contaminado, y habría debido pagar con su vida por aquella contaminación. Pero Jesús, quien era virtualmente el origen y fundamento del templo, atrajo a los gentiles hacia sí mediante vínculos humanos de simpatía y asociación, mientras que su divina gracia y poder les traía la salvación que los judíos rehusaban aceptar.

La estancia de Jesús en Samaria no tenía como único fin el dar luz a las almas que tan ansiosamente escuchaban sus palabras. Tenía también el propósito de instruir a sus discípulos. Por sincera que fuese su devoción hacia Cristo, permanecían aún bajo la influencia de su instrucción precedente: la del fanatismo y estrechez de los judíos. Su sentir era que, a fin de demostrar lealtad a su nación, debían albergar enemistad contra los samaritanos”.

¿Veis la relación entre las dos citas precedentes? En su conversación con la mujer samaritana Jesús había comenzado a derribar la pared de separación entre los judíos y las otras naciones; pero los discípulos se creían en la obligación de albergar “enemistad” hacia ellas. ¿Habéis observado que cuando Jesús quiso derribar esa pared de separación, lo hizo aboliendo la enemistad?

“Les extrañaba sobremanera la conducta de Jesús, que estaba derribando el muro de separación entre judíos y samaritanos, y dejando abiertamente de lado la enseñanza de los escribas y fariseos.

Los discípulos no pudieron negarse a seguir el ejemplo de su Maestro, si bien sus sentimientos protestaban a cada instante. El impulsivo Pedro, y hasta el amante Juan, a duras penas lograban someterse a ese nuevo orden de cosas. Les costaba aceptar el pensamiento de tener que efectuar labores a favor de una clase como la de aquellos samaritanos.

Durante los dos días en que compartieron el ministerio del Señor en Samaria, su fidelidad a Cristo mantuvo los prejuicios bajo control. No habían fallado en mostrar reverencia hacia él, pero su corazón no estaba reconciliado; sin embargo había una lección que les era esencial aprender. Como discípulos y embajadores de Cristo, sus antiguos sentimientos de orgullo, desdén y aborrecimiento debían dejar paso al amor, piedad y simpatía. Sus corazones debían estar abiertos ante todos los que, como ellos mismos, estaban en necesidad de amor y de amable y paciente instrucción...

Jesús no vino al mundo a rebajar la dignidad de la ley, sino a exaltarla. Los judíos la habían pervertido mediante sus prejuicios y falsas interpretaciones. Sus absurdas exigencias y requerimientos habían llegado a convertirse en proverbios en boca de habitantes de otras naciones. El sábado había sido especialmente acotado por toda clase de restricciones carentes de sentido. Era imposible considerarlo como delicia, santo, glorioso de Jehová. Los escribas y fariseos habían

convertido su observancia en un yugo de servidumbre. Un judío no podía encender fuego en sábado, ni siquiera podía prender un candil en ese día. Tan estrecha era su visión que se habían convertido en esclavos de sus propias reglas inútiles. En consecuencia, dependían de los gentiles para muchas actividades que sus ordenanzas les prohibían realizar personalmente.

No tenían en cuenta que si esas tareas necesarias de la vida eran pecaminosas, quienes se servían de otros para realizarlas eran tan plenamente culpables como si las hubieran realizado ellos mismos. Creían que la salvación estaba confinada a los judíos, y que, dado que la condición de todos los demás era desesperada, era imposible mejorarla o empeorarla. Pero Dios no ha dado mandamiento alguno que no pueda ser guardado consistentemente por todos. Sus leyes no aprueban aplicaciones irrazonables ni restricciones egoístas...

La sencillez de su enseñanza atraía a multitudes que no se interesaban por las arengas carentes de

vida de los rabinos. Siendo ellos mismos escépticos y amantes del mundo, hablaban de forma dubitativa cuando intentaban explicar la palabra de Dios, como si su enseñanza pudiera ser interpretada significando una cosa, o bien exactamente la opuesta... Tanto por sus palabras como por sus actos de misericordia y benevolencia, [Jesús] estaba quebrantando el poder opresivo de las viejas tradiciones y los mandamientos inventados por los hombres, y en lugar de ellos presentaba el amor de Dios en su plenitud inagotable...

El sábado, en lugar de ser la bendición para la cual había sido instituido, se había convertido en una maldición a causa de los requerimientos que los judíos le habían añadido. Jesús quería liberarlo de esos gravámenes...

Las Escrituras del Antiguo Testamento, que ellos profesaban creer, describían con llaneza cada detalle del ministerio de Cristo... Pero las mentes de los judíos se habían vuelto enanas y estrechas a causa de sus prejuicios injustos y de su fanatismo

irrazonable...

Los dirigentes judíos estaban llenos de orgullo espiritual. Su deseo de glorificar el yo se ponía de manifiesto incluso en el servicio del santuario. Amaban las salutations ostentosas en las plazas y se complacían cuando labios humanos pronunciaban sus titulaciones. A medida que declinaba la auténtica piedad se iban haciendo más celosos de sus tradiciones y ceremonias”.

Leeremos una cita más:

“Estas admoniciones tuvieron su efecto, y al venir sobre ellos una tras otra calamidad y persecución de parte de sus enemigos paganos, los judíos se volvieron a la estricta observancia de todas las formas externas que la santa ley estipulaba. No satisfechos con ello, añadieron gravosas regulaciones a esas ceremonias. Su orgullo y fanatismo les llevaron a la interpretación más restrictiva posible de los requerimientos de Dios. Con el paso del tiempo se fueron gradualmente acantonando en las tradiciones y

costumbres de sus antecesores hasta percibir los requerimientos que ellos mismos habían inventado como poseyendo toda la santidad de la ley original. Esa confianza en ellos mismos y en sus propios reglamentos, junto a sus prejuicios contra todas las demás naciones, les hicieron resistir el Espíritu de Dios que habría corregido sus errores, y de esa forma se separaron aún más de ellas.

En los días de Cristo, esas obligaciones y restricciones se habían hecho tan fatigosas que Jesús afirmó: ‘Atan cargas pesadas y difíciles de llevar, y las ponen sobre los hombros de los hombres’ (Mat. 23:4). Su falsa concepción del deber y sus exhibiciones superficiales de piedad y bondad oscurecían los requerimientos positivos y reales de Dios. A su rígida ejecución de las ceremonias externas se asociaba la negligencia del servicio del corazón”.